

or Angel N. Pou.

e nivel poético donde
l N. Pou - demostrada
se avalora y perfec-
más ambicioso de sus
oven poeta en fase de
ra dentro de la línea

Maccanti. «Seu»,
1959.

os y rigurosamente
is, calor humano, fue-
ndo especial, los titu-
z de una mujer» y «En

ías Nandino. «Edi-
jico, 1959.

ndino expresa su an-
ante el Imperio de la
vorosa amenaza de
egato y mensaje se-
s, y altamente alec-
ca, más que el simple
ar de la conciencia
ha puesto toda su fe
en tan laudable em-

ETA

entes

Miguel Angel de Ar-

ndez.

cos de la Frontera,

urciano.

osé Albi.

ini.

andino.

n Aristeguieta.

el Laffón.

anti.

el N. Pou.

Espinel.

ez Bautista.

or José M.ª Osuna.

afael Melero.

or Gabriel Celaya.

n A. Sánchez Anes.

or M. A. Marrodán.

ena Martín Vivaldi.

ionisio Aymará.

l Melero.

M. Sandoval.

or Gabriel Celaya.

or M. A. Marrodán.

or F. Allué y Morer.

10.

8.

59.

17, 18 y 19.

32, 33 y 34.

erra, 8.

5 y 16.

alzada, 10 y 11.

national d'Etudes

y 25/26.

osta Rica, 258.

14.

serie: 1, 2 y 3.

), 17.

2 al 197.

2, 10, 11 y 12.

Méjico), 9, 10, 11

al

ellón (España)

3.-1958

MIJARES

REVISTA LITERARIA DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

FLORILEGIO DE PAISAJES

Nuestro propósito —el de MIJARES— es formar un ramillete antológico con las distintas visiones y versiones que de un mismo paisaje señero de nuestra comarca castellonense y de las demás comarcas comprovincianas han engalanado las páginas literarias de algunas insignes plumas foráneas, y de otras, más familiares, de nuestras plumas vernáculas. Para ese intento, la definición de paisaje que nos complace es la de evocar en lo íntimo del recuerdo nostálgico como un reflejo del semblante de nuestro terruño natal; así, pues, consideramos el paisaje como si fuera el vivo rostro de la patria chica, presente en la lejanía de nuestras ausencias, como presente conservamos la imagen de una mujer amada.

Este florilegio del paisaje nuestro aquí bosquejado, campesino y rústico casi siempre, y en algún caso urbano, suele animarse con figuras abocetadas en segundo término cuyo tipismo ayuda a sugerir una sensación de ambiente; otras veces el paisaje es solitario, sin vestigio alguno de casa o huella humana. En ocasiones aparecen figuras en acción, o la escena de costumbres pintorescas de un pueblo, relegando la importancia del paisaje natural al fondo del cuadro. En estas circunstancias el paisaje "se adivina" como una orla del episodio descrito, o está difuso entre los vocablos de un diálogo de los personajes, o tácito en las significativas frases de un monólogo impresionista, donde quizás no veamos directas pinceladas de color, y, sin embargo, el colorido surge de la fuerte veracidad de las palabras y de su virtud alusiva.

Vamos, pues, a recorrer idealmente las tierras de Castellón y su provincia, pasando de una comarca a otra de la mano de autores añejos muchos de ellos, y de otros más recientes, pero con textos publicados en tiempos distintos, ya pretéritos, como atestiguan las fechas que consignamos al pie de cada fragmento literario aportado. Tan sólo el primero y el último de los trabajos aquí insertos están escritos actualmente y con destino al presente número.

Ordenamos y distribuimos los textos, con arreglo a una relativa unidad temática, en seis grupos, cuyos títulos pretenden condensar el carácter geográfico de cada apartado; así como las viñetas ilustran lo más típico de su contenido. De este modo los lápices castellonenses colaboran con las plumas.

I

ANALISIS DEL PAISAJE

Con la ambición de compendiar en un abrazo las características esenciales de los distintos paisajes de la provincia castellonense, el profesor Sos analiza la evolución de su morfología como casi exclusiva consecuencia de los fenómenos geológicos y nos revela la prehistoria y la historia genuina del paisaje de cada comarca. Hay un proceso estético larvado en la profunda simbiosis de lo biológico y lo topográfico, que aflora en la belleza de los variados tipos paisajísticos, gala del suelo de nuestra provincia.

VICENTE SOS BAYNAT

HISTORIA Y PREHISTORIA DE UN PAISAJE

GEOLOGIA Y TIPOS DE PAISAJE DE LA PROVINCIA DE CASTELLON

Todo paisaje está constituido por dos elementos fundamentales: la *forma* y el *color*. Pero según el lugar donde se considere el paisaje, pueden unírsele otros caracteres circunstanciales, como son la *vegetación*, el *mar*, el *factor humano*, etc.; la *forma* es la esencia decisiva de todo paisaje.

la masa, la estructura del propio suelo del campo; el *color* es la esencia embellecedora complementaria, la vestimenta que armoniza los contrastes.

El literato, el poeta, el pintor..., saben describir, cantar y plasmar, por medio de sus creaciones, las bellezas de los paisajes:

saben hacer resaltar las excelencias de sus armonías y nos hacen saborear todos los matices. Pero resulta que, por mucho que se diga de los paisajes, en cada caso, siempre queda una última palabra por expresar, porque ya no es cometido de los artistas, ni de la natural sensibilidad del observador. Nos referimos a que cada paisaje tiene una historia propia, ha tenido un pasado, más o menos remoto, y en la naturaleza de su suelo y en los accidentes de su gesto está escrita su filiación.

La provincia de Castellón cuenta con una gran variedad de paisajes, muy notables por sus bellezas naturales y por los episodios cronológicos de sus pasados. Los aspectos de unos y otros son muy distintos; sin embargo, con todos ellos se puede hacer una sistematización tomando como base la misma nomenclatura de la Geografía física: *montañas, llanuras, marismas, costas, ríos...*

Si empezamos por el *paisaje de montaña*, podemos referirnos, en primer lugar, a sierras tan representativas como las de Espadán y Espina, núcleos de numerosos crestones cortantes, de picos aislados, *els puntals*, donde las areniscas bravías son de tonos rojos y cárdenos, y las margas terrosas, de colores amarillos vivos, infundiendo al paisaje gran vistosidad. Son notables, bosques de pinos como los de Santa Bárbara de Pina de Montalgrao; y bosques de alcornoques, *suros*, como los de Chovar, Esilda, Suera...; las areniscas silíceas, *els rodenos*, en tiempos muy lejanos fueron suelos de inundación, llanuras muy soleadas, en un clima duro y desértico, areniscas que más tarde fueron invadidas por el mar y, más tarde aún, pasaron a ser terrenos encharcados. Todos estos episodios se produjeron durante una larga etapa de la historia de la Tierra, llamada período Triásico.

Otros modelos de paisaje de montaña nos los dan Peñagolosa, Ares, Benifazá, Chert..., de una fisonomía distinta, porque distinta es también la naturaleza pétreo de sus componentes. Peñagolosa, con su mole severa e ingente, la más alta de todo el Reino valenciano; Benifazá, con sus calizas agrestes, colosales, *els cingles*, cumbres grises, azuladas, rojas, reflejos de la luz solar, acompañadas de barrancos profundos de intrincados recorridos. El relieve de estas montañas está formado por terrenos calizos, en grandes bancos, que tuvieron un origen submarino, por precipitaciones calcáreas, con grandes depósitos de conchas de moluscos marinos petrificados. Esto ocurrió durante los tiempos llamados Cretácicos, de larga duración.

Pero después de haberse formado terrenos como los de Espadán y los de Peñagolosa, y aún en el tránsito de unos a otros, por motivos de actividades de la dinámica de la corteza terrestre, se levantó el suelo submarino, se retiraron las aguas del mar y se produjeron grandes plegamientos y grandes fracturas. Estos cambios tuvieron fases de máxima actividad en tiempos del

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

MUNDO NEUTRO, por *Mario Newton Filbo*. Colección «Alrededor de la Mesa», Bilbao, 1958.

La tónica general de estos poemas es pausada, elegante y meditativa, con ligeras pinceladas de humorismo agrídulo e incisivo, bien matizado. El libro, en conjunto, resulta muy estimable, dentro de su brevedad, y con él se inicia, bajo el cuidado de M. A. Marrodán, una nueva colección poética, dignamente presentada.

ANTOLOGIA DE POETAS DE ARCOS DE LA FRONTERA, por *Antonio y Carlos Murciano*. Colección «Alcaraván», Arcos de la Frontera, 1958.

Doce poetas: Higinio Capote Porrúa, Rafael Pérez Mayolín, Jesús de las Cuevas, Ramón Vázquez Orellana, Julio Mariscal Montes, Cristóbal Racero Gil, Juan de Dios Ruiz, Antonio Murciano, Cristóbal Romero López, Carlos Murciano, Antonio Luis Baena Santiago y Manuel Capote Benot; doce nombres que dan fe de que el bellísimo Arcos es tierra fértil en poetas, y buenos poetas, además, porque todos los citados figuran en el libro con logrados poemas que realizan el mérito de esta simpática e interesante antología.

VIDA DE UN HOMBRE, por *José Albi*. (Premio «Valencia» de Literatura-Poesía, 1957). Diputación Provincial de Valencia, 1958.

«Vida de un hombre»; ambicioso título para darlo a un libro de poesía, y, además, peligroso por lo que de meramente anecdótico pudiera infiltrarse en el canto, que, también, por la misma preocupación de eludir lo cotidiano, podía quedar corto de aliento o frigidamente especulativo. José Albi ha salvado limpiamente este doble escollo, y, sin renunciar a la «materia prima» de sus experiencias personales, ha sabido infundirlas el soplo de un auténtico poeta y trascenderlas a planos de superior comunicación. Y ahí radica el gran acierto de esta «Vida de un hombre» escrita con voz sincera, plena y torrencial, fiel en todo momento a su palpitante dimensión humana.

CUMPLIDA SOLEDAD, por *Elena Martín Vivaldi*. Colección «Voleta al Sur», Granada, 1958.

Este es un libro de melancolía y desasimilamiento, con raíces íntimas y amargas. Un mundo torturado y nostálgico, el de Elena Martín Vivaldi, «elementalmente triste», brota incontenible, preciso y vibrante en su dolida tristeza. Lo duro y esquinado de la renuncia queda suavizado por una última e irreductible esperanza, más allá del silencio y de la rebeldía. Y todo cuajado en muy bellos poemas, expresión de fina sensibilidad y de un eficaz manejo del lenguaje lírico. Oficio y corazón de poeta, en suma.

VIAJE MARAVILLOSO por *Jean Aristeguieta*. Ediciones «Lirica Hispana», Caracas, 1958.

Como otrora en «Paisajes venezolanos» Jean Aristeguieta nos ofrece sus impresiones de viaje que, en el libro que nos ocupa, se refieren a las regiones andinas de su patria. También ahora, sus apuntes son vívidos, directos y evocadores, sin caer en el pintoresquismo fácil ni en el dato gélido a lo Baedeker. Estas descripciones de tierras, gentes y paisajes están iluminadas por un emotivo y noble acento de poesía viajera que observa con mirada amorosa y penetrante.

A CASA, por *Renata Pallotini*. Clube de Poesía, Sao Paulo, 1958.

En otro número de esta revista tuvimos ya ocasión de ocuparnos de Renata Pallotini con motivo de su libro «O monólogo vivo». Ahora, «A Casa» viene a ratificar el buen concepto que entonces nos mereció esta joven poeta brasileña. En este nuevo libro el pulso poético de R.P. es más firme, los poemas están más logrados como consecuencia de un mayor dominio del oficio.

Paralelamente a esta progresión, digamos técnica, hay en los poemas de «A Casa» una sensibilidad más afinada, enriquecida tanto en matiz como en profundidad. El actual momento lírico de Renata Pallotini es a todas luces interesante y valioso.

LA LLAMADA Y EL HOMBRE, por *José María Osuna*. Ediciones Rumbo, Barcelona, 1959.

Sinceridad comunicativa, riqueza metafórica y un hondo sentido humano rezuman de este libro de José M.ª Osuna, en el que hallamos muchas cosas buenas, por lo auténticas, y una cierta tendencia discursiva que merma la eficacia de algunos poemas. Con todo, sin ser un libro extraordinario, realiza cumplidamente esa «llamada» que campea en su título.

DESTINO DE LA CRIATURA, por *Mario Angel Marrodán*. Colección «Alrededor de la Mesa», Bilbao, 1959.

En cada libro de Marrodán el idioma parece entrar en ebullición. El poeta—ya dijo Gerardo Diego que el oficio «se las trae»—no se resigna al sentido inmediato de las palabras, quiere, siempre, una mayor significación. Este combate tiene un perfil casi heroico—tal es nuestra impresión—en el caso de Marrodán, porque, a la postre, el verbo resulta triunfante. El joven autor de «Carne de angustia», «La Materia Infinita» y otros libros agitados y densos, sigue en éste acumulando imágenes a ritmo vertiginoso, con lo que, nos parece, su pensamiento queda difuminado por la catarata verbal. Hay, en su obra, un evidente furor expresivo que, si no logra, por su acción fugaz y precipitada, desenvolver totalmente las ideas, consigue cuando menos sugerirlas en trazos rápidos y vibrantes. Marrodán, con su lírica extraña, ardua y desligada de compromisos estilísticos aporta a nuestra poesía un ejemplo de fidelidad insobornable a las propias convicciones.

POEMA SIN NOMBRE, por *Miguel Angel de Argumosa y Pedro Hernández*. Colección, «Conde Arnaldos», Piedralaves, 1958.

El mundo poético de Pedro Hernández—ya lo vimos en «Un aire con miedo»—es melancólico y fantasmal. En este poema abundan las imágenes de estilo pictórico, a lo Goya y Solana. Un ritmo apresurado, a veces de esbozo, mueve, a menudo en versos cortos, este poema escrito con pulso un tanto desigual. Una «Carta a Pedro Hernández» de M. A. de Argumosa, nítida y amarga, completa el pequeño e interesante volumen.

PIEZAS LÍRICAS, por *Ileana Espinel*. «Universidad de Guayaquil», Ecuador, 1957.

Junto a poemas que son ecos, o si se quiere, recreaciones o ejercicios simbólicas e impresionistas, hay en este libro cosas de originalidad sorprendente que delatan vigor y sabiduría técnica. Entre los que más nos han gustado se hallan los poemas agrupados bajo el título de «Sardónicamente» en los que reina—cosa inabollita en obra de mujer—poeta—un humorismo que va de lo tierno, desentadado y, a veces, incongruente, a lo amargo y agresivo. En ellos está la nota más personal y tenso de Ileana Espinel, toda nervio y ardimiento.

VOZ Y LATIDO, por *Francisco Sánchez Bautista*. Colección, «Alrededor de la Mesa», Bilbao, 1959.

Buenos sonetos estos de Sánchez Bautista, con un aire rebelde y acometedor que golpea reciamente sobre lo cotidiano. Sin morderse la lengua llama a las cosas por su nombre y no rehuye la expresión gráfica y popular, que maneja con desparpajo y soltura. Hay versos, tan originales, exactos y vigorosos, que son de antología. Su ironía es acerada, quevedesca, y a veces—facilidad, mala novia—escribe un poco a la pata la llana. Un vino áspero y peleon que nos borra el cansancio de tanta poesía adrede.

EL AGUA AUSENTE, por *Angel N. Pou*. La Habana, 1959.

Un libro de muy estimable nivel poético donde la fina sensibilidad de Angel N. Pou—demostrada ya en anteriores entregas—se avalora y perfecciona con un despliegue más ambicioso de sus cualidades. Vemos a este joven poeta en fase de evolución muy prometedora dentro de la línea intimista que cultiva.

POEMAS, por *Arturo Maccanti*. «Seu», La Laguna (Tenerife), 1959.

Siete sonetos equilibrados y rigurosamente contruidos. Tienen, además, calor humano, fuego lírico. Nos gustan, de modo especial, los titulados «Oración por la viudez de una mujer» y «En que el poeta recuerda».

NOCTURNO DÍA, por *Eliás Nandino*. «Editorial Estaciones», Méjico, 1959.

Vasto poema en el que Nandino expresa su angustia, indignación y horror ante el imperio de la barbarie civilizada y la pavorosa amenaza de la destrucción atómica. Alegato y mensaje se funden en imágenes certeras, y altamente alocucionadoras, donde se busca, más que el simple artificio estético, un despertar de la conciencia moral y colectiva. Nandino ha puesto toda su fe y dotes de valioso poeta en tan laudable empeño.—J. PORCAR.

ESTAFETA

Hemos recibido los siguientes

LIBROS

Poema sin nombre, por *Miguel Angel de Argumosa y Pedro Hernández*.
Antología de poetas de Arcos de la Frontera, por *Antonio y Carlos Murciano*.
Vida de un hombre, por *José Albi*.
A Casa, por *Renata Pallotini*.
Nocturno Día, por *Eliás Nandino*.
Viaje Maravilloso, por *Jean Aristeguieta*.
La rama ingrata, por *Rafael Laffón*.
Poemas, por *Arturo Maccanti*.
El Agua Ausente, por *Angel N. Pou*.
Piezas líricas, por *Ileana Espinel*.
Voz y latido, por *F. Sánchez Bautista*.
La llamada y el hombre, por *José M.ª Osuna*.
La voz en el tiempo, por *Rafael Melero*.
Cantata en Aleixandre, por *Gabriel Celaya*.
Poemas a Sullka, por *Juan A. Sánchez Anea*.
Destino de la Criatura, por *M. A. Marrodán*.
Cumplida soledad, por *Elena Martín Vivaldi*.
El amor hacia la luz, por *Dionisio Aymará*.
Alba del viento, por *Rafael Melero*.
El viento Norte, por *Victor M. Sandoval*.
El corazón en su sitio, por *Gabriel Celaya*.
El alma y los sentidos, por *M. A. Marrodán*.
La palabra enamorada, por *F. Allué y Morer*.

REVISTAS

Arista, *Burgos*, 1.
Arrecife, *Cádiz*, 6, 7, 8, 9 y 10.
Axati, *Lora del Río*, 4.
Ayer y Hoy, *Toledo*, 67 y 68.
Caracola, *Málaga*, 78.
Cumbres, *Utrera*, Enero 1959.
El Cobaya, *Avila*, 28.
El molino de papel, *Cuenca*, 17, 18 y 19.
Gánigo, *Sa. Cruz Tenerife*, 32, 33 y 34.
Montañar, *Cazalla de la Sierra*, 8.
Piedralaves, *Avila*, 13.
Pleamar, *Portugalete*, 12.
Rocamodor, *Palencia*, 14, 15 y 16.
Uriel, *Sa. Domingo de la Calzada*, 10 y 11.
Yedra, *La Adrada (Avila)*, 2.
Courier du Centre International d'Etudes Poétiques, *Bruselas*, 23/24 y 25/26.
El Noticiero, *San José de Costa Rica*, 258.
Estaciones, *Méjico*, 12 13 y 14.
Gazeta Literaria, *Oporto*, 2.ª serie: 1, 2 y 3.
Laurel, *Córdoba (Argentina)*, 17.
Lírica Hispana, *Caracas*, 182 al 197.
L'Italia Illustrata, *Nápoles*, 9, 10, 11 y 12.
Narceja, *Sao Paulo*, 1, 2 y 3.
Paralelo, *Aguascalientes (Méjico)*, 9, 10, 11 y 12.

Correspondencia al

Apartado de Correos 18 - Castellón (España)

Depósito Legal. CS. 3.-1958

or Angel N. Pou.

e nivel poético donde
l N. Pou - demostrada
se avalora y perfec-
más ambicioso de sus
oven poeta en fase de
a dentro de la línea

Maccanti. «Seu»,
1959.

os y rigurosamente
a, calor humano, fue-
ndo especial, los titu-
z de una mujer» y «En

ias Nandino. «Edi-
jico, 1959.

ndino expresa su an-
ante el Imperio de la
vorosa amenaza de
egato y mensaje se
s, y altamente alec-
a, más que el simple
ar de la conciencia
ha puesto toda su fe
en tan laudable em-

ETA

entes

Miguel Angel de Ar-

cos de la Frontera,
irciano.

osé Albi.

ini.

andino.

n Aristeguieta.

el Laffón.

anti.

el N. Pou.

Espinel.

ez Bautista.

or José M.ª Osuna.

nael Melero.

or Gabriel Celaya.

n A. Sánchez Anea.

or M. A. Marrodán.

ena Martín Vivaldi.

ionisio Aymará.

l Melero.

M. Sandoval.

or Gabriel Celaya.

or M. A. Marrodán.

r F. Allué y Morer.

10.

8.

59.

17, 18 y 19.

32, 33 y 34.

rra, 8.

5 y 16.

alzada, 10 y 11.

ational d'Etudes

y 25/26.

osta Rica, 258.

14.

serie: 1, 2 y 3.

), 17.

2 al 197.

10, 11 y 12.

Méjico), 9, 10, 11

al

llón (España)

3.-1958

MIJARES

REVISTA LITERARIA DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

FLORILEGIO DE PAISAJES

Nuestro propósito —el de MIJARES— es formar un ramillete antológico con las distintas visiones y versiones que de un mismo paisaje señero de nuestra comarca castellonense y de las demás comarcas comprovincianas han engalanado las páginas literarias de algunas insignes plumas foráneas, y de otras, más familiares, de nuestras plumas vernáculas. Para ese intento, la definición de paisaje que nos complace es la de evocarlo en lo íntimo del recuerdo nostálgico como un reflejo del semblante de nuestro terruño natal; así, pues, consideramos el paisaje como si fuera el vivo rostro de la patria chica, presente en la lejanía de nuestras ausencias, como presente conservamos la imagen de una mujer amada.

Este florilegio del paisaje nuestro aquí bosquejado, campesino y rústico casi siempre, y en algún caso urbano, suele animarse con figuras abocetadas en segundo término cuyo tipismo ayuda a sugerir una sensación de ambiente; otras veces el paisaje es solitario, sin vestigio alguno de casa o huella humana. En ocasiones aparecen figuras en acción, o la escena de costumbres pintorescas de un pueblo, relegando la importancia del paisaje natural al fondo del cuadro. En estas circunstancias el paisaje "se adivina" como una orla del episodio descrito, o está difuso entre los vocablos de un diálogo de los personajes, o tácito en las significativas frases de un monólogo impresionista, donde quizás no veamos directas pinceladas de color, y, sin embargo, el colorido surge de la fuerte veracidad de las palabras y de su virtud alusiva.

Vamos, pues, a recorrer idealmente las tierras de Castellón y su provincia, pasando de una comarca a otra de la mano de autores añejos muchos de ellos, y de otros más recientes, pero con textos publicados en tiempos distintos, ya pretéritos, como atestiguan las fechas que consignamos al pie de cada fragmento literario aportado. Tan sólo el primero y el último de los trabajos aquí insertos están escritos actualmente y con destino al presente número.

Ordenamos y distribuimos los textos, con arreglo a una relativa unidad temática, en seis grupos, cuyos títulos pretenden condensar el carácter geográfico de cada apartado; así como las viñetas ilustran lo más típico de su contenido. De este modo los lápices castellonenses colaboran con las plumas.

I ANÁLISIS DEL PAISAJE

Con la ambición de compendiar en un abrazo las características esenciales de los distintos paisajes de la provincia castellonense, el profesor Sos analiza la evolución de su morfología como casi exclusiva consecuencia de los fenómenos geológicos y nos revela la prehistoria y la historia genuina del paisaje de cada comarca. Hay un proceso estético larvado en la profunda simbiosis de lo biológico y lo topográfico, que aflora en la belleza de los variados tipos paisajísticos, gala del suelo de nuestra provincia.

VICENTE SOS BAYNAT

HISTORIA Y PREHISTORIA DE UN PAISAJE

GEOLOGIA Y TIPOS DE PAISAJE DE LA PROVINCIA DE CASTELLÓN

Todo paisaje está constituido por dos elementos fundamentales: la forma y el color. Pero según el lugar donde se considere el paisaje, pueden unírsele otros caracteres circunstanciales, como son la vegetación, el mar, el factor humano, etc.; la forma es la esencia decisiva de todo paisaje,

la masa, la estructura del propio suelo del campo; el color es la esencia embellecedora complementaria, la vestimenta que armoniza los contrastes.

El literato, el poeta, el pintor..., saben describir, cantar y plasmar, por medio de sus creaciones, las bellezas de los paisajes;

saben hacer resaltar las excelencias de sus armonías y nos hacen saborear todos los matices. Pero resulta que, por mucho que se diga de los paisajes, en cada caso, siempre queda una última palabra por expresar, porque ya no es cometido de los artistas, ni de la natural sensibilidad del observador. Nos referimos a que cada paisaje tiene una historia propia, ha tenido un pasado, más o menos remoto, y en la naturaleza de su suelo y en los accidentes de su gesto está escrita su filiación.

La provincia de Castellón cuenta con una gran variedad de paisajes, muy notables por sus bellezas naturales y por los episodios cronológicos de sus pasados. Los aspectos de unos y otros son muy distintos; sin embargo, con todos ellos se puede hacer una sistematización tomando como base la misma nomenclatura de la Geografía física: montañas, llanuras, marismas, costas, ríos...

Si empezamos por el paisaje de montaña, podemos referirnos, en primer lugar, a sierras tan representativas como las de Espadán y Espina, núcleos de numerosos crestones cortantes, de picos aislados, *els puntals*, donde las areniscas bravías son de tonos rojos y cárdenos, y las margas terrosas, de colores amarillos vivos, infundiendo al paisaje gran vistosidad. Son notables, bosques de pinos como los de Santa Bárbara de Pina de Montalgrao; y bosques de alcornoques, *sueros*, como los de Chovar, Eslida, Suera...; las areniscas silíceas, *els rodenos*, en tiempos muy lejanos fueron suelos de inundación, llanuras muy soleadas, en un clima duro y desértico, areniscas que más tarde fueron invadidas por el mar y, más tarde aún, pasaron a ser terrenos encharcados. Todos estos episodios se produjeron durante una larga etapa de la historia de la Tierra, llamada período Triásico.

Otros modelos de paisaje de montaña nos los dan Peñagolosa, Ares, Benifazá, Chert..., de una fisonomía distinta, porque distinta es también la naturaleza pétreo de sus componentes. Peñagolosa, con su mole severa e ingente, la más alta de todo el Reino valenciano; Benifazá, con sus calizas agrestes, colosales, *els cingles*, cumbres grises, azuladas, rojas, reflejos de la luz solar, acompañadas de barrancos profundos de intrincados recorridos. El relieve de estas montañas está formado por terrenos calizos, en grandes bancos, que tuvieron un origen submarino, por precipitaciones calcáreas, con grandes depósitos de conchas de moluscos marinos petrificados. Esto ocurrió durante los tiempos llamados Cretácicos, de larga duración.

Pero después de haberse formado terrenos como los de Espadán y los de Peñagolosa, y aún en el tránsito de unos a otros, por motivos de actividades de la dinámica de la corteza terrestre, se levantó el suelo submarino, se retiraron las aguas del mar y se produjeron grandes plegamientos y grandes fracturas. Estos cambios tuvieron fases de máxima actividad en tiempos del

Terciario inferior y del Terciario medio. Y fue entonces cuando surgieron Espadán, Peñagolosa, Ares..., y cuando, poco después, descendieron en vertical otras moles que habían logrado alturas. Esta combinación de hechos, pliegues, fracturas, hundimientos, etcétera, es lo que trastocó todo este gran sector de la provincia y la dejó muy irregular y accidentada. Las aguas de lluvia se encargaron de limar las aristas y de modelar los panoramas. Las arboledas, los matorrales y los mantos herbáceos se encargaron de poblar las laderas y los valles... Toda esta historia corresponde al pasado de todos los paisajes que se extienden desde Almenara a Pina de Montalgrao, desde Peñagolosa hasta Morella y Benifazá.

En relación con lo que se acaba de decir, tenemos el tipo de paisaje llamado de *costa brava*. Las formaciones geológicas de igual edad a las que acabamos de reseñar, dotadas de los mismos accidentes geofísicos, pero que por su posición superficial quedaron contiguas al mar, son las que han dado lugar a los acantilados y roquedos corroídos de nuestras costas. Recuérdese nuestro litoral en Sierra de Irta, en Oropesa, etc. De esta modalidad es ejemplo notable y excepcional el que presenta Peñíscola, con su tómbolo, que no es otra cosa que el desgaje de un gran bloque, ahora en contacto con la costa por medio de una delgada lengua de arena.

El paisaje castellanense de *formas llanas* se puede diferenciar en dos tipos: el interior y el periférico. De los primeros están el Plá de Vistabella, San Mateo, Cabanes..., llanuras grandes, limitadas a lo lejos por siluetas de montañas azuladas, superficies horizontales, clima duro, vegetación arbórea llevada por el hombre, etc. De las segundas, están las *planas* litorales, Vinaroz, Benicarló, Torreblanca, Castellón..., de dimensiones grandes, vegetación densa, espacios hortelanos cuadrilongos, y... casas, inacabables en número, salpicando el conjunto con un aspecto único. Y como complemento de todo, el marco impresionante del mar.

Cuando cesaron las presiones orogénicas de los llamados movimientos alpinos terciarios, todo el país que se hallaba comprendido entre el borde de la Península y las islas Baleares, se hundió y desapareció debajo de las aguas. Como consecuencia, nuestra costa quedó con un trazado muy irregular, con algunos fragmentos en alto y otros bajos, casi sumergidos. De los altos, son testigos los ya aludidos, Irta, Oropesa, Benicasim, etc; de los hundidos, son testigos las planas y las marismas.

Las *planas*, en los primeros tiempos fueron espacios descendidos y ocupados por las aguas, más tarde se han convertido en espacios de relleno, colmados por transportes de los ríos procedentes del interior de la provincia, con cuyos sedimentos elevaron el nivel del suelo. En los perímetros donde los depósitos no llegaron a rellenar del todo y se hallan todavía bajos, es donde quedaron las *marismas* y estanques típicos, *les marjals*, el *Cuadro*, el *Lluent*, tan genuinos en Benicarló, Torreblanca, Castellón, Almenara, etc.

El paisaje de planas y de estanques es el más reciente de todos y datan de los tiempos geológicos llamados Cuaternario, dentro del cual nos hallamos todavía.

Otro paisaje muy representativo de nuestra provincia es el que pudiéramos llamar

paisaje fluvial. Está constituido por las ramblas, los barrancos, los regatos. Las ramblas son de valles profundos y de cuencas dilatadas. De trazados rectilíneos como lechos de ríos gigantescos desecados y muertos (el Mijares, la Rambla de la Viuda) o, por el contrario, son de recorridos tortuosos, do-

blantes sin cesar, a la vez profundos y grandiosos (barranco de Valtorta, en Tirig; el Cervol, en Vallibona). Las ramblas y los ríos son siempre cauces pedregosos, repletos de cascajos redondos, grandes, grises, azulados, en acúmulos inmensos y recorridos interminables.

Todas las formaciones presentes en los cauces de las ramblas son también de edad Cuaternaria, es decir, de edad relativamente reciente, contando con medida geológica, pero toda la enmarañada red fluvial de la provincia es bastante anterior, data de los tiempos finales de Terciario medio, que fue cuando adquirió su trazado fundamental, después muy agrandado.

Para terminar. Una característica del paisaje de Castellón es que por todas partes está influenciado por *la mano del hombre*. Dondequiera que se vaya, salta a la mirada la influencia del factor humano, la huella de su presencia: la casa. En la montaña, *el mas*; en el llano, *la alquería*; en las proximidades urbanas, *els masets*; en las concentraciones de recreo, *les Villes*. Por alto y escondido que se halle el paraje que se visite, siempre están visibles las viviendas dispersas, las máculas blanquecinas, el hábito del hombre. El arbolado, cuando representa los cultivos de la provincia, también es debido a la intervención humana. Recuérdese el algarrobo, sarmentoso, de doble verde, predominando en una gran zona marginal del país. El olivo, gris plateado, difundido por las llanuras, rampante por las laderas de las montañas, rebasando todos los límites provinciales. Y la vid, también representativa de nuestros campos... Y el naranjo, de extensión superficial más restringida, pero ejemplo vivo del poderío del hombre valenciano.

Nuestra provincia es de proporciones geográficas modestas, pero en su reducido espacio alberga infinidad de paisajes de una gran belleza.

Mérida, 12 de febrero de 1960.

AL·LELUIA

Al mig del cel hi ha una monjoia
que és sortilegi contra el dol,
símbol aurífic de la joia,
Llum de la llum i sol tot sol.

I les campanes, en punt d'onze,
van repicant musicalment,
com si les ànimes de bronze
ja foren ànimes d'argent.

Volen y volen les colomes
esbatussant-se en l'aire blau
i els ocellets —pomell de plomes—
xisclen i xisclen en allau.

Les papallones —;quins deliris!—
arreu proclamen llur encís:
si l'ala, fràgil, és un iris,
el vol, lleuger, és un somris...

¡I quin festeig que té la rosa
color de rosa amb el clavell!
Ella ha restat tota desclosa
el roman ara tot vermell...

Damunt les messes en creixença
obri els seus braços l'espantall,
no per donar aspra tènencia
sinó en joies escarafall.

Ressò de pluja prou-passada,
¡com riu a bots el plumicell
amb l'aigua tota enrojolada
que gairebé és un fang novell!

El salze, que era genuina
imatge lírica del plany,
mullant-se en l'aigua es despentina
com si hi trobés bon averany.

Y fins a dintre de la gleva
la llevor pal·lida reviu.
Arreu del món ara s'eleva
un himne fèrtil i joliu.

Però per l'horta tan alegre,
¡oh, ironies de la sort!,
damunt carrossa tota negra
al cementeri marxa un mort.

F. ALMELA I VIVES

(De «La Columna i les roses». Valencia, 1950.)

II

LA CIUDAD Y SU CAMPIÑA

He aquí el concurso entusiasta de los escritores locales, que unos en nuestro idioma vernáculo y otros en recio castellano, compiten en su fiel tributo literario a la ciudad.

Ya en fiestas y alborozo, ya en beatífica paz, tanto el paisaje urbano como el campestre de los aldeaños castellanenses, viene a nuestros ojos desde las páginas de libros aquí impresos y quizá ya hasta olvidados algunos de ellos. Y entre todos una sola aportación de pluma foránea: la de Pío Baroja con dos fragmentos de su novela "Camino de perfección", refulgentes de magníficas descripciones de nuestro pueblo, cuyo nombre calla. Sin embargo, se puede localizar fácilmente el enfoque de cada visión descriptiva: la primera debe de corresponder a Villarreal de los Infantes; la sensación de llegada del viaje y el ambiente callejero y el de la casa familiar morosa y amorosamente descritos, denuncian con claridad el modelo que Baroja copia. La segunda descripción está tomada, a buen seguro, desde una alquería de la huerta de Castellón, acaso de la partida de Gombau o de Taxida.



a vez profundos y gran-
Valtorta, en Tirig; el
a). Las ramblas y los
cauces pedregosos, re-
dondos, grandes, grises,
s inmensos y recorridos

iones presentes en los
s son también de edad
de edad relativamente
on medida geológica,
ñada red fluvial de la
anterior, data de los
rciario medio, que fue
trazado fundamental,
do.

Una característica del
s que por todas partes
la mano del hombre.

vaya, salta a la mirada
or humano, la huella
casa. En la montaña,

la alquería; en las
els masets; en las
ecreo, les Villes. Por

se halle el paraje que
visibles las viviendas

blanquecinas, el hábito
do, cuando representa

provincia, también es
ción humana. Recuér-

armentoso, de doble
n una gran zona mar-

, gris plateado, difun-
rampante por las la-
rebasando todos los
la vid, también re-

ros campos... Y el
superficial más restrin-

ivo del poderío del
es de proporciones
pero en su reducido
ad de paisajes de una

de febrero de 1960.

PIA

s en nuestro idioma
iterario a la ciudad.

o como el campestre
ginas de libros aquí
una sola aportación

"Camino de perfec-

o nombre calla. Sin
scriptiva: la primera
ngada del viaje y el

descritos, denuncian
stá tomada, a buen
rtida de Gombau o

...

...

EVOCACION

Atardecía cuando regresábamos a la ciudad, después de un largo paseo; el sol dirigía sus postreros y mortecinos rayos sobre la población, percibiéndose apenas en el campo el susurro dulce y suave del viento.

Destacábanse sobre todos los edificios la hermosa cúpula de la Arciprestal y la esbelta Torre, cuyas campanas tañían la melancólica oración de la tarde, anunciadora del diario descanso, y sus armoniosos sonidos agolpaban en nuestra mente las ya, por desgracia, lejanas ilusiones juveniles.

Contemplábamos embelesados la ciudad, cuyo espectáculo en tales momentos no podía ser más hermoso, dividiéndose en la lejanía los abruptos montes de Benicasim, y como bella cúpula, la azulada bóveda del firmamento, con ligeras nubes que recorrían el espacio llevadas por suaves brisas, aroma-

PIO BAROJA

CAMINO DE PERFECCION

CAPITULO XLVII

El pueblo es grande. Cuando llegué, las calles estaban inundadas de sol, reverberaban vívida claridad las casas blancas, amarillas, azules, continuadas por tapias y paredes que limitan huertas y corrales. A lo lejos se veía el mar y una carretera blanca, polvorienta, entre árboles altos, que termina en el puerto.

Se sentía en todo el pueblo un enorme silencio, interrumpido solamente por el cacareo de algún gallo. El tartanero, a quien dije adonde me dirigía, paró la tartana en una callejuela que tiene a ambos lados casas blancas, rebosantes de luz. Llamó y entré en el zaguán.

Mi tío salió a recibirme, me conoció, me dio la mano, pagó al tartanero e hizo que una muchacha subiese la maleta al piso de arriba. Mi tío tenía que hacer una visita y me ha dejado solo en la sala. He salido al balcón; el pueblo está silencioso; las casas, con sus persianas verdes, sus ventanas y puertas cerradas, parecen abstraídas en perezosas meditaciones. De vez en cuando pasan algunas palomas, haciendo zumbar el aire ligeramente con sus alas.

Después de comer, Blanca, que es una chiquilla muy traviesa y comunicativa, me ha enseñado la casa, que no tiene nada de particular, pero que es muy cómoda. En el piso bajo están el comedor, el despacho del padre, la cocina, la despensa y un patio que conduce a un corral; en el piso de arriba hay la sala grande, con dos balcones a la calle, y las alcobas.

El balcón del gabinete da a un terradito en cuesta, hecho sobre un tejadillo del piso bajo de la casa. En un rincón nace una parra que sube por la pared; ya con las hojas crecidas del tamaño de un murciélago, y en la pared también hay unos cuantos alambres cruzados, de los que cuelgan filamentos de enredaderas secas. En el suelo, en graderíos verdes, hay algunas macetas.

Estoy ahora aquí, sentado. ¡Qué sitio más agradable! Enfrente, por encima de las tejas, veo la torre de un convento, torcida, con su veleta adornada con un grifo largo

tizadas por el blanco y perfumado azahar.

El viento, al traspasar el espeso follaje de los hermosos naranjales, parecía murmurar poética plegaria, viéndose, de trecho en trecho, alguna que otra esbelta y flexible palmera que nos recordaba a los antiguos dominadores africanos.

Por todas partes aparecía engalanada la Naturaleza con sus más ricas y preciadas galas, surgiendo de tal conjunto una apacible armonía que hacía ensanchar de gozo el corazón, suspendiendo al espíritu en dulce melancolía.

En tan deliciosos y poéticos instantes, nuestra imaginación no pudo menos que evocar la breve historia de la hoy populosa y rica ciudad que contemplábamos.

VICENTE GIMENO MICHAVILA

(De *Del Castellón viejo*. Castellón, 1926, pág. 9.)

PAISATGES

I

Jo que'n mon pit encara
Tinc dels amors passats
La ferideta trista
Que me commou lo cor.
Sole passejar per l'horta
Anar-me'n pels sembrats
I gaudir-me quan mire
Lo cel, lo riu, les flors.

VI

Jo m'encise si puge
Al cim de l'aspra serra
Que els garrofers guarnixen
I adornen els verds pins,
I veig a l'au que vola
Llunyant-se de la terra
Com puja esperancada
Al cel, fent son camí.

VII

I veig blanca caseta,
I veig frescar les cabres,
I veig lo riu de plata
Que va serpentejant,
I més enllà un gran poble,
I més enllà uns quants arbres,
I més enllà, blavenca,
Junta amb lo cel, la mar.

VIII

I oblide ma desgràcia
I fuig la melengia
I soc ditxós si albire
Lo cel, lo riu, les flors...

VICENTE ALMELA MENGOD

(Publicada en «Ayer y Hoy». Re-
vista de Castellón, año II, nú-
mero 40, págs. 285-86, 15 de
agosto de 1903.)

DOÑA ABULIA

(NOVELA)

I

La ciudad es levantina. La tarde, de estío.

El sol bate en retirada: la sombra va ascendiendo en las fronteras; ya solo, allá en lo alto, en cornisamentos y barandales de azotea que recortan sus perfiles en el azul tenue del cielo, queda una faja luminosa, un brillante festón de oro.

Las vías son espaciosas, rectas; ahora recién regadas. De trecho en trecho, un manchón de luz áurea rompe la nota parda, monótona, del suelo y denuncia una bocacalle...

Sutil brisa mediterránea refresca el ambiente húmedo, blando, pegajoso... Banderolas y flámulas tremolan con sacudidas de epiléptico en todas las ventanas y balcones..., de estos balcones cuelgan rígidas colchas de damasco, de colorido intenso, percales rojos y amarillos; tellizas rameadas, con ahuecados faraloes de tafetán... En los arcos de follaje, enguinaldados de mirto, de cuyo oscuro verdor destacan frescas las flores de la adelfa, más gallardetes, unas banderas y colgantes flecos de farolillos —rojos, gualdos, con listas escarlata, con listas blancas— que el aire mece dulcemente.

Va aumentando la animación, el gentío. Acuden labradores en mangas de camisa,

desplegados en ala, hablando a gritos; niñeras emperrojadas; viejos ociosos. Pasan rápidos, jadeantes, los músicos vestidos con diversidad de uniformes, en bandolera o al hombro los instrumentos enfundados, y al pasar requiebran a las lindas menestralas. Estas artesanitas son la mejor gala de la ciudad: ligeras, esbeltas, elegantes, corretean como gráciles avecillas, en bandadas...

Todo es cháchara, voces, movilidad, vivos colores, y en esa nota vibrante de bizarria, contrastan graves, solemnes, los fornidos montañeses, vestidos de pana negra y estameña...

Rehuyendo encontronazos, evitando el contacto de la plebe, discurren presurosas las familias señoriles... Y atropellando y escurriéndose por todo, la chiquillería alborotada gira, torna, vuelve y va. Entona patrióticos himnos, canciones liberales...

...Los balcones, atestados, las aceras bordeadas de mujeres, de niños acomodados en unas ringleras interminables de sillas; las bocacalles cerradas por barreras compactas de gente... Todo es bullicio, color, movimiento, alegría...

La ciudad arde en fiestas. Como Venecia sus bodas con el Adriático, la insigne Vila-plana celebra sus bodas con la Libertad.

RICARDO CARRERAS

(*Doña Abulia*. Barcelona, 1904. Imprenta de Henrich y Cía.)

GLOSA DE UNA FESTA

Quan la "Revista" aplegue a les mans dels seus llegidors, la processó de l'Assumpta haurà fet ja pels nostres carrers la seua volta secular. Té molt de característic, molt de sustanciós i d'evocador l'espectacle d'eixa anyal comitiva...

M'atreiria a afirmar que no hi ha cap festa en la que tant bé es completen les circumstàncies, l'ambient i l'esperit litúrgic. Los nostres carrers, eixos dies, abandonada la vila per tota la gent desijosa de diversions ruidoses, fa impressió de soledat, d'una calma un poc inquietant a vegades... Lo sol, voltat si no és cubert pels núvols precursors de les tronades de Sant Bertomeu, afegix una nota, no de tristor precisament, però d'aplanament, d'abatiment, d'agonia... De temps en temps trenca la basca, com una protesta de la vida, l'alé d'un ventijolet, tant suau, tant poruc que apenes gosa alterar la temperatura, ni ferir los oïts, com tement desentonar del cansament de totes les coses... I cap a la mija vesprada, més prop de la mort del dia que de la mig-jornal exaltació de la llum, desfila una comitiva tranquil·la, humilment solemne que en l'esperit de la Església és un soterrar i alhora triomfal episodi d'un trànsit gloriós.

Pareix que d'eixa processó s'haja descartat d'un modo natural, pel savi automatisme de les coses inconscients, tot lo que s'adherix de fals, d'exhibicionista, de *fira de vanitats* a qualsevol altra de les festes públiques religioses. La poca gent que la forma va en lo seu paper, devota, pausada... Es la més ordenada, la millor feta de totes les processons de l'any.

Al seu pas tranquil i silenciós, mil imatges esborrades se desvel·len en lo cerebro. La gloriosa figura del nostre Jaume I... resumint, cifrant en la fundació de les esglésies del seu reine dedicades a la Assumpta la perfecció d'una conquesta épica i d'una llogislació prudentíssima... L'ombra del gran, del enérgic Papa aragonés Benet XIII expandint des de la roca pontifical de Penviscola a un temps la protesta contra la espoliació, i donant forma plàstica a la formació d'este misteri... Fantasmes acadèmiques o episcopals, monàstiques o guerres, d'hòmens que visqueren i moriren "a lahor e gloria de Nostre Senyor Deu Jhesu-christ e de Madonna Sancta Maria" s'alceen

dels vasos evocant la existència mig oblidada d'un poble triomfador i gran que torna a sortir de les seues cendres.

I esta societat evocada al pas de la processó modesta i silenciosa, impossà un temps la pau i la guerra a mig mon i tragué per a civilitzar-lo un altre món de les escumes de la mar...

I tot açò en mig d'una serenitat admirable, d'una seguretat pasmosa que fa enveja i ensems impressió d'impossant magestat. La serenitat d'aquells hòmens d'edats passades que a molts sembla efecte de falta de vida, i qui és pel contrari filla d'una plenitud armònica i poderosa, d'un inalterat equilibri espiritual, sembla també reflectar-se encara en la processó lenta, pausada, humil d'aparències, plètòrica de suggeridors simbolismes, de sàvies lliçons del passat.

Los esperits frívols que medixen la importància de les coses per la ruidosa explosió que al seu pas fan alçar, ni tan sols s'aparen al pas de eixa comitiva en la agònica vesprada estival.

LLUIS REVEST CORZO

(Publicado en *Arte y Letras*, núm. 10, 15 agosto 1915. Castellón.)

SALVADOR GUINOT

DE ROMERIA

(DE ESCENES CASTELLONESES, BARCELONA, 1905.)

I

Me sembla vore encara al sinyó Nasio de Pagés, el sombrero de borles tapant els pels blancs, la camisa de lleng caser, més blanc que la neu; el jopetí de pana damunt de la samarra, la faixa de seda negra, els saragiells estrets, les calces blaves de cotó, i les espardeñyes de cara ampla i poca veta, el gaiato en la mà, més acatxat pel pes dels anys (setanta quatre) que pel càrrec de la berena, eixir per el portal del Toll i Caputxins a les sis i mija del matí i anar-se'n cap a Lledó, dia de la Madalena i bon dia de l'any mil huitcents setanta nou.

—Pàtxol! Tamé hagueren pogut apanyar este camí un poc un dia com hui! Com se coneix que ara no té força el gremi, ni fan cas d'ell! Eixos pixavins de cà la vila no més pensen en el *Passco* de Ribalta, i els camins del terme que es perguen. Allí, vinga de gastar-se cents i mils de lliures en abrets i floreres que no valen un sou, i pà matros un peó els dol...

...Hala ahí, vinguen tarongers! Consevol dia haurem d'anar per blat fora vila. I en una terra tant agràida i de bon rec, pàtxol, que es poden sembrar i arregar collites per a omplir la casa gran. Bé menjarà la gent jornalera!... Com no munge teronges i bollo... Bollo?... Si anem aixina, ni panís collirem. Tot terongers, pàtxol, i la pobrea que rebente de flato! Eu! Ia es menege la campana de l'ermita.

Hi, hi, hi! Arriba, caballo moro! Cap amunt... Ja estem en el meu lloc. Io tenic que viure ací; he naixcut pa la montanya, no pa'l pla. Hi ha qui no li fa'l seca? Pos ben bonico és!... Llástima de garroferal. Ben llaurat i net està, poro l'amo li té por a l'estral. Val més poqueta llenya, poro tendra i llustrosa, que eixos simalots vells i secs...

LA MADALENA

Una ermita blanca, blanca,
i un camí que va pujant,
Uns ocells que volen, volen,
i una campana brandant.

Uns romers amb canyes, canyes,
sota un castell ensorrat,
i la sang dels moros, moros,
que deixaren de comiat.

Una plana verda, verda,
amb dalers neguitejants
i uns camins que menen, menen,
tot es veu de dalt estant.

Anar a la Madalena
hui que fa un dia tan clar...
De lluny l'ermita tan blanca
sembla una vela en la mar.

E. SOLER GODES

(«Boletín Stad. Cast. de Cultura», XXIII, pág. 156, 1947.)

EL PARQUE

*El pino y la palmera en gallardía
compiten, y en verdor. La fronda asalta
espacios de risueña geometría,
dulces caminos lentos de luz alta.*

*De pájaros y flores la porfía
meliflua y suave, el parque exalta:
¿Canta el ave o la flor?... ¿Es melodía
la rosa y es color trino que salta?...*

*¡Remanso de las horas! Más de una
dejó sus claras huellas en mi frente;
horas tibias de sol, horas de luna.*

*Y esa eterna pareja adolescente
meciendo sus amores en la cuna
de tus jardines, ¡oh, parque sonriente!*

JUAN PORCAR

(De *Ronda lírica*, Castellón, 1953.)

NIÑOS Y NIÑAS

¡La vieja plaza! ¡Cantarinas voces!
¡Niños y niñas! ¡La algarada ingenua!
Mayo siempre florido de colores,
Sol en la plaza vieja,
Y sol en el rincón más escondido
del alma siempre nueva.

¡Ah, si pudiera el alma trasnochada
ser lo que fue mientras la vida alienta!
¡Y andar camino sin saber qué anda!...
¡Y no saber tampoco cuándo llega!

RAFAEL CATALA LLORET

(De «Inquietud», Castellón, 1931.)

DALENA

anca, blanca,
a pujant,
olen, volen,
brandant.

mb canyes, canyes,
ensorrat,
moros, moros,
comiat.

da, verda,
itejants
e menen, menen,
alt estant.

dalena
ia tan clar...
a tan blanca
en la mar.

E. SOLER GODES

Cast. de Cultu-
ág. 156. 1947.)

SES., BARCELONA, 1905.)

patxol, que el pla no
s mirat desde ací fa
pinar, el serrallo, la
d'Almassora (el que
de Millars... deu ser
que me falte vista!
ee bé Vilarrel i Bo-
Serà que el dia està
Castelló aci dalt!...
ra de carros!...

quedat en el poble:
stàn tancas. Patxol!
adalena?

NIÑAS

tarinas voces!
algarada ingenua!
o de colores,
a.
más escondido
eva.

ma trasnochada
as la vida alienta!
saber qué anda!...
cuándo llega!

ATALA LLORET

astellón, 1931.)

LLAURADORETA

Prop los morros de la vila, l'alqueria de la Torre, de sienós color que li dóna la pàtina del temps, s'alça magestuosa vora el camí dels Molins.

Cap allí caminava Enrique a vore a Isabel, la nineta dels seus ulls, la xica més bonica del poble, la seua llauradoretta, com ell la nomenava quan d'ella parlava als seus amics de Madrid... Fea ja un bon grapat de mesos que no l'havia vista.

—Sort que ella sap que he aplegat hui —pensava mentres anava caminant per baix l'ombra que les alhora verdoses i platejades fulles dels gegantins xops que voregen el camí, feen en la estreta senda que hi ha a la dreta de la séquia.

Encara que sos ulls inquietos miraren a totes bandes fixant-los ja en los grocs rastolls del blat, ja en los alts i verdosos cànems, ja en l'aigua joguina i riallera que les oques i patos del molí primer saforejaven, ja en les rogenques pipes dels mangraners, ja

en les terroses alqueries que hi ha en tot lo camp i que semblen les guaites del terme, ja en les altes i apuntades muntanyes, tan apuntades que es coneixen per les Agulles i que són com els braços de la mare que acaronen al seu fill, ja en totes les belleses i són moltes d'aquella raconada, no estava allí en cos i ànima...

Juny la falç al puny, pregonaven totes aquelles terres, puix la que no estava plantada de cànem era ja rastoll de blat o estaven allí el hòmens mig acatxats falç en mà segant les aurees espigues, més enllà feen sòl d'era, en altre tros estaven batent, altres estaven carregant l'empall, altres ja havien fet la pallera al carassol de l'alqueria i tot açò estava banyat per un sol que caïa de ple, un sol fort, tan fort, que sens dubte badava les penyes.

Acabaren la faena i en lo carro tornaren a casa, Isabel i els seus pares. La llum es-

mortida del sol, que anava amagant-se, ja no brillava en la típica alqueria, però contrastava més aquell terrós color de les parets amb lo vert de la parra, de la figuera i del noguer que la tapaven per llevant. Els del carro saludaven a algun capellà, a algun sinyoret que per la senda anaven a pendre l'aire. Molts llauradors retornaven al poble amb la roba de treballar i amb l'aixada al coll; l'aigua seguia murmurant en el fons de la séquia, on no es veen els testos, que encara que semblen a les olles no es podia saber si eren de plats, safes, pitxers... Era aixina, entre dos clarors.

Era la vespra de Sant Joan i aquella parella ja estaven amartellats en aquell hort, el més típic de tot el poble. Sols presenciaven aquell idilli la sinyó Ana, que amb la falda arromangá lluía els vions a ratlles rotges i negres i llavava en un safareig que hi havia allà a l'esquerra; els blanc i pardos coloms que no paraven de remugar i de fer-se l'aleta; un estol de patos que anaven porquejant per allí i que acudien rodejant a la parella als crits d'una pintarrejada cotorra que no sabia més que imitar-los i que dins d'una gàbia s'engronsava; algun descarat "vilero" que picava les molles de pa i les gallines i pollastres que amb careig i soroll celebraven algun casament.

ANGEL SÁNCHEZ GOZALBO

(De *Llauradoretta*. Publicado en "El cuento del diumenge". Año II, número 56. Valencia, 24 enero 1915.)

DEL CAP. VIII DE

DOÑA ABULIA

(PAG. 69)

Amanece... Tenue claridad anuncia el nuevo día. El calor es grande aún a esta hora. En las solitarias calles, los vigilantes, apostados en las esquinas, toman la fresca... Unos perros hociquean en los montones de basura... Pasan anacalos, mozos de tahona en blancos calzoncillos, mandilete a listas y listada camiseta. Los primeros pájaros, los más madrugadores, pian, rinden a la aurora los honores con sus pífanos de agudo timbre. Se oye a lo lejos, allá, en las huertas, el canto de los gallos..., el traqueteo de algún carro... Todo es tranquilidad y calma augusta en Vilaplana...

Luego, suenan graves..., intensas..., tristes, las notas luengas que anuncian el alba a la ciudad laboriosa...

RICARDO CARRERAS

ARC

*L'arc tirant de la palmera,
ballester de tramuntana,
té l'atzur per espillera;
gelosia que delera
son orient de filigrana.*

*Dansarina de la Plana;
bacanal castellanera.*

BERNAT ARTOLA

(De *Terra*. Castelló, 1935.)

Responso anónimo de "Pascual de Aurancia" en San Jaime, de Fadrell

Guarda la entrada del recinto
un melancólico ciprés;
¡qué honda paz hay en el silencio
del camposanto de Fadrell!

Ni un solo nombre nos recuerda
que allí yace alguien, ¡no sé quién!
Y sin embargo, en el regazo
de la Encomienda, en su honra y prez
duermen el sueño del olvido
fastos vernáculos de ayer
que hoy nadie sabe de sus gestas
honor de nuestro «Castell vell»...
(¡Oh, escombros históricos, reliquia
para nosotros del buen Rey!)

Ahora, a la orilla de una tumba
crece, ufano, un laurel,
—símbolo de la gloria—, que blasona
el cementerio de Fadrell.

A su sombra recemos a San Jaime
por la cristiana fe
de todos los que allí hundieron sus
[cuerpos
para nutrir la tierra y florecer;
y en su recuerdo sin memoria: ¡Her-
[manos,
«requiescat in pace»! ¡Amén!

(Publicado en «Mediterráneo», el
domingo día 25 de julio de 1954.)





SALVADOR GUINOT

ANYOR

(DE LA REVISTA VALENCIANA «NOSTRA NOVELA», N.º 3, ANY I. 31 MAIG 1930.)

I

Al trencar de l'alba, la campaneta de Lledó en mig del musti sossego de la matinalada, va rompre l'aire humit i falaguer d'un dia d'estiu amb la seua veu febril, atiplada, per a cridar a missa de dumenge als llauradors de l'horta del morro de la vila, en les partides del Quartó de Llevant.

I poc tardaren ells en deixar ses alquerries, i pel Caminàs, per camins i sendes, formiguejar cap a l'ermita.

Dels primers en aplegar (estava l'alqueria un tir de pedra de Lledó) van ser el vell Mustieles i tota la seua gent.

II

Ai, sinyó Romualdo, si vosté sabere que bé ha vingut pa eixe vell de mon pare!

—Sí? Pues a la Mare de Déu tindrem que agrahir-ho; que ja fa dies que vaig a l'ermita, i com mai topave com abans a ton pare, hui m'ha dit lo cor que vinguer per ací a vore com se ho pot passar un vell ben devot que viu a la vora de l'ermita, sense anar a escudrinjar com apanyen els altars i el camaril...

—Es veritat sinyó Romualdo... però me sembla que si a mossèn Jaumet li donen ales i quèns, Lledó no serà mai més la nostra ermita... faces conter que tindrem un teatro pals currutacos de la vila.

—Home, no tant, no tant, que tot lo bé està bé, i pa la Patrona tot és poc...

—Poro, és que es figuren que em dol que muden les rajoles polsoses del camaril per eixes envernisaes de colors fins, i que li llaven la cara a la Mare de Déu i que li doren l'altar? Pos si tot, redell, me pareix poc! Poro si mossèn Jaumet tornare per ací, com de mocós... ja li dirie lo que vé al cas... Jo, dende que van despenjant tots els quadrets dels miracles de Lledó... Quina nosa fan? Es que no volen que pregonen les maravelles de Nostra Sinyora i la voluntat que li tenim els castelleros? Pos si li liven a l'ermita els quadrets, les crossetes, les mans i els peus de cera, els vots que matros fem a la Lledonera en els grans perills d'esta vida, que tindrà Lledó de milagros? Que quedarà de mostra de la fe del nostre poble?

Pos no es eixa la més negra, que encara ni hi ha de pijor... Vosté ha oit en tota la vesprà la campaneta de Lledó? Pos jo, tampoc. S'ha tornat muda! Toque a migdia

i quan hi ha missa... i... pare de contar. Hi ha dies que això pareix un fossar... com si ningú s'enrecordare de vindre a Lledó a pregar a la Patrona o a donar-li gràcies... I la partida faces conte que és un cantó d'horta sense pardals, ni cigales, ni cap veu de Déu, més que els brams dels burros.

—Home, com han penjat la corda pa que els xiquelots no facen volantins dins l'ermita pa tocar la campaneta...

—Mire, jo no sé lo que em passe; però si eixa campaneta seguix muda, per ací per l'alqueria no em voran mai més la llana; en casa me quede pa que me se mengen les mosques. I digue-li, digue-li a Mossèn Jaumet, vosté que és com de la parentela, que a mi me pareix que són com angelets que es fan llengües en llaors de la Verge i li diuen a l'horta de Castelló que ací té a la Lledonera que beneix les seues collites i els nostres llars.

—Ara que no li ho diguere!

III

La plàtica que aquella mateixa vesprada, a posta de sol, al tornar al poble, tingueren el senyor Romualdo i mossèn Jaume va anar sempre, com els trills a la era, donant voltes a la malaltia del vell Mustieles, i a les novetats que el jove Vicari anave introduint a Lledó.

—Demà a punta d'alba vindré a dir missa i li promet que jo mateix despenjaré la cadena de la campana. En lo dels ex-votos vorem, vorem... potser que fem una bona tria i els millors els portem a l'escaleta del camaril.

IV

Pocs dies després, Rosa la filla de Mustieles... se'n anà a casa el veterinari... i, este, al vore a Rosa anà a preguntar-li per la salut del vell.

—Molt bé, molt bé, sinyó Romualdo. Dende la seua vinguda a l'alqueria dirà que no és lo mateix: com si haguera possat oli a un cresol. I està tan agrait a vosté...

—...Pero dis-li a ton pare que a mi no té res que agrair-me. Saps qui l'ha curat? La campana de Lledó que torne, com en els millors temps, a ser la veu dels angels que canten les llaors de la Verge, i li preguen pels seus castelleros... Pareix mentira que l'anyorament pugue dur a la fossa a un homenet!

EL MILACRE DE LA LLEDONERA

La campaneta se trencava de tocar; los esclafits dels masclets ensordien, la música rompia amb la marxa reial, els vitols i les aclamacions de la gentada que la placeta i lo camí omplien, bé senyalaven que la Mare de Déu del Lledó, en sa riquíssima anda daurada, a muscles de quatre forçuts llauradors amb la típica vestimenta, anava a eixir; a ésser passejada triomfalment per mig de l'horta, per baix del frondosíssim emparat de l'arbreda; a ésser chorejada per la música armoniosa dels rossinyols, per la xiuladissa celestial de tots los pardalets; a ésser festejada per lo remoreig de les bladines que com arpes gregues vibraven ses cordes al suau ventijolet de nostra mar llatina; a ésser vitolada, aclamada, adorada per les gents que des del fons del cor li demanaven conhort per als pesars i consol per a les penes.

I qué hermosíssima anava la Lledonera quan l'esmortit sol del capvespre, desbordant-se per les clarures dels arbres la illuminava de ple, fent brollar de son mantell los mil irisats colors que amagats estaven en la pedreria, donant bellesa i més bellesa a aquella cara menuda, graciosa, expressiva, i a aquells ulls blaus, que te feen agenollar i que jo no puc descriure.

JOSEP PASCUAL TIRADO

(Del llibre *De la meua garbera*. Castellón, 1935.)

EX-VOTO

*En su ermitorio de la huerta umbrosa
venera Castellón
la imagen de una Virgen milagrosa:
la Virgen del Lidón.*

*Tiene el Santuario llenas las paredes,
desde el atrio al altar,
de cuadros en que muestra sus mercedes
la Virgen tutelar.*

*Y en todas las pinturas fervorosas
a la Virgen se ve
presidiendo, entre nubes vaporosas,
los milagros de fe.*

*Y hay excotos de cera y, junto a ellos,
ramos de mustia flor,
y trenzas de negríssimos cabellos:
¡sacrificios de amor!*

*Dentro del camarín, donde venera
su Virgen Castellón,
cuelga un exvoto de amarilla cera,
copia de un corazón.*

*Chimeta, la preciosa huertanilla,
fue quien lo dejó allí;
entró un día, temblando, en la capilla,
se ahinó y rezó así:*

*Y Chimeta siguió orando de hinojos
con los brazos en cruz,
y lágrimas temblándole en los ojos
como gotas de luz.*

*Y después de rezar devotamente,
sacó su corazón,
lo besó y lo dejó colgando enfrente
del altar de la Virgen del Lidón.*

CARLOS G. ESPRESATI

(De *Azahar*. Castellón, 1930.)

E
LLEDONERA

trencava de tocar; los
ts ensordien, la música
xa reial, els vitols i les
gentada que la placeta
bé senyalaven que la
ledó, en sa riquíssima
scles de quatre forçuts
pica vestimenta, anava
ejada triomfalment per
baix del frondosíssim
a; a ésser chorejada per
dels rossinyols, per la
e tots los pardalets; a
o remoreig de les bla-
s gregues vibraven ses
olet de nostra mar lla-
da, aclamada, adorada
es del fons del cor li
per als pesars i consol

na anava la Lledonera
del capvespre, desbor-
res dels arbres la illu-
brollar de son mantell
que amagats estaven
t bellesa i més bellesa
a, graciosa, expressiva,
que te feen agenollar
riure.

J. PASCUAL TIRADO

meua garbera. Caste-

FOTO

la huerta umbrosa
n
rgen milagrosa:
Lidón.

enas las paredes,
al altar,
nuestra sus mercedes
r.

s fervorosas
ve
es vaporosas,
fe.

y, junto a ellos,
a flor,
s cabellos:
amor!

onde venera
ellón,
marilla cera,
razón.

uertanilla,
jó allí;
lo, en la capilla,
ó así:

lo de hinojos
n cruz,
en los ojos
uz.

otamente,

ndo enfrente
irgen del Lidón.

S. G. ESPRESATI

n, 1930.)

J. PASCUAL TIRADO

FRUITA DE REPOM

DEL LLIBRE «DE LA MEUA GARBERA». CASTELLO, 1935

Era l'alqueria del sinyó Batiste el Ros, una de les més antigues de la partida de Ramell. Té bassa per al cànem, pou d'aigua fresca, i d'arbres fruitals, la gana; marge- nant la fila, tota classe de mangraners, co- donyers i pruneres

L'ombra la regalen dos figueres desafo- rades, pampoloses; l'una flor, i l'altra napo- litana, a més d'un emparat espés, de pilars grossos, per el que puguen ufanar les vares, emmaranyant-se per la cabironada i comple- tant la bellesa d'aquell racó plàcid o "man- sió terrenal", com el va classificar un jorna- ler un poc enterat de coses bíbliques.

El pou té anomenada i de tot el contorn acudix la gent a omplir els canterells; que és un regal i bendició de Déu la sanitat i frescor d'aquella aigua, més clara que uns miralls.

Allí prop de la bassa queden quatre parets a mig caure que foren de l'ermita del Pare Sant Francesc, però hui no valen ni per aixoplugar los vianants rodamons dels gitanos.

Per baix terra i sense saber d'on ni com, va una séquia que desemboca, cercant lo

sol i l'aire, ja cansada d'anar a les fosques qui sap les llegües, en una bassa redona gran, de fons llimacós i en la que viuen molt a gust les tretze mil dotzenes de gra- notes i renocs, que tenen per costum armar la gran escandalera, allà a posta de sol; comença aleshores i dura tota la nit i mati- nada. Allò és lo gran punt per a curar-se un dolor de cap. Què espill més clar a on se miren al suau manejar de les seues rames, pel bufit atesat del garbí, els oms i els euca- liptus que la voregen...! Quin deliciós colp

PIO BAROJA

CAMINO DE PERFECCION

CAPITULO LII

de naranja; alguna canción triste y monó- tona llegaba hasta nosotros.

Anochece; un anochece de primavera espléndido. Se veían por todas partes huertos verdes de naranjos, y en medio se desta- caban las casas blancas y las barracas, tam- bién blancas, de techo negruzco.

La llanura se extendía hacia un lado muda, inmensa, hasta perderse de vista, con algunos pueblecillos lejanos con sus erguidas torres envueltas en la niebla; hacia otra parte limitaba el llano una sierra azulada, cadena de montañas altas, negruzcas, con pedruscos de formas fantásticas en las cumbres.

Enfrente se extendía el Mediterráneo, cuya masa azul cortaba el cielo pálido en una línea recta. Bordeando la costa se veía la mancha alargada, oscura y estrecha de

EL CAMPANARIO DE MI PUEBLO

Yo escuché en diferentes urbes lejanas la voz de las campanas que otros alientan. ¡Pero ninguna suena cual tus campanas!

¡Pero ninguna cuenta lo que ellas cuentan!

Y es que reflejan fieles toda mi vida sus toques ora dulces, ora viriles.

La voz de tus campanas, dulce y sonora, las penas y alegrías del pueblo canta...

¡Ella conmigo ríe, conmigo llora, y es la voz con que al alma, ensoñadora, habla mi madre muerta, mi madre santa!

CARLOS LLINAS

(Publicado en «Revista de Castellón», pá- gina 12 del núm. 30. Año 1913.)

XOPS

Vora la séquia marjalera

de borinots i samarucs,

els xops s'apleguen en renglera

i encar tremolen de porucs.

En l'aigua, espill, la imatge sura,

i al fang de llim negre del fons

es fa les ondes la Natura

amb les anguiles i escurçons.

BERNAT ARTOLA

(De Terra. Castelló, 1935.)



De la galería se baja por una escalera al huerto, y el camino que de aquí parte concluye en un cenador; un tinglado de maderas y de palitroques, sobre los cuales se sostienen gruesos trozos de un rosál silvestre lleno de hojas, que derrama un turbión de sencillísimas flores blancas y amarillentas.

A la entrada del cenador, sobre pedestales de ladrillo, hay dos estatuas, de Flora y Pomona; en el centro, debajo de la cortina verde del rosál silvestre, una mesa rústica y bancos de madera.

Subí por una escalerilla de caracol. Dolores, con la actitud que toma cuando se enfada, se apoyaba en un jarrón tosco de barro que tiene el barandado de la azotea, mirando atentamente, con los ojos más tenebrosos que nunca, las avispas que revoloteaban cerca de sus avisperos.

A los lados del huerto se veían marjales divididos en cuadros por anchas y profundas acequias, en cuyo fondo verdeaba el agua.

Por la carretera, cubierta de polvo, iban pasando, camino del puerto, carros cargados

un pinar que parecía algún inmenso reptil dormido sobre el agua.

A espaldas veíase la ciudad. Bajo las nubes fundidas se ocultaba el sol envuelto en rojas incandescencias, como un gran brasero que incendiara el cielo heroico en una hoguera radiante, en la gloria de una apoteosis de luz y de colores. Absortos, contemplá- bamos el campo, la tarde que pasaba, los rojos resplandores del horizonte. Brillaba el agua con sangriento tono en las acequias de los marjales; el terral venía blando, suave, cargado de olor de azahar; por el camino, entre nubes de polvo, seguían pasando los carros cargados de naranja...

Fue oscureciendo; sonaron a lo lejos las campanadas del Angelus; últimos suspiros de la tarde. Hacia poniente, quedó en el cielo una gran irradiación luminosa de un color verde, purísimo, de nácar...

El cielo se llenaba lentamente de estre- llas; envolvía la tierra en su cúpula azul, oscura, como en manto regio cuajado de diamantes, y a medida que oscurecía, el mar iba tiñéndose de negro...

MARINA

Allá sobre el verde mar
haciendo rumbo a la orilla
se ve una frágil barquilla
viento en popa, navegar
cortando el mar con su quilla.

Como el viento no le falta,
la barca a merced del viento
por el undoso elemento
se desliza, corre y salta
con gracioso movimiento.

Dejando una extensa raya
tras sí, de argentada estela,
hinchada la blanca vela,
parece desde la playa
más que barquilla, gacela

No tarda luego en saltar
desde la barca a la arena
un viejo, un lobo de mar
que vuelve al tranquilo hogar
terminada su faena.

.....
Trae una arroba de fresca
sardina, que desembarca
entre el barullo y la gresca
que al ver la abundante pesca
se arma en torno de la barca

JOSE FOLA IGURBIDE

(Poema publicado en la pág. 45 del
tomo I de «Castalia», semanario
ilustrado, núm. 6. Castellón, 1 de
agosto de 1886.)

TERRA

*La boira dalt dels brucs s'esfilagarsa
i pels forats hi ha un devessall de flames.*

*En els cocons, que vessen, s'insinúa
la victoria de l'iris. Ja no ploren
els núvols de tristor. Torna a la vida
d'impotencia i de somni, l'esperança
que es moria de set entre les fulles
i volia ésser lleu i anar per l'aire
en els braços del vent, a collir boires.*

*La mar prospera s'ha tornat més blava.
Hi ha olor d'espígol i claror de posta.*

*La plana és cap de molsa, tota verda
i tendra d'humitat. No s'endevinen
els pobles ni els camins. Sols una ermita
encesca de fervor i de mirades
relluix sota l'opac dossier de núvols,
coronada pel Sol de la victoria.*

*Torna el paisatge al mon de la celstia
per l'arc triomfal on cremen les set llánties.*

BERNAT ARTOLA

(De Terra, págs. 9 y 10. Castelló, 1935.)

CANT A LA TERRA ROJA

Terra roja, terra solta,
arrastrá de les muntanyes.
Terra verge, terra roja,
duta pels vents i les aigües.

Amb l'aroma dels timons
de l'espígol i el romer
baixa a germinar els horts
de llimons i tarongers.

Als fruits dóna la dolcor
calenteta de la mel;
a les flors dóna color
pur i net del nostre cel.

Terra roja del secà,
molsa que engendra la vida,
paratge d'homens quallats
enamorats de llur dída.

Viver de brunes donzelles
amb ànima d'albor pura;
esclat de roses vermelles,
llavis com fruita madura.

ENRIC FORCADA TRAVER

(De «Casolanes», pág. 7. Castelló, MCMLIV.)

III

DESDE EL SECANO

El famoso físico francés d'Arago, que a los comienzos del siglo XIX triscaba por nuestros andurriales en misión de verificar vértices geodésicos, corrió cierta pintoresca aventura relatada en sus Memorias. Y resulta interesante colocarla como colofón de este indígena manejo literario de flores silvestres del secano castellanense, cuyas montaraces laderas y serrijones se encadenan con las de Benicasim y Oropesa, de cuyos parajes nos habla el sabio extranjero.

RICARDO CARRERAS

DOÑA ABULIA

CAPITULOS XII Y XIV

Están en el Pigrós. Una albarrada, poyuelo bajo de piedra seca y bien trabada, circunda la terraza, que algunos cipreses bordean; en medio eleva ingente su obscura copa rotunda el pino que da nombre a la masía.

Componen ésta dos cuerpos vetustos: el uno abovedado, caliginoso, tiene un "llar" de amplísima campana allá en la negrura del fondo... Una viejecilla apergaminada cuece una olla enorme, digna, por su capacidad, de las bodas de Camacho el rico, ya que no por su substancia, pues son las tajadas de amarilla calabaza y el complemento tiernas bajocas, pedregal de secas habichuelas y granizada de arroz, que la vieja revuelve con un cucharón de palo fuliginoso... El ambiente de este túnel es acre, saturado de emanaciones, de fermentos; imprégna el humo rústico de los gañanes y la tufarada de las zahurdas... Es la casa de labor; que tiene bodegas, lagares, cilla con panzudas tinajas y en el corral espacioso, sobre un porche, la garrofera con piso de tarima.

Adosada a uno de sus flancos está la de los señores..., con la cocina anchurosa, brocal de aljibe y arranque de la escalera que a los dormitorios altos conduce. Bien provista de menaje... De lo indispensable y aun de lo superfluo, atiborradas las despensas... Todo con mucha luz, con mucho aire...

Da peculiar carácter a la masía una cupulilla de barnizadas tejas cobrizas que espejean metálicos reflejos, caperuza de una capillita en cuya roñosa fachada, allá en lo alto, se yergue una resquebrajada espadaña con su cruz de hierro torcida y una campanaja cascada.

.....
El cielo está cubierto; unos hinchados cúmulos corren veloces y descubren un telón pizarroso, hosco, amenazante... Allá, hondo, lejano, se percibe el fragor de la tormenta... Se entenebrece la estancia, los ánimos se inquietan. El viento brama frenético, iracundo... Un trueno seco, formidable, sin ecos amplios, estalla..., el firmamento parece desgajarse y luego comienza, atronador, el repiqueteo del granizo. El granizo salta y rebota en el suelo, en las paredes, disparado de las nubes pizarrosas, que rompen en serpentinadas de lívido centelleo... A través del líquido velo percíbense los corpulentos algarrobos, sacudidos por el huracán como cañas débiles..., la espléndida cabellera de sus hojas barre los suelos con chasquido de ramaje y estrépito de desgajamientos... Remite la ventolera... El agua se desprende con redoblada fuerza de las nubes sombrías... su ímpetu arranca pellas al enjalbiego de

las paredes. Del líquido polvillo, rastrera nebulosa que forman las salpicaduras, va surgiendo una corriente... una corriente luego avasalladora, que convierte cada rodadura en un arroyo, cada camino en un río, en lagos cenagosos los bancales... Y retumban, retumban los truenos y ensordece el fragor de la lluvia y destacando de este rumor se oye bramar la corriente que se desliza atropellada y rompe en pavoroso estrépito al caer en cascadas por las peñas adustas de los barrancos...

(Del cap. XIV de Doña Abulia.)

La mañana es fresca, diáfana... La tempestad ha barrido la calina y el sol centellea... Remonta mayestático, deslumbrante, de la faja de turquesa de la mar lejana... Refulge el esplendente disco y tiñe de ópalo las nubes, las tiñe de rosa, y a la turquesa del mar arranca argentadas brillanteces, áureas y nacarinas irisaciones...

Vivificada por el sol la feraz llanura, resurge en su verdor de tonos variados, en una gama espléndida de matices. Allá abajo, junto al azul del mar, que cierra el horizonte, la mancha parda, verdinosa, oscura, de los naranjales, en la que destacan alquerías blancas, campanarios de un rojizo deslustrado, viejo; siluetas de pueblos... Una carretera blancuzca serpentea y el seco cauce de una rambla traza meandros grises... En la lontananza un puente de piedra blanca muestra las oquedades de sus ojos, y por un puente rojo, de hierro, pasa veloz un tren negro que deja en el espacio flotantes vedijas grises... Cerca, las viñas, de un verde fresco, presado, dórnanse al sol, y amarillean las pomposas copas de estos algarrobos con su verdor caliente, perenne, y los copudos olivos grises, mecen sus álabes rehilantes... Aquí y allá muéstrase bermeja la tierra labrantía y unas escasas manchas verdinegras denuncian yermos, tierras llecas. Del verdor emergen enhiestas las chimeneas altas, esbeltas, juncales; surgen caserías rojizas, blancas y amarillas, con techumbres pardas... Y cercándolo todo, la ingente muralla de la sierra, de un azul oscuro intenso con grises pinceladas y golpes violáceos, traza un arco gigante, cuya cuerda es el mar... Este mar tan azul, del que surge gris en el horizonte remoto la vaga silueta de las Columbretes; el mar, cuya brisa anima los algarrobos, el que ahora se tacha de puntitos blancos de las velas... Pita un tren y trepida; tañen campanas; llegan vagos, flébilis sonidos, tenues rumores... Aquí pían alegres pájaros, un gallo entona airado sus agudas notas... Y la esquila cascada repica incesante, impulsada por el viejo masovero.

CARLOS G. ESPRESATI

LLAMA DE AMOR

DE «LLAMA DE AMOR». CAP. IV. MADRID, 1912

IV

Dos higueras lozanas amenazan sepultar bajo la pompa desbordante de sus pámpanos el caserío encumbrado en una loma; la ingente montaña del "Desierto" es su guardián del norte, a sus espaldas; a la diestra, hacia el sur, Montalto alza sobre su pelada cima las quebrantadas torres que fueron desprecio al aire, y las ruinosas murallas de un rancio castillo feudal rendido, ¡ay!, a su gran pesadumbre; y los remotos picos de Santa Gadea, vestidos de pinar verde y espeso desde las cumbres afiladas, donde las nubes se desgarran, hasta la fimbria de sus faldas orladas por las espumas del Mediterráneo, cierran el horizonte de la Frondalía, dejando apenas, entre sus laderas y las de Montalto, un risueño ventanal por donde se escapan las miradas hacia la faja del mar fronterizo, cuna del sol en cada aurora. Desviados los ojos a ras del perfil abrupto de Montalto,

se columbra la deleitosa campiña, siempre verde, perfumada y geórgica, ofrendadora de frutos jugosos a la ciudad agrupada en torno de su campanil esbelto. ¡Aurancia, en medio de sus huertas, parece una alegoría de la gentil Pomona rodeada de ninfas y de faunos que le brindaran cestos de frutas y guirnalda de flores!

Por las noches, desde la terraza del casal, se oye el lejano zumbido de las olas como si alentarán en aquellos barrancos que cercan la finca, y que al lucir el sol se muestran llenos de floridas adelfas. Maravilla de los ojos es este valle, donde la vista se entretiene y disfruta de fresco verdor y, al deslizarse por él, plácidamente encarcelada, se encuentra a su término, con delicioso asombro, el alegre mar azul; un jirón de mar lleno de luz, que tiene por marco este valle encantador.

F. DE ARAGO

HISTORIA DE MI JUVENTUD

«VIAJE POR ESPAÑA» (1803-1809). PUBLICADO EN COLEC. AUSTRAL. BUENOS AIRES, 1946

Una dirección inexacta dada a los reverberos situados en Ibiza, sobre el monte Campvey, hizo que las observaciones efectuadas sobre el continente fueran sumamente difíciles. La luz de la señal de Campvey se veía muy de tarde en tarde; estuve, durante seis meses, en el *Desierto de las Palmas*, sin vislumbrarla, mientras que después la luz establecida en el *Desierto*, pero ya bien dirigida, se veía todas las noches desde el monte Campvey. Podrán ustedes darse fácilmente cuenta del aburrimiento que debía experimentar un astrónomo joven y activo, confinado sobre un picacho, sin tener para estirar las piernas más que una extensión de unos veinte metros cuadrados, y por toda distracción la conversación de dos cartujos cuyo monasterio quedaba al pie de la montaña.

En el momento en que escribo las presentes líneas, viejo e inválido, con dos piernas que a duras penas me sostienen, mi pensamiento, involuntariamente, vuela hacia esa época de mi vida en la que, joven y fuerte, resistía las mayores fatigas y caminaba día y noche en las comarcas montañosas que separan los reinos de Valencia y de Cataluña del reino de Aragón, para levantar de nuevo las señales geodésicas que los huracanes habían derribado.

Los salteadores de caminos peor afamados tenían por centro de sus correrías los alrededores de Oropesa. Los dueños de las tres mulas en las que cabalgábamos por aquellos parajes, el señor Rodríguez, yo y mi sirviente, una noche nos narraban las "grandes hazañas" de estos ladrones, hazañas que aun en pleno día habrían puesto los pelos de punta al más valiente. Estábamos en esto, cuando de pronto observamos a un hombre que trataba de esconderse detrás de un árbol; éramos seis, y, sin embargo, tuvo la audacia de pedirnos la bolsa o la vida; mi sirviente le contestó en el acto:

—Nos debes creer muy cobardes; apártate de nuestro camino si no quieres que te pegue un tiro.

—Está bien, me retiro —contestó el miserable—, pero pronto tendrás noticias mías.

Impresionados por las historias que acababan de contarnos, los arrieros nos su-

plicaron que abandonaríamos la ruta real y nos internáramos en un bosque que había a nuestra izquierda. Accedimos a sus ruegos, pero, por desgracia, al poco rato nos perdimos.

—Deténganse —nos dijeron los guías—; las mulas han obedecido a las riendas y ustedes las han dirigido mal. Rehagamos el camino hasta llegar de nuevo a la carretera, y allí abandonen las mulas a su instinto y ellas solas sabrán llevarnos en buena dirección.

Apenas hubimos realizado esta maniobra, por cierto que con gran éxito, oímos una acalorada discusión a pocos pasos de nosotros:

—Tenemos que seguir por el camino principal y los encontraremos—decían unos.

Los otros, por el contrario, afirmaban que había que penetrar en el bosque por la derecha. Los ladridos de los perros que acompañaban a estos individuos hacían un ruido ensordecedor. Mientras tanto, nosotros, más muertos que vivos, caminábamos silenciosamente. Serían alrededor de las dos de la madrugada. De pronto vimos una luz débil en una casa aislada; era lo mismo que para el navegante un faro en medio de la tempestad, y el único medio que podía salvarnos de nuestra situación. Al llegar a la puerta de la granja, golpeamos y pedimos albergue. Sus moradores, con gran desconfianza, pues temían habérselas con ladrones, no se apresuraban a abrir.

Impaciente y nervioso por la tardanza, exclamé (estaba autorizado para ello):

—¡En nombre del rey, abrid!

Ante semejante orden, se apresuraron a desatracar la puerta; inmediatamente nos precipitamos, sin orden ni concierto, en la cocina, que era la primera habitación que encontramos al paso; y con premura apagamos las luces, a fin de no despertar las sospechas de los bandoleros que nos buscaban. Al poco rato los oímos, en efecto, pasar una y varias veces cerca de la casa, maldiciendo con toda la fuerza de sus pulmones su mala suerte. Ya en pleno día, abandonamos esta casa aislada y proseguimos nuestro camino a Tortosa, no sin antes haber remunerado convenientemente a nuestros inesperados huéspedes. Pero antes de marcharnos quise saber debido a qué cir-

EL DESIERTO DE LAS PALMAS

Rodeada de cipreses
y piedras despedregadas,
la ermita blanca aparece
subida la escalinata.

Sobre las ruinas de un fuerte
estos versos de algarrobos.
(Olorosa calma
de la Magdalena.)

Arboles, piedras y campo.
Parajes inhóspitos
en la dura soledad castellanense.
Entre parajes, la Plana.

Sitíase el
silencioso monasterio
escondido en el desierto.
Santuario del bien
¡píntame el alma de ti,
carmelitano concierto!

Nuestra Señora del Buen Consuelo:
Custodia esta santa madre
el misero cuerpo hoy pio.
Ermitas de penitencia.
(Tal la monje Eufrosyna
—casta y en yermo de hombres distra-
zada—.)

Por tradición conventual
milenios orantes.

Memorables inscripciones.
La mía la pongo así,
para para sus verdades:
«Dejadme vivir de Dios
y en la gracia sostenerme.
Tenderme mirando al cielo
y tener por lecho la yerba verde.»

Todo es vuelo y lejanía
tras los montes.

MARIO ANGEL MARRODAN

(Castellón, estío, 1959.)

SINFONIA AGRESTE

¡Aire de abri!...! ¡Tropel de golondrinas!
En medio del paisaje montañoso
yacen las melancólicas ruinas
del castillo pairal de Montornés.
Arde al Sol rubio el esqueleto pardo
de Montornés, sobre el peñasco rudo,
y un águila escapada de su escudo
alza su vuelo de oro, agosto y tardo.
Picachos de Santa Agueda, altas rocas
cuyo perfil robusto se dibuja
sobre las nubes en que se arrebujá
la cumbre del Bartolo en blancas tocas.
Montaña de pinares susurrantes:
por sus recias laderas y barrancos
tañen dulces esquilas tintineantes
cabras bermejas y borregos blancos.
Trisca el rebaño, libre a sus antojos,
entre los matorrales montesinos,
a la lírica sombra de los pinos
y por riscos verdeantes de matojos.

CARLOS G. ESPRESATI

(De *Azahar*. Castellón, 1930.)

cunstancias providenciales habían encendido una lámpara a hora tan inoportuna. "Fue debido —me contestaron— a que durante el día sacrificamos un cerdo y estábamos preparando morcilla." Hagan ustedes vivir al cerdo un día más o supriman la morcilla, y es casi seguro que no estaría más en este mundo v, por lo tanto, no podría contarles la historia de los bandoleros de Oropesa.

LUIS SALES BOLI

FONTROBADA

(DE «FONTROBADA» PÀGS. 14 Y 23. CASTELLÓ. 1932)

Després de ben arremullats arribaren al camí que el camperol els digué. Allí canviava el paisatge. Era un vessant, el que arremataven de pujar; es veïa encara una gran part de la Plana i més properes les vinyes, garroferals i pins de Poblivilles, la rojor i verdor de les muntanyes que ara xafarien contrastava amb la blancor a taques cendroses d'aquell pla entrecreuat per les innumbrables vetetes rosades, blanques i fosques del camins, carreteres i ferro-carrils.

Què hé s'anava de revallada! No tardaren deu minuts en arribar a vore la vall oposta al vessant de la part de Poblivilles en la que a l'esquerra es veïen pinars frondosíssims, ombrívols, pels que no tardarien

gens a ficar-se, ja que per ells es perdía el camí de la font serpentejant entre les fraus, soques, brosses i malces del bosc. A la part dreta de la vall, una grandiosa i extensa plantonada d'oliveres resta a la terra la sanguinosa color amb llurs rames d'un verd clar i boirós. Damunt dels bancals, s'alcen magestuoses les dues puntes més altes de Santa Agata. Ara ja no es pot vore la blava veta de la mar; la deixaren darrere de la barrera de les agulles que com un serrutxo colossal clavat per Hèrcules en la terra amb les dents cap amunt, separa el terme de Cabanelles dels termes dels poblets de la banda de la marina.

Ja quan acabaren la revallada al barranc trobaren una d'aquelles masades —la més gran de totes— vorejada de terres sembrades que de lluny n'eren com un vellutat tapís d'una brillant color verda puntejat de roig, groc i blanc.

IV

POR LA ORILLA DEL MAR

El protagonista de la novela de Pío Baroja, "Camino de Perfección", que en los fragmentos antes reproducidos inicia su idilio con Dolores (sobre el paisaje de Castellón, al fondo), acaba casándose con ella. El viaje de novios, hacia Barcelona, ofrece a Baroja motivo para escribir una página descriptiva de nuestra costa recorrida por el trazado del ferrocarril, cuya nocturna visión desaparece al atravesar el túnel de Oropesa.

Los accidentes de la faja litoral, con sus marjales, sus playas, sus pinares y sus farallones, son tema en prosa y verso de plumas castellanenses que se honran viéndose acompañadas por otras dos, si no indígenas, si valencianas y de nombradía mundial: las de Blasco Ibáñez y Gabriel Miró.

MARJALES

No recuerdo ahora quién dijo que muchos lugares de nuestra marjalería evocan países orientales por el color de su cielo, la disposición de las tierras, su vegetación abundante, entre cuya espesura se abren paso las acequias orilladas por la sombra de los granados en flor y reflejan —cuando la flora silvestre que crece en ellas se retira y dejan nítida la superficie de las aguas— los cultivos de las huertas, los juncos, los lirios y las ringleras de los chopos.

En los marjales, el paisaje agrario castellanense ofrece una armónica complejidad de aspectos totalmente nuevos y una bellísima escala de tonos, calidades y matices.

Estas tierras bajas y húmedas del litoral, cubren una estrecha y larga zona que se extiende a ambos lados de la capital, entre las huertas que riega el Mijares, y el mar. En ellas, el agua que brota de los "ullals", veneros inagotables, aumentada con la que sobra de los riegos de las huertas inmediatas, fue debidamente encauzada con la apertura de amplios y caudalosos azarbes que dejan entre sí altas parcelas rectangulares de tierra negruzca, muy apta para el cultivo.

Para el riego de la marjalería alta se utiliza el agua de las mismas acequias elevando un reducido caudal con pequeñas norias o típicos balancines denominados "tahones". En los marjales bajos, la lenta y constante filtración del agua de las zanjas de saneamiento es casi siempre suficiente para mantener jugosas las frutas, legumbres y hortalizas.

Estas feraces huertas de hoy "marjals i sortanells" con su pequeño refugio de sencilla arquitectura, la "alquería", que ha venido a reemplazar a las antiguas barracas cubiertas de "senill", son regalo del hombre labrador y fruto de aquel trabajo que sus antepasados culminaron en los siglos XVII y XVIII y se inició en el XIII, cuando empezó el saneamiento de estos terrenos incultos, pantanosos y repletos de maleza, que sirvieron más de una vez para el ejercicio de animadas cacerías reales.

EDUARDO CODINA

(De la revista *Penyagolosa*, diciembre, 1959. Castellón.)



A l'estable hi havien dos matxos de lluentosa i negra pell, ventant les mosques. Una retorçada parra s'agarrava per la paret escampant els seus pàmpols i bagots pels cabirons entrecreuat de l'emparrat. Patos, gallines i pollastres s'escarotaven al pas de la camada, fugint amb incertitud a petites



corregudetes. Un gos lleig i pelut, d'ulls llaganyosos, molt brut tot ell, s'estirava i badallava pereós en el brancal de la farumejant porquera, on grunyien varies truges encara més brutes que el gos, rebolcant-se pel fem.

Rodaren pel costat del mas; al banquet de pedra i rajola proper al portó del casaliç n'eren assegudes varies persones. Un vell, al mig, contava un conte; una xiqueta de llustrosa i vermella careta de poma, ullets vius i monyo rematat en pirri que nugava un gran floc de llista blanca, seria la neteta de l'avi que parlava, al que oïen, además, unes masoveretes, també de cara espavilada, i altres dues d'aspecte de senyoretetes...

LLUENT

Aviram espars,
Tamarius i roses.
Tremola en les brosses
la febra de Mare.

Molt lluny el pinar;
aprop, les palmeres
i moltes dreceres
de cap a la mar.

Senill i senill.
En un camp d'arròs
un núvol boirós
es mira a l'espill.

Senill i fenoll
i enmig, amagat,
paren l'enfilat
amb l'aigua al genoll.

¡Quin ventet més fi
duu la mar propera!
¡Gronxa la palmera
com si fos un bri.

Passa un caçador
amb el gos nugat
que fuig, enfangat,
ple de tremolor.

I brunz el mosquit
que empelta terciàna
y la tramuntana
que acosta la nit...

Aviram espars,
Tamarius i roses.
Tremola en les brosses
la febra de Mare.

BERNAT ARTOLA

(De «Terra», Castellón, 1935.)

haviem dos matxos de
ell, ventant les mosques.
a s'agarrava per la paret
pàmpols i bagots pels
es de l'emparrat. Patos,
s'escarotaven al pas de
amb incertitud a petites



os lleig i pelut, d'ulls
t tot ell, s'estirava i ba-
arancal de la farumejant
n varies truges encara
s, rebolcant-se pel fem.
t del mas; al banquet
ber al portó del casaliç
es persones. Un vell, al
e; una xiqueta de llus-
a de poma, ullets vius
pirri que nugava un
mca, seria la neteta de
que oïen, además, unes
e cara espavilada, i al-
senyorettes...

ENT

ars.
oses.
les brosses
Mare.

el pinar;
almeres
eres
mar.

ill.
d'arròs
ròs
spill.

oll
gat.
t

al genoll.

et més fi
ropera!
almera
bri.

eador
igat
angat,
or.

mosquit
erciana
na
nit...

ars,
ses.
s brosses
are.

NAT ARTOLA

lón, 1935.)

JOSE SANCHEZ ADELL

PLAYAS CASTELLONENSES

(DE LA REVISTA «PENYAGOLOSA», DICIEMBRE 1957)

Dentro del amplio seno que la costa mediterránea española dibuja entre el cabo de la Nao y la desembocadura del Ebro, algo más de un centenar de kilómetros corresponden a las playas castellanenses. Son playas de peculiaridades diversas, de variados matices, playas en cuyas arenas se conjuga con amplitud de tonalidades, toda la gama de los colores del oro, pero respondiendo en conjunto al denominador común de un mar tranquilo y un alto cielo de viva luminosidad —techo tranquilo, del verso valeryniano—, despejado la mayor parte del año. Riberas serenas, evocadoras de clásicos perfiles en el remolino fugaz de sus espumas, abiertas en las planas litorales y con un fondo, silueteado en azul, de espaldares montañosos —fragancia mediterránea del tomillo y del romero, del olivo y del almendro, del algarrobo y de la vid— que en ocasiones se acercan al mar para urdir con él viejas historias de piratas.

Avanzada septentrional de la geografía marinera castellanense, Vinaroz ofrece, con su limpia playa, la fama de sus productos pesqueros...

Por carretera, que se desliza al borde del mar, se llega a Peñíscola, la joya de las playas castellanenses. Como la estampa de una potente nave de piedra anclada frente a la costa luminosa, Peñíscola se adentra en el mar por el istmo que separa sus dos playas —arenas gratas, aguas transparentes— y levanta en su cima el castillo que albergó los sueños de Pedro de Luna...

Ceñida por el promontorio del faro... y las alturas de Oropesa la Vieja, la playa de Oropesa adopta la curva de una graciosa bahía de suaves arenas... Entre Oropesa y Benicasim, los montes del Desierto de las Palmas se precipitan en el mar, recortando diminutas calas (*Playetas de Bellver*) que en otros tiempos ofrecieron seguro lugar de ataque para los piratas berberiscos y hoy conocen el bullicio de la concurrencia veraniega. Y nos asomamos a Benicasim, a la vista

SI DIGO EL MAR

Si digo el mar digo su dentellada verde, su ira, la ola que se esfuma y renace otra vez y muere espuma cantando en caracola sosegada.

Digo su faz mudable, la rasgada planicie de los vientos que rezuma un vaho secular; digo esa bruma que el sol en rosicleres anonada.

Y otro mar entrañable también digo, que me desvela y ciñe y no desmaya; mar creciente de mí. ¡Oh, mar testigo

de mis propias orillas! De atalaya tu corazón de rey, alto, conmigo, aupándome en silencio donde vaya.

JUAN PORCAR

de la Plana... Al amparo de las naturales condiciones de su "olla" vio convertirse en airosas casas de recreo las chozas de los pescadores, hasta llegar a constituir "Las Villas", en el día de hoy uno de los más famosos centros estivales de España.

Próximo a Castellón de la Plana se levanta el caserío marítimo del Grao... Al norte de éste, el extenso bosque del "Pinar" presta el encanto de sus umbrosas copas y de su verdeante suelo a la amplia e inmediata playa que se estira en lontananza hasta enlazar con la de Benicasim...

En el corazón de la Plana, Burriana posee su Grao y su puerto... La playa es luminosa, de canto rodado y arena, y se adorna con el tono moderno de muchos hoteles y villas... En Chilches y Almenara, confín de la Plana y de la provincia, nos despedimos de las playas de Castellón.

Toda la costa provincial es, realmente, una sola y única playa, recorrida a lo largo por el ferrocarril y la carretera general de Valencia a Barcelona. Pero dentro de esta unidad pueden distinguirse dos sectores, con características propias, sirviendo de separación, como fiel de compensada balanza, el Grao castellanense.

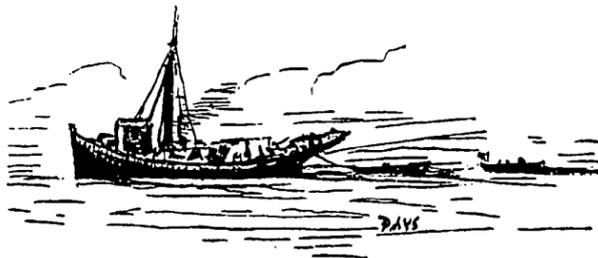
Las playas del tramo septentrional sugieren por la historia que a ellas está ligada y el paisaje que las rodea, por los castillos roqueros y las viejas construcciones de

ANGEL SANCHEZ GOZALBO

COLOR Y FORMA

(DE «BOLANGERA DE DIMONIS», CASTELLO, 1931.)

Un ventijolet suau refresca la calitja d'aquella nit d'estiu. El jagant de pedra, acaronat pel blanc vellutat de la lluna, comença a daurar-se, a encendre's en el foc de tots els segles i s'emmiralla en l'espill de la mar. El castell del cim se'n puja al cel i guaita les immensitats llunyanes i blaves, les properes i tendres verdors de les ubèrri-



mes Doies, Merceres i Llandells, de les Borrianes, Sorlines i terres del barranc de Moles arrapades muntanya amunt, amb les hortes roges que confonen la ufanía seua amb la verdor xarolada de les garroferes dels Poaigs.

Alça el cap el jagant; comença a moure's aquell moteró de pedra apretat pel cinturó de muralles. Ixen dels caus els bon pagesos i aparellen cavalls i someres per anar-se'n a l'horta, al trenc de l'alba. Altres se'n van als Pitxells, a les Irtes, les terres aspres de

BIOMBO

I

Cerca del puerto desde la linde baja de un huerto de limoneros, en el marjal, se ve el paisaje bajo un celaje primaveral.

Paisaje de colores gayos —malva, azul, violeta y naranja— que el sol dora con sus últimos rayos en una luminosa franja.

Una gasa leve de bruma las montañas lejanas esfuma, y en un cielo de nácar y raso se disuelve el azul de las cumbres entre el polvo de oro de las lumbres del Ocaso...

El terciopelo verde del pinar, surge a la orilla del mar azul con espumas de plata, y a la luz del crepúsculo naranja y escarlata, un pino se destaca sobre el cielo con su fronda de terciopelo y el tronco retorcido como un músculo.

II

Junto al pinar, detrás de la duna, extiende una charca pantanosa su espejo de agua verdosa donde se retrata la luna pálida y ojerosa.

CARLOS G. ESPRESATI

(De «Azahar». Castellón, 1930.)

defensa en ellas tan frecuentes, acentos y rimas de antiguo sabor épico. Las del sur, por el contrario, están envueltas en un perfume huertano, por el tenue aroma de la flor y del fruto, poniendo en su paisaje la gracia aérea de las oscilantes palmeras una nota de resonancias moriscas y meridionales.

la serralada, pampoloses de verdors d'ametllers i de pins. Estols de blanques barquetes s'albiren per front de la Ràpita, de les cases d'Alcanar, de Vinaroz, de Benicarló, del Pebret, d'Alcocebre; altres més properes són barques del turet que acaben de xorrar els ormeigs i que ara entren amb els cóvens plens de llangostins, de palai, de

mabres, de raps i gallinetes, de galeres i de caragols punxosos. El jagant se despereia i les rep amorós amb el seus braços, a l'en-sems que foragita al pagés conreador d'aquella grandassa catifa verda. El sol torra la seua corpenta milenària i enjoia d'or vell aquell moteronot que es recolza damunt del verdosenc matalaf de la mar a la matinada.

Des del roquisser de la punta del Mabre contempla Paniscola Howard amb els pinzells i la paleta a la mà...

EL PAPA DEL MAR

(EL PAPA DEL MAR. CAP. II, DE 3.ª PARTE.)

Dos días llevaba Borja nada más en el último refugio del Papa Benedicto y se imaginaba haber vivido sin salir de él una suma considerable de meses. Conocía Peñíscola por la visita hecha años antes. Al volver, la encontraba igual, como si el tiempo no existiese para sus edificios y sus habitantes.

Le gustaba salir de su recinto amurallado, pasar la lengua arenosa que la une a la costa y desde allí abarcar en una ojeada los anillos superpuestos de sus baluartes, el caserío apretado y en escalones, de una blancura luminosa y sobre la cúspide su robusto castillo de torres desmochadas. En él había vivido durante ocho años el abandonado Pontífice, insistiendo en su legitimidad, haciéndose temer hasta el último momento por los mismos que fingían despreciarlo.

Este promontorio se convertía en una isla cuando el Mediterráneo empezaba a encrespase contra sus murallas, cubriendo con el avance de sus olas en volutas, lívidas y cóncavas, empenachadas de espuma, la faja de arena que lo une con la tierra firme.

En tiempo de bonanza, toda la flota pescadora de Peñíscola, barcos embreados y de gruesas bordas, se ponían allí en seco, formando doble fila sobre dicho istmo.

Borja, al dar la vuelta al peñón en una barca, había apreciado sus maravillas marítimas. Una espléndida flora se deja entrever, con temblores verdes, rojos y nacarados en el fondo de las aguas. Grandes rebaños de salmonetes pastaban en estas praderas submarinas, conservando en su interior hasta después de haber sido despojados de sus entrañas, el saborcillo amargo y la pulpa verde de las hierbas devoradas. El langostino, regio ornato del Mediterráneo, pululaba con transparencia de cristal en las cuevas profundas del peñón o se extendía

en bandadas por las llanuras herbáceas y en declive que forman el gran parque subacuático en torno de Peñíscola.

Las barcas de pesca y los laúdes de cabotaje no necesitaban enviar sus tripulaciones al interior del pueblo para hacer provisión de agua dulce. Les bastaba atracar al pie de uno de los baluartes que aún mantiene el escudo del Papa Luna, grabado en sus piedras. Entre el muro y las rocas del suelo surgía una fuente, y los navegantes, desde la cubierta del barco, podían llenar sus toneles. En esta muralla marítima, un gran arco tapiado marcaba el sitio por donde las galeras del citado Papa podían penetrar en la población, quedando al amparo de la primera línea de fortificaciones.

Una fuente de agua salada existía dentro de Peñíscola entre las varias de agua dulce, siendo llamada *El Bufador* a causa de sus gigantescos soplos. El peñón estaba socavado por varias cavernas, siendo todo él a modo de una esponja pétreo. En las cuevas más angostas se refugiaban los peces para reproducirse al abrigo de las agitaciones exteriores. En la bóveda del socavón más grande existía un agujero, a modo de tubo de chimenea que venía a terminar en una plazuela del pueblo. Los días de tormenta penetraban las olas tumultuosamente en la gruta submarina, empujándose unas a otras en su avance y su reflujó, y estos choques

elevaban una gruesa columna de agua salada por el respiradero de *El Bufador*, rociando a los transeúntes desprevenidos.

Todas las calles ascendían en forma de escalera; una sucesión de mesetas empedradas de guijarros azules, tan pulidos por la lluvia que resultaba peligroso marchar sobre ellos. Aglomerado el vecindario de marineros y labradores dentro de una fortaleza, las calles eran angostas y las casas carecían de espaciosos corrales.



Los despojos de la pesca y el estiércol de las reducidas cuerdas mantenían una perpetua nube de moscas. Y al final de esta pirámide de edificios blancos con su doble anillo de baluartes que parecían sustentarla, lo mismo que los aros de un tonel sostienen sus duelas, se alzaba el castillo, designado por las gentes del país con el apodo viril de *El Macho* a causa de su robustez.

MARINERIA

El meu pare és mariner,
i ma mare, marinera;
el meu bres, la blava mar;
el meu somni, la tempesta.

Niqueta si vols pujar
ja és llesta la barca meua;
navigarem mar endins
fins perdre dels ulls la terra.

Ben juntets, escoltarem
la encisadora sirena;
el teu cap, sobre el meu pit
i el meu cor a cau d'orella,
bategant entre daurades
ones de cabells de seda,
com un peix en un alguer
esperat per la tenebra.

La tremolor de la mar
pareixerà més quieta;
puix no hi ha guerra ni plany
quan és l'amor qui navega.

Els núvols se'n aniran
cap al port sens moure fressa,
i nosaltres, mar endins,
navigarem amb empena
mirant com tornen les naus
girant-se plenes d'enveja.

La brisa serà l'amor;
el meu pit la blanca vela.
Tos cabells, sirena d'or,
seran la nostra bandera.

BERNAT ARTOLA

(De «Llantia viva», pág. 112. Any 1947, Castelló.)

ALAS

Del barco frágil ya sólo
te queda el velamen. Alma,
¿qué piensas del barco roto
sobre la arena dorada?

El viaje aguarda de nuevo
sobre la mar ya encalmada,
el viaje de idas y vueltas,
de nunca cumplidas ansias.

Arriba, el espacio inmenso,
mar sin orillas, calada,
se apresta el bogar en rutas
de sendas jamás holladas.

¡Mar sin orillas! Es bella
la senda nunca acabada,
¡la senda de los que arriban
sin término de jornada!

Verás; esta noche, solos,
para cuando llegue el alba,
de las velas de este barco
te voy a hacer unas alas.

RAFAEL CATALA LLORET

(De *Inquietud*. Castellón, 1931.)

PIO BAROJA

CAMINO DE PERFECCION

CAPITULO LVII

Fueron (a Barcelona) en un tren correo, completamente solos en el vagón...

Algunas veces el tren se acercaba tanto a la playa, que se veían a pocos pasos las olas, que avanzaban en masas negras y plomizas, se hinchaban con una línea brillante de espuma, se incorporaban como para mirar algo y desaparecían después en el abismo sin color y sin forma. Era una impresión de vértigo la que producía el mar, visto a los pies, como una inmensidad negra, confundida con el cielo gris por el intermedio de una ancha faja de bruma y de sombra...

Salió la luna del seno de una nube y rieló en las aguas. Como en un plano topográfico se dibujó la línea de la costa, con sus promontorios y sus entradas de mar y sus lenguas de tierra largas y estrechas que parecían negros peces monstruosos dormidos sobre las olas.

A veces la luna vertía por debajo de una nube una luz que dejaba el mar plateado y entonces se veían sus olas redondas sombreadas de negro, agitadas en continuo movimiento.

De pronto penetró el tren en un túnel. A la salida se vio la noche negra; se había ocultado la luna. El tren pareció apresurar su marcha.

POEMES MARINS

II

Tenia els ulls plens de veles.
La mar li feia el vestit.
Prenia amb daler les teles
salobres del blau teixit.

L'immensitat sobre d'ella.
El cor lissat dins de nu.
Al cel el bleix d'una estrella
i al far els rajos que llu.

Unes barques peixcadors
van encendre els seus fanals.
La mar obria aleshores
ses pupil·les fantasmals.

III

Hi ha al lluny una vela
al Sol
i una aspiració suprema
en l'horitzó;

i un benganti de llana que navega
pel cel
anclat
en el cor del vent.
I ací prop hi ha
la fortor de l'alga
i el rogle de dones
que circunden fa xarxa.
Entre la mar i jo
la platja.
Entre el cel i jo
les gavines; i
entre tú i jo
l'horitzó marí.

CARLES SALVADOR

(De «Rosa dels Vents». Castelló, 1930.)

GAB.

Las
meida
Va
dumb
de far
huelen
cerio
Cua
su lam
comien
nudo
con su
Un
la cost
la noel
de mu
Los
y de o
citud,
bre bar

Por
un po
Los
nencias
bido só
El se
En las
carne v
Y ap
plandec
ladas d
y azul.

TOR

a
a
e
n
si
q
Y
la
p
p
A
u
q
v
y
fu
y
en
¡A
un

qu
ho
co
po
ma
de
y
el
ma
¡L
¡C
¡C
con
Un
av
tre
por

(De Li
año

a columna de agua sa-
ltero de *El Bufador*, ro-
santes desprevenidos.
ascendían en forma de
ón de mesetas empedra-
ales, tan pulidos por la
peligroso marchar sobre
vecindario de marineros
de una fortaleza, las
y las casas carecían de



la pesca y el estiércol
adras mantenían una
scas. Y al final de esta
blancos con su doble
e parecían sustentarla,
de un tonel sostienen
el castillo, designado
s con el apodo viril de
su robustez.

AS

ya sólo
n. Alma,
barco roto
ada?
de nuevo
palmada,
vueltas,
s ansias.
o inmenso,
ada,
en rutas
lladas.
Es bella
bada,
ue arriban
ada!
e, solos,
el alba,
barco
s alas.

TALA LLORET

astellón, 1931.)

ana que navega

arxa.

SALVADOR

ents». Castelló,

GABRIEL MIRO

EN EL MAR: VINAROS

(DEL «LIBRO DE SIGÜENZA». AÑO MCMXVII.)

Las luces de la ciudad se hunden estre-
meridamente en las aguas negras del puerto.
Va engulléndose el barco a una muche-
dumbre cargada de hijos, de hoces y azadas,
de fardelicos y costales de ropas pobres que
huelen a hogar muy humilde, y hay un vo-
cerío de feria aldeana.

Cuando la sirena del vapor ha arrastrado
su lamento en el fondo de toda la noche y
comienza a latir la hélice entre un fresco
nudo de espumas, Sigüenza sube al puente
con su camarada de viaje...

Un trozo de luna muestra el contorno de
la costa desnuda y ruborosa, porque hay en
la noche de la playa una emoción delicada
de mujer.

Los faros de destellos rápidos, inquietos,
y de ojos fijos, dan como una idea de soli-
citud, de vigilancia, de intimidad con el po-
bre barco solo en las inmensidades...

Por la mañana el viejo vapor se acerca
un poquitín cansado, a la costa.

Los pinares se asoman a las doradas emi-
nencias de los montes como si hubiesen su-
bido sólo por ver a los viajeros.

El sol los traspasa y calienta gozosamente.
En las laderas se descubre, a retazos, la
carne viva de la rojiza tierra labrada.

Y aparece Peñíscola, abrupta y gentil; res-
plandecen sus casas como vestiduras inmacu-
ladas de doncellas. En el mar silencioso, liso
y azul, se copia toda la diminuta península.

TOROS EN VINAROS

Vinaros tiene una plaza
de toros junto a la mar,
donde celebra corridas
en la tarde de San Juan.

Es una plaza muy blanca,
no con blancura de cal,
sí con blancura de espumas
que reluce mucho más.
Y es airosa, porque el céfiro,
la brisa y el vendaval
por ella corren y pasan,
por ella vienen y van.
Acaso fue en otros tiempos
una magnífica nao
que, fatigada del ponto,
caró para descansar
y, por gracia de gitanos,
fue permutando su faz
y se quedó convertida
en coso de torear...
¡Acaso fue en otros tiempos
una magnífica nao!

Toreros y torerillos
que en el cartel figuráis:
hoy es día de lucirse
con valor y habilidad,
porque si así no ocurriese,
más valdría contemplar,
desde un arco de la plaza
y olvidando lo demás,
el espectáculo eterna-
mente bello de la mar.
¡Lámina sin fin de azules!
¡Cuánto añil en libertad!
¡Cómo palpitan las aguas
con besos de oro estival!
Una vela de tres ángulos
avanza con majestad:
tres gaviotas juguetean
por el gusto de jugar...

ALMELA Y VIVES

(De *Lidia de toros y versos*. Valencia,
año 1945.)

no. Vinaros tiene teléfono. Apostaría algo a
que tú no lo imaginabas.
No, no lo imaginaba.

Sobre el azul humean dos fábricas. Tomé
quiere visitarlas. Pero por un cantón aparece
un hombre enlutado que lleva bajo su brazo
una vara de borlas negras, y tañe un cuerno
de azofar. Le rodean las gentes, y él, leyendo
en un papel un trabajoso rato...
Y toca el cuerno y se aleja dando unas
zancadas cuya sombra inmensa se quiebra
en los tapias soleados de un huerto callado
y melancólico...

El barco se entra por la negrura del mar.
Están las aguas tan paradas que las estrellas
se copian en su inquietud como las lumbrer-
cillas de un pueblo infinito y glorioso.

V

MAESTRAZGO ARRIBA

Iniciamos la exploración con el fuerte sabor popular del poemita de García Girona
describiendo la entrada, a todo escape, por las calles en fiesta de la ciudad de San Mateo
(capital del Maestrazgo de Montesa), de una corrida de toros envuelta por el gentío-proeza
que recuerda los encierros pamplonicos de los "sanfermines".

A partir de este episodio, todos los fragmentos antológicos del presente epígrafe son
relatos, en marcha desde la llanura hacia las escabrosas altitudes de Zorita con su Santua-
rio milagrero de La Balma, o hacia Morella circuida de murallas en la cima de una
escarpada muela. Y durante el viaje la mirada ojoavizor del cronista descubre y su mano
va anotando al paso, el colorido del paisaje o la curiosidad de una escena costumbrista o
la silueta de unas ruinas. O bien, como Baroja, rasguea, a lo relámpago, todo un itinerario
escueto.

L'ENTRADA DELS BOUS

I

¡Qué hermoses són les festes
del poble meu!
¡Qué alegres són los bous
de Sant Mateu!
Pel portal de València
entren los bous:
los fadrins, xiquets i homens,
¡que'n van de tous!
¡Ara entren! ¡Ja entren!
diuen a crits.
Pel carrer de València
tot són xillits.
Els bous entren en corro
molt poc a poc,
mirant amb lo cap catxo
i els ulls de foc.
Set bous formen lo corro
que fan temor,
i un manso de plaxes
que du el pastor.
Los xiquets van a espentes
i a remolins;
a remolins i a espentes
van los fadrins.
A la plaça les Monges
han arribat,
on los dixen un rogle
ben eixamplat.
Los bous alcen la vista,
¡qué temor fan!
¡Ja menegen la coa!
¡A arrancar van!

II

¡Ara entren! ¡Ja entren!
tornen a dir.
La gent se desemboque
formant moti.
Los homens amanixen
els seus bastons,
i es posen per les portes
i carrerons.
Per balcons i finestres
que dore el sol,
de dones i fadrines
en hi ha un estol.

Los xics tiren galotxes
i volantins;
les xiquetes pareixen
poms de raïms.
Lo fadrí de més cames
corre davant,
agarrat a les banyes
del manso blanc.
Los bous van com dimonis,
van escapats;
trisquen, salten i corren
desatinats.
Los xics corren i peguen:
tot són xullits.
¡Pobret del que es retrasse!
¡Lo faran trit!
Los cops, crits i roïdo
tot s'ho emben,
una mola de hòmens
darrere es veu.
A l'endret del Casino
un home cau,
lo xafen i el pategen
dixant-lo blau.
¡I cametes me valguen!
diuen la gent:
a vint passes del manso
tots van corrent.
Los bous al mig la plaça
se veuen ja,
i al cadafal de Vila
toque el xulá.
¡Qué hermoses són les festes
del poble meu!
¡Qué alegres són los bous
de Sant Mateu!

J. GARCIA GIRONA

(De «Los Angeles», revista ma-
riana mensual, ilustrada, que
se publicó en San Mateo los
años 1920, 1921 y 1925. Año I,
núm. 9, pág. 6.)

LA LEGENDA DE LA VERGE

(DE «BOLANGERA DE DIMONIS», CASTELLO, 1931.)

Eren les nou del matí quan aplegaren al centre de la porxada plaça de l'Àngel de Sant Mateu. Tot el pla, des de molt abans de passar Salzadella, atraïa les mirades del canonge. Les lluentes oliveres amb la seua pluja d'argent donaven més austeritat al paisatge. Per damunt de la grisor dels arbres milenaris de retorçudes soques, reeixia l'or vell de les pedres venerades de l'església i del campanar, groixut i gentil alhora... Camí de l'abadia, després d'haver contemplat la façana plateresca de la casa de Villores, sentiren una veu prima, però plena, que sortia d'una casa propera cantant la cançó

*Les sinjores xertolines
Vergonya se'n poden dà
Per que tenen un'angorfa
En conte de campanà.*

I amb aquesta conversa emprengueren el camí de la Serafina sense adonar-se'n de la gentil Torre dels Moragues que rellenteja l'or de les seues pedres en mig de la planúria empolsimada de l'argent de les centenàries oliveres, allí a l'esquerra de la carretera. Tampoc pararen esment al travessar l'ampla Rambla, ni verem l'hostal, a la vora de la carretera de Morella, des d'on arranca el camí que du a Xert.

Comencen les ondulacions suaus, atractives, que puguen poc a poc, sense alenar, sense fatigar-se i acaben en les replaces dels cims de les muntanyes. Els vessants estan pelats i no mostren més que la verdor vellutada de les botxes, de les matisses de té, les vermelles tulipes dels brucs, els poms morats del romani, les gemes de l'espígol que a l'esclatar el violat de les seues campanes embaumen moles i turons. Ça i enllà case-

rius, grupets de masades que se situen a algun racer o desafien els vents allà dalt d'un tossal.

Hem deixat a la dreta la Venta de l'Aire; de l'esquerra de la carretera i després d'una revolta surt el camí que va a Catí. Més avant s'albiren des d'una llometa uns finestralers gòtics i un portal barroc.

La verdor dels pampolosos àlbers descobrix aigua propera. Allí mateix una font. Al costat el casalici de l'antic hostal i de l'ermita de la Mare de Déu de Vallivana, la patrona de Morella...

Poc després corrien amunt, entre mig del bosc d'alzines zizaguejant voltes i revoltes de l'empinada carretera. Deixen darrere les arcades senyorivoles que copsen una atractiva gràcia entre l'aspror del boscatge de carrasques. Puguen i baixen llores i turons.

Ho verem i ho escorcollarem tot; la severa església i els seus tresors; el claustre, l'entexinat i l'àbsis de l'església de Sant Francesc; el gegantí castell que es dreça damunt del rocam encinglerat d'on s'albiren els pobles de la rodalia i la tanca de muntanyes que amb la rossor dels seus conreus i el gris blau de les roques dels cims venen a confondre's amb el blau del cel. Un polsim d'or ho enlluernava tot i emboirava els perfils de la Canada d'Ares, de Palomita, del Turmell, de la mola de Xert, de Sant Marc, de la mola de la Garumba, de Morella la Vella i dels altres plans grandíssims dels cims de les muntanyes. S'afilmava l'ambient a l'hora del migdia; el sol badava les penyes, daurava els patinats carreus, retostinava la terra dels camins migevals i mustigava les herbes montesques

alhora que encenia en flama l'esperit dels tres excursionistes, que folls d'entusiasme, miraven, remiraven i tornaven a mirar aquell paisatge milenari.

Després d'haver dinat, ja prop de les quatre, ixerem de Morella, camí de l'ermita de la Balma. L'encant de les centenàries muralles i dels monumentals portals de Morella mantenien la conversa dels excursionistes. Arribaren a la forca on conflueixen els rius que formen el Bergantes. Aquella niuada de cases arracerades a baix de la mola de Garumba, al capdamunt d'una llometa suau, ondulada graciosament i guardada de la verdor dels àlbers que creixen a la riba del Caldés, és el Forcall.

L'oratge era roïn. El vent galzejava les ventalles dels finestralers; forrellats i baldes no eren prou per immobilitzar-les i acabar el bamboleig. Badalls i corques rellentejaven la viva llum dels rellampecs. Una remor de trons redolava d'allà lluny. Les gotes eren grosses i caïen amb força sobre l'arbrada, les teulades dels casalicis i damunt les violades pedres de la tossa de la Balma. Ametllers i savines, lletoners i pins rebien xorrosos les assotades de la pluja i tremolaven de por; els seus gemecs es confonien amb els xiulits del vent, amb el remoreig dels canyars del riu, amb les aigües que refregaven els vessants i xorraven pels barranquissos cap avall, el riu hauria eixit gros i aniria ple, de gom a gom. La remor oïda abans seria del cap del riu que portaria a burribarra tot el que hauria trobat al davant.

visión cinematográfica de las cumbres que escoltan la carretera: a la derecha, erguida y amenazante sobre nuestras cabezas, la mola de "Morella la Vella", cuyos macizos de roca forman torreones gigantescos, huecadas murallas con grietas negras, cubos derruidos, almenas melladas, matacanes y rebellines temerarios, brechas ciclópeas vomitando derrumbes de peñascos rojizos y dorados y grises y ocre en amontonamiento de cataclismo. Sobre esta desolación grandiosa vuelan unos pajarracos rapaces de largas alas puntiagudas... Y a la izquierda, en la otra parte de la cañada, coronan la montaña los hirsutos acantilados de la mola "Garumba", empenachada de bravíos pinos solitarios, rotundamente recortados sobre el cielo como aviones de un casco salvaje.

Mutación. A una revuelta del camino, este paisaje serio inicia una casi imperceptible sonrisa: asoma Forcall, rubio al sol, amarrado a su puente, entre la horca de sus dos ríos que fluyen una corriente miserable, de estiaje. Otra guñada y lo dejamos atrás, a nuestra espalda, mientras la carretera sigue por la margen derecha del Bergantes. La ribera se ensancha, henchida de grava, monda y dura y blanquecina. De trecho en trecho, un gran pedrusco, un charco y un chorrillo de agua que el sol descubre arrancándole un reflejo de cristal. Aquí y más allá, como islas verdes entre la cenicienta desnudez del cauce, una huertecita en los convexos de todos los meandros... En las cañadas, maizales y verdura jugosa... Junto al terraplén del camino y al borde del río viene ahora una faja de lozanía. Frutales en las viñas..., acerolos, nogales, higueras; en la margen, chopos. Vertientes arriba, encinar y pinadas de un azuloso verde oscuro. Y sobre la carretera, para que pasemos ahora nosotros bajo su arco desmayado, la bóveda de unos sauces con sus colgantes estalactitas de esmeralda.

Casi al vuelo —a ojo de pájaro, o a mirada de soslayo de pájaro en fuga—, el escueto caserío de pájaro en fuga—, el escueto caserío de Villores, con la torre aguda, se descubre tras su recato escarpado, en la opuesta ribera... Abajo, en un remanso del río, unas lavanderas yerguen el busto para curiosear mirándonos con la mano en visera sobre los ojos: una salud a nuestro coche agitando un trapo azul...

CARLOS G. ESPRESATI

UNA EXCURSION A LA BALMA

(DEL «BOLETIN DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA», T. XII, PAG. 40, AÑO 1931.)

Corre el coche por la cornisa de la carretera, asomada al mar. Dejamos las playas de Benicasim y las playetas, la punta de la Colomera, atalaya solitaria erguida en lo alto de rocas y espumas. Son las ocho de la mañana, y el sol se quiebra en deslumbrantes ascuas sobre el temblor de la llanura azul... La ensenada de Oropesa, la torre del Rey Don Jaime en el oro matinal y, poco más allá, pasado el pueblo, tomamos la carretera de Cabanes.

Cuestas arriba, el aire se adelgaza: es fino, claro y oloroso a monte. Vemos —un momento aún, desde el collado de la divisoria— refulgir el áureo chisporroteo del mar lejano, en un destello glorioso, y nos despedimos de los horizontes marinos. Tierra adentro, sin parar en estos pueblecitos apergaminados, vamos devorando con ojos ilusos kilómetros de paisaje en evolución. Hemos perdido ya los algarrobos costeros: aparecen carrascas, higueras, masías dispersas. Y olivos; cada vez más denso el gris plateado de los olivares. De cuando en cuando, un abrigo de barranco; cañaverales junto a un molino; unas huertecitas jugosas..., y de pronto surge la sorpresa de San Mateo, con sus palmeras ante el cobrizo prisma de la torre, señoreando el caserío, y el verde de unos huertos que desbordan sus frondas sobre unas tapias blancas bruñidas de sol: impresión moruna.

Pie a tierra. Una ojeada al señorial gótico francés de la arquitectura del Palacio de Villores, con huellas floridas del renacimiento italiano; un vistazo a las ojivas airoas y al majestuoso recinto de la iglesia; un momento de recreo ante las portadas parroquiales sobre cuyas arquivoltas, orladas de afligranado festón, derramó el tiempo

los nobles dorados de la vejez; un saludo, al paso, ante los ajimeces elegantes en su gótica esbeltez, de la casa del Concejo..., y otra vez en marcha, carretera adelante.

El paisaje se exprime, se retrae y torna más seco. Ahora es adusto en las cumbres de roca gris con pecas oscuras de matorral, sobrio en las laderas amarillas de rastros y moteadas de pardas carrascas, áspero y rencoroso de sequedad en los barranquillos de peñascal calcinado. Alguna vez se abre al sol el valle con masías dispersas —cuadritos blancos con el tildo oscuro del tejado— y pretende solemnizar una visión de amplitud que pronto se agazapa, asfixiada, en un recodo de la carretera ensombrecida entre montañas recias.

He aquí también, con súbita aparición, el venerado santuario de la Vallivana. Nos reciben, con sus jaspes y pórfidos de boato funerario, los dos arcos barrocos tendidos como puentes sobre el río polvoriento de la carretera, que apenas salida del patio de la ermita empieza a culebrear enroscándose a las montañas, ahora más austeras y más desamparadas que nunca, menos del cielo, que las colma de azul con nubes.

Breve descanso. Comemos y salimos de Morella por el camino ribereño de Zorita, a media ladera sobre el hondo río que se esconde bajo la gravera del álveo, entre grupos de olmos y huertecitas humildes... En un recodo, un molino, con su emparado y sus gallinas; entre las rocas y matojos de la vertiente fronteriza, un rebaño, disperso, de borregos blancos... ¡Y un silencio y una paz de égloga!

Por contraste con esta impresión idílica, miramos hacia lo alto y al ritmo vertiginoso de nuestra rápida marcha se desarrolla la

EL CASAMENT DEL DIMONI DE ZORITA

(DE «BOLANGERA DE DIMONIS» CASTELLÓ, 1931.)

Es girava a vore els dracs i sargantanes les serps i les banyes de l'àngel del mal, d'aquell mascaró, vençut abans al pou de prop de la creu coberta. Anava dissipant a la gent amb la carxofa, quan es va sentir, magnetitzat per la vivor d'uns ulls negrissims que encuriolats, oberts de bat a bat, contemplaven els domassos vermells, blancs i verds que a la punta dels pals i enarborats pel vent relluentejaven al sol, a l'ensem que la melodia de la gaita i el redoble del tabalet puntejaven el ritme senyorívol de les danses de llauradores i gitanetes, de nanos i caballets, de dansants amb faldetes blanques, mocador de farol i creuats els pitrals per cintes blaves, verdes i roges. La blancor de les vèrgens i el daurat patinós, d'or vell, de les peanyes de la Verge del Roser, dels Sants Abdó i Senèn, de Sant Antoni i de la Verge de la Balma sobreixien per damunt del gris violat d'aquells altíssims turons de la tossa de la Balma; mentrestant s'arrapava la comitiva amunt, cap a l'esglesia atractívola, cap a la balma milenària; la verdor dels canyars i dels conreus, que allà al meandre del riu estaven arracerats baix el Collet de la Salve, guarnien amb la blavor del cel aquella milenària processó, himne triomfal de color i de ritme, de pregona devoció envers aquella bruna mascarada imatge, que una llegenda ens diu torna orb a tot aquell que pretèn escorcollar les postises vestimentes.

¡Quin goig més gran tenia Vicenteta aquella matinada! No li cabia el cor dins del pit. En clarejar l'alba ja hi eren damunt del carro envelat son pare, sa mare i els seus germanets. De biaix travessaren el riu Caldés, deixaren darrere la mola de Garumba i anaren vorejant el riu Bergantes a l'ombra de l'altíssima i encinglada mola de Morella la Vella... A Palanques l'han deixat a l'esquerra i ja estan molt prop de Zorita. Al peiró espera Vicent... Són les dotze quan Vicenteta i Vicent caminen per el passadís de rocam, cap a l'esglesia, a visitar a la devotíssima Verge. Davant de la forjada reixa es cremen centenars de ciris; unes dones agenollades, les mans creuades al pit, els ulls fit a fit a la Verge resen i demanen pietat. Des d'una trona del darrere, trenta, quaranta cares largarudes unes, rodones altres, brunes, envermellides, sudoroses se veuen; uns mocadors negres guarnixen uns ovals facials, però, més encara uns ulls encuriolats, afanosos i exorbitats que volen, que esperen, que desitgen el miracle per a després anar a contar-lo a casa seus, a la vora de la llar en una nit d'hivern. El silenci és gran; ni l'alè de tanta gent, ni la congoixa dels que esperen rebre gràcies de la miraculosa Verge trenquen el sobtat misteri d'aquella cova. Un so metàl·lic de quan en quan copsa un valor insospitat; la gentada devota que ve de lluny, que ha fet el viatge en dos, en tres jornades, que ha patit fam i set pel camí i que anhel·la el remei, afegit un sacrifici més als ja realitzats i ofrena els diners a la Verge pels buits d'aquella reixa de ferro, mentres altres mans trèmules d'emoció pengen allí mateix les figures de cera, la promesa que recorda alguna gràcia alcançada. El so que fan les monedes al caure a terra és com un volteig prim —l'alegria del cimbalot— dels cors anguniosos que aprimen la veu per a parlar-li a la generosa

Verge, a vore si els ou i assistix en aquella tribulació.

Els dos promesos s'alcen de repent. Vicent té que aguantar a Vicenteta i apartar-la de prop de la reixa. Sembla que s'ha enfosquit l'esglesia i que no hi han per totes bandes més que ulls que miren, que travessen, que apleguen a l'ànima; els ciris pareix que afuen la flama; no s'ou el tic metàl·lic de les monedes al caure; la Verge sembla flotar en l'aire, per damunt l'altar, i que es somriu emparadora; el silenci és gran i les mirades es concentren a un sol punt. Avança lentament una jove d'uns vint anys; avança encarada, erta, com un autómata; la segueixen una dona i un home fornit que van espentejant-la. Dos passes prop de la reixa ha començat a moure el braç dret, ha girat la boca a un costat, ha posat els ulls en blanc i s'ha clavat a terra sense guanyar un pas. Ha caigut a terra. L'home fornit intenta fer-la avançar, vol que redole. Unes dones semes, endurides, de grogor de cera, li nugen uns llacets blaus als dits. Són les velles sacerdotesses d'aquell rite milenari. En un santiamen mans i cames es contorsionen com aspes de vent; les flexions s'acceleren ritmicament; es desnugen les llaçades dels apretats dits d'una manera sincrònica amb el ritme convulsioniari; les violentes contorsions llancen a l'aire tenebrós de la cova la blavor de les vetes; la cabellera s'emmaranya i ondulantment s'estira com si fóra una medusa; els ulls brillants, injectats, surten de les conques; la bromera s'espixorra de la boca i esguita als dels voltants; les ritmiques, accelerades convulsions paren, les succeix un tirantor en arc. La jove barboteja crits inarticulats. De sobte un pit turgent, nacarat, es vessa per damunt del gipó roig tot desbotonat. L'home fornit l'abraona quan unes convulsions de ritme accelerat tornen a tremolar aquell organisme; salten les esparidenyes dels peus. El ritme augmenta; són més violentes les contorsionades convulsions i queda desahillat aquell cos blanc com la neu i ple de joventut davant de la Verge miraculosa i d'aquella multitud devota, enardida, que a l'ensem que xilla esgarriada: —¡Pels ulls, no, que es tornarà cega! ¡Pels peus, per les mans, pels peus! ¡Per la punta dels dits! ¡Que ixquen els dimonis pels peus! —canta els Goigs a la Verge i contempla tota ulls a aquell cadàver que més bé sembla una estatua plena d'hèl·lica bellesa.

Les eixutes velles sacerdotesses friseses de nous endiablats fugen fora l'esglesia de roca, s'escampen pels indrets rublits de gentada, comenten el miracle i aguaiten l'arribada de malalts. Són l'estol de corbs coratjosos aplegats en romiatge als turons de la Balma en la tardoral festa anyal dels devots pelegrins que venen a agenollar-se als peus de la miraculosa Verge.

L'ermità replega els vestits escampats arreu i els tira dins la Cova del Diable per a cremar-los al sendemà.

Les tenebres de l'esglesia s'esbargixen. Els esblaimats ciris tornen sa flama més blanca. La frisanç passada es torna esborrament en la multitud que folla canta i xilla. Pels racons de la sagrada espelunca sembla s'amaguen i acurruquen els dimonis foragitats. L'aldarull és gran.

L'encuriolada gentada alliberada del pes del miracle, alleugerida de la frisor inconeguda d'allò que li contaren al poble, alena fort, batega el cor d'emoció, imantada per

la devota imatge, la mira amorosida i canta, canta agrada mentrestant contempla tota ulls a la jove alliberada dels banyuts hostes.

Vicenteta plora emocionada. El miracle de la Verge l'ha deixada esparverada, acongoixada al vore a aquella jove que en sa nuesa nacarada es somriu eufòrica mentres l'home fornit i la dona que l'acompanyaven l'habillen amb nous vestits.

—Resem, resem! Agenolla't, Vicent, demana-li a la Mare de Déu que ens lliure d'aquestes malvestats. Lluny, ben lluny de nosaltres el malastruc dimoni!

I Vicent, agenollat prop la reixa, al costat d'ella li demana a la Verge santa allò que volia Vicenteta.

*Dau salut a qui us visita,
Mare de Déu de la Balma.*

A les afores del poble, i baix un edicul d'olorosa murta i de romaní florit de blau, al capvespre de la vigília de la Nativitat de la Verge, ixen les danses i autoritats a rebre a la Mare de Déu de la Balma, la patrona volguda. Un pastor qui mena la dansa de gitanetes declama amb èmfasi una salutació de benvinguda. Comença el redoble del tabal i saltironaja la gaita una melodia ancestral mentres nanos i cavallets, llauradores i gitanes zigzaquegen i salten suaument; els braços en alt aleshores, en ansa de cànter després, repicant les castanyetes més tard, exornen el ball pausat, lent, atractívol, d'aquelles belles zoritanes que dansen, dansen amb un ritme i una gràcia rituals; el pastor aplanat i alça els peus amb lentitud senyorívola, fita al centre entrecruaments i canvis, les corbes i mudances, les giragonses i passadetes que hi fan les boniques xiques que més bé que dansar sembla que oficien.

Les tenebres de la nit envolten aquella processó que camina aureolada per la llum dels cirials i voltejada pels batecs dels cors de la vària multitud congregada al costerut poblet. Altra parada és feta a la plaça de l'esglesia on altre pastor, aquell qui guarda a les llauradores, saluda a la Verge amb altra loa. I baix de l'estelada, enlluernat el blau del cel per les llums de bengala i els calfits de la traca, entra la Mare de tots els zoritans al temple. Rojors fugisseres, grogors fantàstiques de foguerades, fosforescències de llums, encenen a poc a poc la foscuria de la tossa de la Balma. Els atabaladors calfits, els enlluernadors reallamps dels coets voladors adreçats al cel anuncien als pelegrins de la Balma que la Verge, acollida pels braços i cors zoritans, ha pres estatge i és aixoplugada dins l'esglesia del poble...

CARD

¡Oh, flor gòtica del card.

punxaguda i oblidada

com l'amor d'aquella amiga!

Creixes vora del camí,

l'aire bla te gronxa i passa

com l'amor que ompli una vida...

¡Oh, flor gòtica del card!

Cada aresta té una gota

gloriosa de ma sang.

CARLES SALVADOR

(Del llibre *Rosa dels vents*, Castelló, 1930.)

J. RUIZ DE LIHORY (Barón de Alcahalí)

PUERTOS DE MORELLA

(DE «LOS ENDEMONIADOS DE LA BALMA». VALENCIA. 1900.)

Hasta Morella hicieron el viaje con relativa comodidad, pero desde allí tuvieron que utilizar caballerías, porque no había más que camino de herradura.

—Dejemos paso —dijeron los bagajeros separando las cabalgaduras para que pasara al trote largo un jinete con una muchacha a la grupa de un hermoso caballo tordo.

—Es el alcalde del Forcall, que va con su moza a la Balma...

Aquella pareja les pasó delante con el desembarazo del que tiene un derecho preferente.

El era un joven arrogante y bien portado; ella, una morena graciosa y sonriente.

El frío comenzaba a dejarse sentir y tuvieron que abrigarse con los *plaid*s. Así llegaron al pueblecillo de Ortells, colgado en la cumbre de unos riscos. Nada más parecido a las descripciones que hace Hoffmann, que aquella fantástica agrupación de viviendas, cuyas siluetas se destacaban en la oscuridad sobre el fondo estrellado del firmamento. Las casas debían estar inhabitadas, porque repercutía en sus concavidades el ruido de los pasos de nuestras cabalgaduras.

Ni una persona, ni una luz, ni el ladrido de un perro; nada turbaba el silencio de aquellas calles, nada daba allí señales de vida. Aquello no eran viviendas humanas; era una alucinación de pesadilla, un pueblo muerto, evocado por los genios maléficos.

Felizmente cruzaron pronto aquellas viviendas encantadas.

El murmullo de una fuente disipó la mala impresión de Elena, y siguieron caminando en la oscuridad por un terreno cada vez más abrupto y salvaje.

Ya casi mediaba la noche cuando divisaron en lontananza varias luces que parpaleaban en el repliegue de una montaña.

—Aquella es la Balma —dijo el guía—.

Y a los pocos momentos, al trasponer un repecho, ¡Zorita!, repitieron varias voces. Y, efectivamente, se hallaban a poca distancia del pueblo, donde esperaban que el cura y el alcalde, a los que iban recomendados, les facilitarían alojamiento en la hospedería del Ermitorio.

Cuando la vista había vuelto a zozobrar en la oscuridad, y las manos de los viajeros estaban agarrotadas de hacer presión en la montura para no caer, entraron en un camino pedregoso. Era el barranco de Bergantes.

El número de hogueras esparcidas por el monte aumentaba por momentos, tiéndolo todo de una luz siniestra de la que salían gritos, ruidos extraños y seres con figura humana que saltaban las llamas o danzaban en torno de ellas. Aquello era un espectáculo dantesco; diríase que los demonios, extraídos aquella noche en la milagrosa gruta, celebraban su libertad con un festín infernal.

De vez en vez, el acompasado tañer de una campana producía un sonido lígubre que, al rodar por las oquedades de las montañas, se convertía en apocalíptico quejido.

Era la campana de los endemoniados, que sólo podía ser tañida por los poseídos cuando alguno de ellos penetraba en el Ermitorio a postrarse ante la Virgen.

Desde un ciprés colosal y aislado, que en la oscuridad semejava fúnebre obelisco, comenzó el camino a ser menos molesto, pero más emocionante, porque, tendidos en el suelo, o en montones, rígidos o agachados, vislumbraban cuerpos humanos, algunos de los cuales se erguían levantando los brazos al cielo en muda protesta, mientras sus pier-

nas eran aprisionadas por los colosales tentáculos de unos monstruos denegridos y horripilantes.

Siguieron subiendo por una suave pendiente y, lo que momentos antes hacían lúgubres las lejanías, se tornó en alegre y bulliciosa aglomeración de gentes que reían, cantaban, bailaban y corrían en torno de hogueras hechas con ramas de tomillo y romeros. Grupos de jóvenes rasgueando guitarras y cantando la jota, molestaban a los vendedores de los puestos de torrados, guir-lache, cirios y aguardiente, que pregonaban



a gritos su mercancía, invitando a las muchachas para que les compraran.

Cruzando entre un enjambre de gente y de caballerías, aturridos por los gritos, risas y blasfemias, con algunos incisos de acordeón, llegaron a una porchada sin haber logrado ver la Ermita.

Traspusieron el portón por donde había salido el cura la noche anterior, y, deslizándose por una hendidura horizontal de la peña, que era en algunos puntos galería con vistas al abismo, y en otros lóbrego túnel por donde no podía pasarse sino agachado, llegaron a la puerta de la Ermita sin encontrar rastro de endemoniados.

Es el Ermitorio de la Balma una cueva cubierta en su parte izquierda por una pared, a la que está adosado medio campanario. En la parte interior hay dos pequeños altares y, en el fondo, una verja en forma de rectángulo que cierra la capilla de la milagrosa imagen. En el espacio cerrado por la verja depositan los fieles las limosnas en metálico, y frente al altar, adosado a la

pared y sostenido por rústicos pilares, hay una tribuna de madera.

Como la cueva no es muy alta, todo allí resulta raquíptico y aplanado...

La atmósfera calurosa, saturada de malos olores, hacía repulsiva la estancia en la cueva, pero todo podía soportarse por librar a Elena de los malos espíritus que creía Paula la tenían dominada.

Un grupo apelmazado de gente, empujándose anhelosa delante del altar, rodeaba a varios desgraciados que se retorcián en convulsiones epilépticas, dando alaridos unos, y desplomados, inmóviles, idiotizados, otros, devorando con la vista a la pequeña imagen, de la que esperaban su curación. Mientras que amontonada también la gente en la tribuna, vociferaba despiadadamente cantando los gozos.

Elena se quedó tan aturdida como si le hubieran dado con una maza en la cabeza. El compacto grupo vaciló un momento al oír el mandato de Paula, y, después de aquel doloroso estremecimiento de pisotones, se agrietó para dejar el paso libre a la pobre joven, que, empujada por Paula, llegó ante el altar, cayendo de rodillas junto a la verja, a la que se agarró convulsivamente, sin darse cuenta ni de lo que hacía ni dónde estaba.

—¿Por dónde quieres que te salga el mal espíritu, por los ojos? —preguntaba un hombre con tono hipnotizante a una pobre mujer que, sentada en el suelo, se apoyaba, toda despeinada y sudorosa, en el hombro de un viejo.

—Por los ojos, no, que se quedará ciega —gritó la multitud—. Por los pies, por los pies.

La paciente abrió los ojos espantados; paseó su mirada vaga por los que la rodeaban cantando como energúmenos:

Dad salud al que os visita,

Virgen santa de la Balma...

J. SEGURA BARREDA

A MORELLA POR VALLIVANA

(DE «MORELLA Y SUS ALDEAS». MORELLA. IMP. DE F. JAVIER SOTO, AÑO 1868. PAG. 33.)

Cuando un viajero, después de haber atravesado las hermosas campiñas que bañan el Júcar, el Turia y el Mijares, ese pensil de nuestra España que no en vano se le compara al Edén de la Europa, quiere visitar las montañas del Maestrazgo, y llega hasta los riscos de Morella, pierde por grados la ilusión encantadora producida por el vistoso paisaje del litoral de nuestro mar. Apenas deja la capital de la provincia, el terreno muda de aspecto. A su vista se ofrecen los montes de Burriol, como masas de aluvión antiguo, descarnadas y con vegetación pobre; pero en las vertientes crecen con lozanía el algarrobo, la higuera, el olivo y la vid; dejando en el fondo algunos valles que semejan a las mejores huertas del reino. Sigue después para atravesar los llanos de Cabanes y del viejo Maestrazgo, y apenas reconoce mudanza notable; pero al dejar a sus espaldas el pueblo de Chert, para entrar en el término de Morella, parecele ya un mundo nuevo. Desaparecen los árboles frutales y sólo ve bosques de encinas o pinares sobre las cumbres de los montes. Entra en el barranco de Vallivana y en una y otra

parte halla cerros con pendientes pedregosas, y algunas pequeñas zonas en que vegetan pobremente el romero, espliego o el coscojo. Tal vez, cansado de caminar por una tierra ingrata, desea llegar al fin de su jornada cuando el sonido de una campana llama su atención.

—¿Estamos cerca de Morella? —pregunta.

—No, faltan cuatro leguas. La campana que habéis oído es del Santuario de Vallivana.

Y, unos momentos después, se ofrece de improviso, en el fondo del barranco, el caserío de la ermita, y parece respirar del cansancio.

Es el Santuario de Vallivana uno de los más hermosos que hay en el Reino. La iglesia, bastante capaz y de una esbeltez que admira; la casa hospedería, con todas las comodidades, y la posada para los caminantes, forman un grupo de elegantes edificios que hacen de él el lugar más cómodo para descansar y tomar nuevo aliento para continuar el viaje.

Déjase el Santuario, siguiendo la dere-

or rústicos pilares, hay lera.

no es muy alta, todo y aplanado...

rosa, saturada de malos viva la estancia en la día soportarse por librar los espíritus que creía inada.

azado de gente, empuante del altar, rodeaba s que se retorcián en as, dando alaridos unos, viles, idiotizados, otros, a a la pequeña imagen, su curación. Mientras mbién la gente en la spiadadamente cantan-

n aturdida como si le na maza en la cabeza. vació un momento al la, y, después de aquel ento de pisotones, se paso libre a la pobre por Paula, llegó ante dillas junto a la verja, vulsivamente, sin darse acía ni dónde estaba. eres que te salga el ojos? —preguntaba un otizante a una pobre el suelo, se apoyaba, dorosa, en el hombro

que se quedará ciega. Por los pies, por

los ojos espantados; por los que la rodea- nergúmenos:

que os visita. de la Balma...

ANA

TO, AÑO 1868, PAG. 33.)

pendientes pedre- ñas zonas en que romero, espleigo o asado de caminar por sea llegar al fin de sonido de una cam-

de Morella? —pre-

leguas. La campana Santuario de Valli-

después, se ofrece do del barranco, el parece respirar del

Vallivana uno de los en el Reino. La igle- e una esbeltez que lería, con todas las ada para los cami- o de elegantes edi- l lugar más cómodo nuevo aliento para

siguiendo la dere-

cha del barranco hasta atravesar un puente de sillería para pasar a la izquierda y encajonarse en aquel grande surco, cuyos altos muros parecen tocar a las nubes. Aquí el viajero mira a la naturaleza sola, sin el auxilio del hombre. Por todas partes se presentan extensos bosques de encinas o robles, que se levantan sobre un suelo enmarañado de matorrales; rocas calizas de cuyas grietas y hendiduras salen corpulentas carrascas, hayas, o cien arbustos de familia diferente...

En todo este barranco, que comprende cuatro leguas cuadradas, no se encuentra vivienda alguna del hombre, si exceptuamos la casa de los camineros; ni una choza, ni una miserable paridera. El cielo sirve de techumbre a los pastores, y alguna cueva o las grutas les abrigan en las crudas noches de la estación más fría.

Al terminar el barranco se ha de cruzar un alto monte, la cordillera de Idúbeda, y para esto el arte ha podido suavizar la pendiente formando curvas. Llégase a la cumbre y, bajando con suavidad, aparece el hermoso parador de Santa Cruz, *La Torreta*. Su presencia hace recordar al viajero las deliciosas quintas que dejó en las cercanías de Valencia. Media legua más y atraviesa la garganta del *Collet den Vellea*, y ante sus ojos se ofrece un cuadro que llama su atención. Detrás de un pequeño monte de rocas calizas, despojado de arboleda, levántase un soberbio peñón de dos cuerpos, y a sus faldas, mirando al sur, está recostada Morella, cercada de muros y esbeltas torres; diríase que era una pirámide, monumento erigido en medio del desierto, o más bien un anfiteatro de semicírculos salientes, que se estrechan a medida que se levantan hacia el castillo. Como una gran parte de sus habitantes se ocupa en la fabricación de tejidos de lana, las azoteas de sus casas parecen tapizadas de ropas de color diferente, que hacen el cuadro más bello e interesante.

Se pasa media legua atravesando el llano de la Batallera, y llega el viajero al pie del monte sobre el que se halla la población, y necesita un nuevo esfuerzo para llegar a sus puertas. Ni aquí descansa, porque otra fatiga le aguarda para llegar a la plaza, siquiera a alguna de las posadas. Las calles de Morella se curvan en semicírculos alrededor del castillo; pero las travesías que suben desde los muros son escalinatas de empedrado que se levantan del nivel a los cuarenta grados del semicírculo; tal es el panorama de la población que nos ocupa.

HOMBRE

*Estoy aquí, bien concreto,
afirmación rediviva
en el espacio y el tiempo.
Al alcance de mis manos
la flor y la espiga tengo,
y otras espigas y flores
me nacen, puras, adentro.
¡Qué salmo en el corazón
dulcemente va diciendo
la alegría de esta hora
limpia, bajo el cielo abierto!
Estoy aquí... Con el alma
llena de aromas secretos
que la quietud del paisaje
le va dando al pensamiento
mío, mío para siempre:
¡con ansias de hacerse eterno!
Oh, serena plenitud,
goce de estar en el viento,
llama viva, estrella, hombre...
¡Hombre, no más, bajo el cielo!*

JUAN PORCAR MONTOLIU

(De *Ronda lírica*. Castellón, 1953.)

PIO BAROJA

LA VENTA DE MIRAMBEL

(DE «LA VENTA DE MIRAMBEL». ESPASA CALPE. MADRID, 1942.)

CAPITULO I

La comarca entre Mirambel y Morella es árida, áspera, desolada, erizada de colinas yermas. Hay grandes cerros de piedra caliza, formaciones de moles rojas y amarillentas como ruina de inmensos palacios y castillos, de ciudadelas de ciclopes o de gigantes, que a veces fingien detalles que parecen por un momento de construcción humana...

El Maestrazgo se halla en el límite de las dos influencias, la de la meseta y la del mar, la castellana y la valenciana. Mirambel se encuentra en la frontera de esta zona en la parte castellana, y Morella, en la valenciana...

Los pueblos de altura tienen siempre un aire más aristocrático, más hermético que

los pueblos del llano o de las orillas del mar...

Otro de los pueblos de la comarca, Olocau del Rey, ofrecía hasta hace años la curiosidad de una cueva con la figura de un caballo misterioso, al cual se rendía culto, quizá un resto del paganismo celtíbero. En Olocau había un castillo restaurado y desfigurado y se hablaba de que en él existían unos calabozos extraños que se podían inundar.

En Todolella estaba la ermita de San Onofre, con unos ternos muy ricos y ornamentados; en el Forcall se veían varias casas góticas y, entre ellas, en la plaza, la de los Osset, con un salón enorme y una escalera muy decorativa. La familia ostentaba como lema esta frase latina: *In ferro et in lancea vici...*

LA FIRA DE SANT PAU, D'ALBOCACER

II

¡Qué espectacle més hermós
veu el sol aquell mati!
Es la plana d'Albocàcer
esmeralda entre rubins,
plena com es d'oliveres,
vinyes i camps de panís,
i voltà de tossals rotjos
quan lo pinte el sol eixint.
Els de la esquerra són alts
i d'ells lo més geganti
es Sant Juan Nepomuceno,
que hasta els núvols alce el cim
A dreta té a Montegordo
un cònic volcà extinguit,
i allà més llunt a Moncatil;
i encara molt més adins
se veu a Penyagolosa,
rei dels tossals més altius.
¡Qué espectacle més hermós
veu el sol aquell mati!

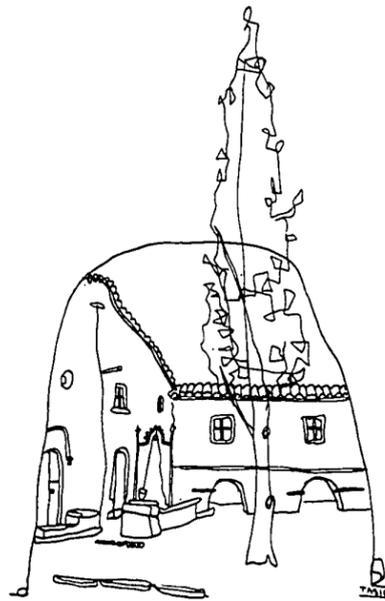
Per totes les venes blanques
que tenen per nom «camins»
i creuen tot aquell pla
se veu la vida affuir,
l'animació i el bullieci
de tots los pobles vehins,
cap a Sant Pau, que és el cor
a on se van a reunir.
Mes l'artèria principal
és de Sant Pau el camí
per on va tot Albocàcer
desbordant-se com un riu.
¡Quina provessó més llerga!
¡Quina algasara i quins erits!
¡Qué varietat de colors
en les robes de d'estiu!
De carros blancs el rosari
van al pas i porten dins
a la gent d'enteniment
o a la que del tràfec viu.
Per mig d'ells i més apressa
passen grups de fadrins
novio i novia dalt d'un matxo
aparellat en mandils.

III

Figurevos aquell pla
tan gran i tan espaiós
que se estén davant l'ermita,
ple de gent de gom a gom.
Van i venen entre els rengs
de taules i mostradós.

en que'ls firatans presenten
sa vendedoria a tots.

Lo moviment de la fira
creix a medida que el sol
va pujant en son camí;
i allà vora de les nou
està ja al ple, pos arriben
les gents de tot el contorn.



Voreu los de Benassal
aseats i parlados,
los d'Ares molt borrasqueros,
i els de Catí, gent de tró;
los de Culla i de la Serra
gent calmosa i de bon cor;
els de les Coves, rumbosos,
els de Sant Mateu, sinyós;
¿i qué dir dels d'Alcalà?,
que son d'Alcalà... i aló.
Encara en van de més pobles,
però no es poden dir tots;
sols diré que hasta ne van
de Tortosa i Castelló.

AGUSTI LLOPIS MIRALLES

(Opúsculo impreso en casa de Antonio Monreal, en Castellón, 1902.)

LA CANÇO DELS PINS

Els uns, plomalls de muntanyoles;
els altres, joia dels abisms,
i sempre en tàlem aromàtic
naixen els pins, naixen els pins.
Tot enfonsant arrels en pedra,
tot enlairant el tronc gentil,
sense cuitar i sense pausa
creixen els pins, creixen els pins.
En els matins de primavera,
quan fa un solet escoladís,
tot bellugant la copa tendra
riuen els pins, riuen els pins.
En les diades estiuenques,
amb tot el món estemordit,
si s'allibera un poc de zèfir
canten els pins, canten els pins.
En les vesprades de l'autumne,
quan cau la pluja fil a fil,
sota les núvoles unflades
ploren els pins, ploren els pins.
I en les calendes hivernenques,
quan fins el dia sembla nit,
entre les ombres i els pesombres
dormen els pins, dormen els pins.
Primer el jorn, després l'anyada;
ara el plaer, ara el neguit;
com les persones, com les bèsties,
viuen els pins, viuen els pins.
I per un llamp d'origen cèlic,
entre les flames sense fi,
o a mans d'un negre llenyataire
moren els pins, moren els pins...

F. ALMELA I VIVES

(De *Les taronges amargues*. Barcelona, 1955.)

PLACIDEZ

Hoy he estado en los breñales; he subido
[esta mañana
a la sierra deleitosa donde se halla el bien-
[estar,
he escuchado con delicia la canción de una
[fontana
y en las brisas he bebido los aromas del pinar.
Me he sentado bajo el toldo de vetustos en-
[cinars
donde viven las gramíneas en graciosa con-
[fusión,
y prendido entre los cardos (que allí crecen
[a millares)
de vedijas de cordero vi un blanquísimo vellón.
Me he asomado a los abismos de las simas
[tenebrosas;
he trepado por las peñas como gato montañés,
admirando un horizonte de rosadas nebulosas
cuyo límite no alcanza la mirada más sagaz.
Hoy he estado en los breñales; sus fantás-
[ticas bellezas,
sus murmullos y sus brisas he gozado con
[fructión,
he sentido de mi alma desbordarse las ter-
[nezas
y han crecido los anhelos de mi joven corazón.

JOSE SEGARRA GIL

(Del libro «Apuntes y ensayos literarios»,
Castellón, 1905.)

LES 11 DEL MATI

Quin sol!
El blat, en garbes, d'esquena al sol.
Les núvoles, clares, pels aires.
Caldeja el vent i no plou.

En l'era veïna
canta un fadrí camperol
una cançó d'amor i de sol.

Quin sol!
I les garbes —tostades, tombades— al sol.

CARLES SALVADOR

(De *Rosa dels vents*. Castelló, 1930.)

VI

DE RIO A RIO

Los límites que trazan el curso del río Cenia o Cerbol, al norte, y el curso del río Palancia, al sur, comprenden toda la provincia de Castellón. En su ámbito quedan desde las ruinas del Monasterio de Benifazá, cerca de los desfiladeros del río Cenia —donde sitúa Galdós el episodio de la página que reproducimos—, hasta las fragosidades del santuario de la Cueva Santa en Altura y los escombros del Monasterio de Val de Cristo y la vega de Segorbe, en las riberas del Palancia, que nos describe puntualmente el sabio botánico Cavanilles.

Las estrofas que copiamos del poemita "Placidez" de José Segarra Gil, escritas en su refugio veraniego de Sarrión, se inspiraron sin duda en los vericuetos aragoneses por donde triscaba a sus anchas, mirando a lo lejos las cumbres de nuestra Peñagolosa y de la Sierra Espadán. Pero no hemos querido prescindir en este florilegio de la firma del malogrado Pepito, pues aun revelándonos en estos versos tan profunda huella de Gabriel y Galán, era la tierna pluma de este juvenil ingenio castellanense la de un auténtico poeta que murió en capullo. Y muestra más personal de su numen nos dejó en otros poemas que por cantar motivos líricos ajenos al paisaje, no hemos podido incluir aquí.

Cierra el presente florilegio un jugoso cuento de guerra, palpitante de emoción paisajista, que para el caso ha escrito Federico Alcácer, cuyo seudónimo "Andreuet" ha popularizado en los periódicos valencianos.

POR TIERRAS DE BENIFAZA

Ambos se alegraron cuando se dio la orden de que Nelet marchase con la mitad de su regimiento a relevar a la guarnición de Benifazá, lugar que también tenían toscamente fortificado en el centro de aquel núcleo de montes elevadísimos que llaman la Tinenza. Por los desfiladeros del río de la Cenia, faldeando la Peña del Aguila, pasaron de la zona de Rosell a Benifazá y a la célebre abadía cisterciense fundada por don Jaime, edificio devastado sucesivamente por tres guerras: la de las Germanías, la de Sucesión y la que ahora se relata. Daba pena ver su noble arquitectura mutilada por bárbaras manos: aquí, señales de incendios; allá, desplomados muros; la iglesia, con medio techo de menos; la torre, melancólica y sin campanas, con sus espadañas ciegas y mudas; las juntas, pobladas de jaramagos y ortigas, y el claustro, en fin, con sólo tres costados, más triste que todo lo demás y más poético y ensoñador. Aposentaron a don Beltrán en un pasadizo entre el claustro y la iglesia, donde gozaba la hermosa vista del despedazado monumento que apreciar podía en su esbeltez de conjunto, no en sus riquísimos detalles. No era lego en arqueología el buen aragonés, y sentía verdadera pasión por el estilo llamado románico y su elegante austeridad; en tiempos más felices había visitado con entusiasmo de artista los monasterios de Veruela y San Juan de la Peña; conocía el de Rueda como su propia casa, y todo lo románico y gótico del siglo XIII que encierran las ilustres villas y ciudades de Aragón. Se extasiaba reco-

riendo los venerables restos de la construcción medieval, los tres ábsides semicirculares, el claustro, la sala del Capítulo, el palacio abacial; y tan dulce encanto encontró en



aquella paz y en el poético lenguaje de las nobles y tristes piedras, que habría deseado permanecer allí todo el tiempo que su prisión durase.

BENITO PÉREZ GALDÓS

(De *La campaña del Maestrazgo*, capítulo XVIII.)

EL DE LA SENIA

...A la Tinença de Benifassà es forma aquest riu, que per passar durant el seu curs pel poble de la Sénia, vingué a prendre el seu nom.

Fredes és un poblet diminut, simpàtic per la senzillesa dels seus carrers, dels seus habitants —que en sumen una norantena— i per la seua pintoresca situació, en mig d'una foia, al voltant de mil metres d'altitud, i encerclat de pinedes frondoses...

Un muntanyam extens ens volta. Al N. s'escampa Cantaperdius, amb el vèrtex geodèsic de 1.245 metres d'altitud, i més al N. encara, guaita el Tossal del Rei, que amb els 1.356 metres constitueix un punt assenyalat, perquè al seu cim coincidixen

el Principat de Catalunya, Aragó i el País Valencià. Aquesta circumstància de servir de molló trifini ha donat motiu a una llegenda. Es conta que allí menjaren tres reis sobre la pell d'un tambor i assegut cadascú al seu territori jurisdiccional. Clar que açò hauria de ser, si de cas, en època àrab, i els reis els de Saragossa, Tortosa i València, perquè després de la conquesta, en què els tres països eren regits pel mateix monarca, sols podien ser els governadors, "com es més segur" com opinava l'historiador Mossèn Betí.

EMILI BEUT

(De *Camins d'argent*. València, 1959.)

orte, y el curso del río
u ámbito quedan desde
rio Cenia —donde sitúa
grosidades del santuario
al de Cristo y la vega
mente el sabio botánico

arra Gil, escritas en su
s aragoneses por donde
ñagolosa y de la Sierra
a firma del malogrado
le Gabriel y Galán, era
ntico poeta que murió
poemas que por cantar

nte de emoción paisa-
"Andreuet" ha popu-

AZA

restos de la construc-
ábsides semicirculares,
el Capítulo, el palacio
encanto encontró en



bético lenguaje de las
, que habría deseado
tiempo que su prisión

TO PÉREZ GALDÓS

el Maestrazgo, capí-

ya, Aragón i el País
umstancia de servir
at motiu a una lle-
li menjaren tres reis
or i assegut cadascú
ional. Clar que açò
en època àrab, i els
Tortosa i València,
onquesta, en què els
del mateix monarca,
vernadors, "com es
a l'historiador Mos-

EMILI BEUT

Valencia, 1959.)

ONDA

En mi infancia, mecida en el regazo muchas veces secular de Onda, un vago sentimiento me asaltaba; aquel castillo de las trescientas torres, cuyos venerables muros eran escalados con irreverencia en nuestros juegos, las viejas barbancas de la iglesia que daban un pórtico señorial a su interior suntuoso, las románticas arcadas de la plazoleta del Almudín, recoleta como claustro conventual, en una de cuyas casas abrí los ojos a la primera luz, las empedradas cuestas de las calles del castillo, llenas de sabor medieval, con nombres evocadores, el portal renacentista de San Pedro, todo, en fin, de la villa antigua y moderna, me sugería la sensación de un pasado glorioso.

BALTASAR RULL

(De «Noticiero histórico de Onda», pág. 7.)

LA NIEVE

Ceja en el norte,
cuervo al pinar;
enciende el fuego,
que va a nevar.

Caían pequeños copos
rápidos, fugaces, blandos,
en las solitarias calles
y encima de los tejados.
En la plaza, bulliciosos,
se reían los muchachos,
parándolos en sus mantas
y en sus gorros colorados.

Seguía; cuatro pilones
de nuestra torre mostraron
la cónica caperuza
del astrólogo o del mago.
En la puerta de la iglesia,
las cornisas y los santos
vistieron blancas túnicas
y barba y bigotes blancos.
Seguía; las altas cimas
de los montes blanquearon,
fingiendo vistoso encaje
encima de los sembrados.
Los pinos que hay en la falda
sus anchas copas doblaron,
como silenciosos saucos
de níveas flores cuajados.

Asustadas, las palomas
iban, turbadas, volando
desde el campanario al monte
y del monte al campanario.
De repente sopló el viento
revuelto, frío y airado,
y ocultóse en blanco velo
cielo y tierra, pueblo y campo.

Ceja en el norte,
cuervo al pinar;
enciende el fuego,
que nieva ya.

EMILIANO BENAGES

(De *En la sierra*. Valencia, 1900.)

EL PALANCIA

Al terme municipal d'El Toro, i en un ampli anfiteatre que formen altes penyes, s'origina el riu Palància.

A aquest anfiteatre, obert pel S., ve a parar cap a l'extrem de ponent un estret congost, que més bé és un badall de la muntanya, ja que té per terme mig una amplària de tan sols un parell de metres, arribant a llocs on a penes pot passar una persona. La llargada d'aquesta escletxa és bastant. Pel congost i per les penyes de l'anfiteatre, cau l'aigua per tot arreu produint un espectacle meravellós...

El Palància seguix des d'ací un curs molt pintoresc; els desnivells i clotades de Los Cloticos donen lloc a boniques cascades. Alguns indrets amb pineda, entre els que passa el corrent de l'aigua, són també molt bells.

EMILI BEUT BELENGUER

(De *Camins d'argent*)

ANTONIO JOSEPH CAVANILLES

OBSERVACIONES SOBRE LA HISTORIA NATURAL, GEOGRAFIA, AGRICULTURA, POBLACION Y FRUTOS DEL REINO DE VALENCIA

(TOMO II, PAG. 105. 2.ª EDICION. ZARAGOZA 1958.)

Las cercanías orientales de Alcublas están enteramente cultivadas por más de media hora, donde se ven hermosos sembrados y viñedos: no pueden subsistir en aquel clima olivos, ni algarrobos... Y empieza la aspereza, la soledad y el grupo montuoso en cuyo centro está la Cuevasanta. Todos aquellos montes son calizos, y muchos de mármol negruzco con venas blancas: vense por allí profundos barrancos, cuevas ásperas, picos que se desmoronan y mucha maleza; los pinos, aunque en bastante número, se levantan a poca altura: el monte baxo se reduce a enebros, aliagas, sabinas y romero: el espliego, algunas especies de tomillo, y muchas más de xaras crecen a cada paso. Por entre la maleza y breña se ven muy malas sendas y éstas son el único camino. En dos horas llegué desde Alcublas a la Cueva, santuario de Nuestra Señora, que visitan los pueblos de la comarca, y muchos a diez y doce leguas de distancia. En la raíz oriental de uno de aquellos montes hay una espaciosa cueva, y en su fondo la Iglesia, cuyo techo es la bóveda natural, formada por los bancos inferiores del monte: la boca es grande, y por ella recibe luz lo interior.

Síguese al norte de la Cueva otro monte hacia el oriente, separado por un barranco y dilatadas cuevas. Desde la cumbre de la más oriental se empieza a descubrir un suelo menos ingrato: vese la profunda llanura que con alguna interrupción y lomas se prolonga hasta Segorbe... En las arroyadas crece la adelfa que anuncia la benignidad de la atmósfera, y el que viaja reconoce otro clima y otro suelo. Las vistas son también muy diferentes apenas se llega a lo alto de la loma contigua; porque a las breñas, barrancos y maleza, se siguen llanura, huertas y pueblos numerosos. Vense a muy corta distancia Altura, Segorbe y la Cartuxa, cuyo conjunto de edificios resaltan sobre la verde alfombra de sus dilatadas huertas; luego se pisa un suelo mucho mejor que el antecedente, y más proporcionado para variedad de frutos: hállanse aguas

abundantes y claras; y por todas partes, industria, actividad y cuidado.

Caminaba hacia Segorbe por entre jardines útiles plantados de moreras y frutales, y vi al paso la Cartuxa de Val de Christo, rica como todos los monasterios de su instituto. Cultivan aquellos monjes sus haciendas con tanto esmero, que pueden servir de modelo en agricultura: atravesé sus huertas y las contiguas de Segorbe hasta entrar en esta ciudad, que nuestro Escolano prueba ser la antigua Segóbriga. Tiene espaciosas calles, buen número de edificios docentes, iglesia catedral, y muchos hacendados; pero con todo eso es inferior a diversas villas del Reino; si bien es muy recomendable por su posición ventajosa junto a un cerro a la derecha del Palancia, y como en el centro de las huertas... Recréase el ánimo cuando de algún punto elevado descubre y registra este recinto, mayormente después de haber pisado tantas leguas de montes destemplados y desiertos. El sitio mejor para lograr la vista deliciosa es la cumbre del cerro de la misma ciudad que está como aislado, y se compone de tierra gredosa más o menos compacta que oculta en sus entrañas un peñón calizo, el cual se manifiesta en algunos puntos de las faldas y mucho más en la cumbre. Allí se presentan de un golpe las dilatadas huertas, y en ellas aquella variedad de verdes propios de los vegetales, sembrados o plantados por el prudente labrador. Vense las curvas que el río describe al baxar por la parte occidental; cómo se dobla en arco para pasar por el norte de la ciudad, y cómo continúa con declinación al sur serpando por el valle: distínguese los canales de riego, las casas de campo y los lugares vecinos.

PANORAMAS

DEL PALANCIA

Es ponderar, del río, la hermosura;
del valle y de su vega, el panorama;
del clima, la bonanza y la dulzura;
de su valor agrícola, la fama;
de su cielo, la transparencia pura,
que un ambiente de flores embalsama.
Conocido es por esto en todo el orbe,
que el terrenal Paraíso está en Segorbe.

¡Palancia rumoroso!, tú le envías
las perlas de tus nítidas corrientes;
tú les cantas tus penas y alegrías;
tú reflejas sus huertos sonrientes;
suspiros de las altas serranías
bajas entre tus besos refringentes.
¡Cuánto debe Segorbe a su Palancia,
benefactor y heraldo de abundancia!

Cuando el sol se ha ocultado y oscurece
y las nocturnas sombras, por Oriente,
van invadiendo el valle, y aparece
la luna, cuyo rostro sonriente
con su luz melancólica embellece
el paisaje, la vega y el ambiente,
embrujado misterio, paz y calma;
en la noche silente, invade el alma.

RAIMUNDO TORRES BLESA

(De «Panoramas».)

NIT

"Roc, roc", canten els batracis
agombolant desficacis
en llur humida cançó.
"Ric, ric", diu la tocateta
que el grill fa sortir, mofeta,
del seu negre guitarró.

L'horta, que ha passat el dia
generant amb ufania
sota les flames del sol,
ara, com que no està nua,
té pantaix, batega i sua
(mentres dorm el camperol).

El ventijol —entelequia—
té, remullant-se en la sequia,
els seus pacífics cavalls.
Damunt el camp i les eres
es retallen les palmeres,
que són estàtics ventalls.

F. ALMELA I VIVES

(De *La llum tremolosa*. Valencia,
año 1948.)

EL RETORNO

«El paisaje y el hombre son hermanos.»

El cabo Fabregat, moreno, ancho de hombros, más bien bajo, daba muestras de nerviosismo poco habitual en él.

Era de las personas menos permeables, hombre que no sabía sonreír y manifestaba con sus ojos, de refulgencias metálicas, bien alegría, ya pesar.

Venía con el Ejército Nacional desde África: El 17 de julio se convirtió, sin él darse cuenta, de soldado pela-guardias en combatiente.

Hablaba poco, lo preciso. Pero siempre cumplió su obligación sin rechistar y todo lo suyo era de todos.

El día que fue liberado el Alcázar de Toledo, la pitima de la compañía fue general, casi. El casi fue Fabregat, cabo de camilleros, que dedicó la tarde y velada del asueto a cambiar cigarrillos por librillos de navel. ¡Ya llegaría la hora de vender los librillos!

Y aquel hombre pétreo, al reorganizarse las fuerzas en las playas doradas, tibias, luminosas de Vinaroz, tras el avance impetuoso desde la histórica Morella al Mar, sorprendió a todos —camaradas y mandos— con una petición increíble: Un puesto en los grupos de reconocimiento de vanguardia.

El teniente Somoja saltó de gozo: Le conocía bien.

—Vendrá conmigo.

—Pero si el capitán Claret ya lo ha hecho su motorista!...

—¡Siempre madrugadores, estos catalanes!...

o o o

Con las primeras claridades del alba hallábase el cabo Fabregat, flamante motorista, pegado a los prismáticos. Desde las trincheras del Collado veían casi a sus pies, como princesa en vasallaje, la villa de Cuevas de Vinromá, rodeada de olivos lozanos, viñas en toda su opulencia de verdor, oro en las cuadrículas de mieses.

Y después, entre la Sierra de Engarcerán y las estribaciones del Desierto de las Palmas, rebasando el Molar de Subarra, el valle donde se asentaban Villanueva de Alcolea, Torre Endoménech, Benlloch, Cabanes, Vall d'Alba con sus cientos de masías, La Barona y Villafamés.

Dominaban los amarillos desleídos en gris, tierras no lejos del mar —le llamaban con angustia desde los puntos altos— al carecer de río donde reflejarse, desengañadas de las nubes vacías, que pocas veces y aun parcas mojaban el polvo de sus caminos.

Se iniciaba junio, después de una primavera húmeda, regalo de secanos jamás ahitos.

Al fondo, a su derecha, la figura prócer del atrevido triángulo de Peñagolosa, que parecía querer hablar de tú incluso a la inmensidad.

El coloso era histriónico y después de algunos ensayos de ponerse barbas de algodón en rama, adoptaba una capellina gris alargada.

Su reclamo sinuoso, conchavado con fino airecillo del mar, «venid a mí, nubecillas vírgenes, vellocinos preciosos, que mis romeros y lentiscos tienen compromiso con las operarias de la miel y les asusta la sequía hirsuta», parecía decir.

Y un suspiro rumoroso nacía de las hojas inquietas por el temblor de arrugas —rúbrica de juventud perdida— cuando el columbrar ansioso descubría en las cumbres del hermano menor —El Bartolo— el mismo atuendo de gasas en forma de bufanda, promesa de lluvia tan segura como cumplida fiesta de toros —«en plaza, en villa»—, cuando los prohombres confirman el ansia de los mozos con cabezada unánime.

Cumbres del Bartolo, encandiladas por la visión del mar surcado por los navíos de Grecia, tiernas bajo la sombra de la Cruz de Roma.

El capitán Claret interrumpió el éxtasis de su ayudante:

—¿Buscas una sirena?

—Mi capitán, soy un zoquete: Con vista de lince y cristales de Germania no logro ver algo tan visto que lo llevo pintado dentro de mi retina: La gran Cruz del Bartolo.

—Trae.

—Por encima de aquella manada de dinosaurios pardos, que asciende por las colinas grises hacia el «Tosal de la Ferradura», el poblado de Cabanes. A la derecha, continuación «Les Agulles de Santa Agueda», en el punto más alto.

—¿No me querrás hacer creer que los burros vuelan?

—Soy de Benlloch, mi capitán. La vi centenares, miles de veces. Cuando el sol se ponía en vertical, sonaban las badajadas del mediodía...

—¡A no ser que la derribaran!...

El cabo Fabregat le miró con asombro,

inquieto; aquello quería decir: «¿Qué barbaridades dice mi capitán? ¿Tan de mañana, bebido?»

Y después de un breve silencio, la lengua del cabo Fabregat articuló frases apresuradas.

—Pronto saldremos de dudas, ¿no?

El capitán Claret había estado bastante —demasiado, le pareció— en zona Roja y ahora vestía el uniforme de cuando salió de la Academia Militar General. Con su silencio no quiso indicar nada, mas Fabregat saltó de alegría: «Pronto, pronto, pronto», cantaba por lo bajo su corazón.

—Ahora me doy cuenta —dijo el capitán tras breve cavileo—. Conoces el terreno palmo a palmo y has querido lucirte.

—Otras pulgas me quitan el sueño, mi capitán. Ahí enfrente, a pocas, muy pocas leguas, en la llanada verde gris, vive mi novia; no logro ver su masía, disimulada entre los pliegues suaves de Vall d'Alba. Pero con los ojos cerrados sí la veo, y sin abrirlos la encontrara, camino adelante.

El capitán Claret, también joven, paladeó un caramelo de ansiedad infuso en el aire y fue incapaz de resistir su dulzor:

—Tal vez mañana, cabo Fabregat.

o o o

Las primeras luces del alba sorprendieron al cabo Fabregat en el observatorio de avanzada; la motocicleta quedaba bajo la encina umbrosa, con la cara lavada y ganas oleosas de triscar.

Oyó pasos y con el ruido de las botas conoció a su jefe: La emoción hizo nudo en su garganta. Tal vez había llegado el gran momento.

¿Cómo no adivinó antes con el brillo de la incipiente mañana, el vuelo juguetón de las cogujadas, la prisa del vienteillo leve, el temblor de los chatos coscojos?

—A la paz de Dios.

La voz era grave, algo como anuncio de fiesta.

—Arriba España, mi capitán.

—Toma estos prismáticos. Yo miraré con los míos. Enfrente, a la derecha.

—La Sierra de Engarcerán. Agazapada tras el collado azul pardo, Sarratella. A la izquierda del risco, pincelada de blancura entre verdes turbios, «Más de Villalonga». Siguen «Tosal de Zaragoza, Pous, Mayo». En una hendidura Sierra Engarcerán, con sus diez riquísimas —en calidad, no en cantidad— fuentes. La cara del mediodía de los montes, menos húmeda y de acceso más fácil ha sido talada sin piedad. En las barrancadas y vallecitos de la otra parte, el llamado «Bosc» con encinas y sabinas espesas, que hacen oscuras, difíciles de cruzar, algunas gargantas. Casi en línea del horizonte, hacia Peñagolosa, «Más d'en Coll» y de «Montino», rebasado el presumido y pobre «Cogulló»; y la ermita de San Miguel con su enorme Cípres, mutilado en la cúspide.

Al fondo, frente a nosotros, Villafamés, abrazado al monte, con alfombras de grises olivos a sus pies. Volviendo hacia la izquierda, la cruzante lanza del campanario de Villanueva de Alcolea, en altozano sobre tierras de pan llevar, de profundidad y consistencia. Tosal de Subarra, hosco y adormilado con sus piedras que parecen esqueletos calcinados de monstruos y los grises de sus doloridos coscojos y lentiscos. Masías de «Pelehana» y «Pedrafit»; alcanzamos la renombrada Cabanes, pueblo de Ribera y de Montaña, de hurla y tragedia, con enhiestos vestigios de la dominación árabe —Albalat, castillo y mezquita, aljibe a prueba de sequías; Miravet, cuyo empaque de señorío no han logrado batir la pesadumbre del exilio y la depauperación centenaria de sus fundadores—, la Ermita de «Les Santes» y las cuatro atrevidas puntas de las «Agulles de Santa Agueda».

—Basta, Fabregat. Diez minutos de tiempo para llenar las cartucheras y poner a punto la motocicleta.

—¡Me sobrarán cinco! —Y se alejaba con el retozar de corderillo libre del redil.

o o o

Antes de iniciar la marcha, pusieron el oído alerta: Efectivamente, percibían roncadas explosiones por la parte Villafamés-Borriol, en dirección al objeto soñado, Castellón de la Plana, cuya verde corona de naranjos y marjales semejaba ser la llanada por donde habían de avanzar, banda que sirviera de contraste seco a la humedad.

—Seguiremos los caminos rurales. Tenemos noticias de la voladura de dos puentes: El del Barranco de Cervera y el de la Rambla de Benlloch; puede haber otros con carga de dinamita en la barriga.

—Bien, capitán. Ese camino que bordea la falda de la colina es el nombradísimo «Cami dels Romans». El nos conducirá, Dios me-

diante, al admirado Arco Romano de Cabanes, en medio del valle, entre la villa citada, Benlloch y Vall d'Alba.

—En marcha y buena vista, cabo.

Instintivamente hicieron la señal de la cruz.

Las tierras amarillas y pardas se mostraban orgullosas nodrizas de almendros, olivos, higueras en los alcores; viñas y sembradíos en llanos y hondonadas; norias al costado de los barrancos, abanicadas por cañaverales blandos.

A la derecha, Torre Endoménech; a la izquierda, Villanueva de Alcolea, como amodorradas de sol, sin vestigio humano, vacías las cuencas de los ojos de sus campanarios.

—¡Adelante, Fabregat!

Este apretaba los labios para que la emoción estuviera quieta en sus entrañas y no se desbordara en gritos.

Al coronar suave collado amarillo-gris, la espléndida llanada de Benlloch, inundada de cepas hasta la cintura de las colinas; a la derecha, cornisa de olivares y, punteado al cielo, la línea de cipreses de la ermita de Nuestra Señora del Adyutorio. (Allí fue Fabregat con su novia, de romería, en la conmemoración de los Santos Mártires, con el carro sombreado de ramas verdes, aromados de albahaca.) El grupo de cipreses pensativos y como amargados del Cementerio; la escuadra de puntiagudas coníferas del Calvario, como eternos penitentes de la Pasión del Justo.

—Hemos de subir a la colina dominante, Fabregat.

—Se llama «Tosalet de les Forques». Allí, a la vista de todos, estaba la picota ejemplarizadora de la justicia primitiva. Bajo las tierras de labor, duermen vestigios del Benlloch de Benifayó y por eso el paraje actual se llama del «Benixó», por economía de letras —a lo que son muy dados los paisanos— y corrupción del lenguaje.

—Haré la señal convenida y seguiremos.

—Gracias, mi capitán. Ya estamos cerca...

—Sólo podemos llegar hasta el Arco Romano.

—¡Oh! ¡Por dos kilómetros!...

—Era una broma...

Fabregat aceleraba sin darse cuenta.

—¡Vamos despacio, muchacho, que tengo prisa!

—¿No le causa extrañeza esta soledad, este silencio? ¡Ni un alma en todo el camino!

—La bolsa estaba muy clara y el enemigo ha evacuado.

—¿Y el personal civil?

Amanecía el escorzo de piedra, el desafío a los milenios, grandeza entre humildad. El capitán Claret, universitario, bebía universo y, al reparar en la impaciencia del cabo, expresó su admiración:

—El De Bará tiene claveles a sus pies y asfalto para contemplarlo sin llenarse las botas de polvo.

—En cinco minutos, llegamos a la masía de mi novia...

—Vamos por ello, impaciente.

Ni el ruido de la máquina ni el sonar continuado de la bocina lograron correspondencia humana. Fabregat, los ojos en el suelo, se apoyó en el quicio de la puerta cerrada y diríase que lágrimas de plomo pugnaban por surgir al rostro impasible.

Fabregat no había llorado nunca desde que su padre le dio consejo y bofetón a la vez: «Los hombres no lloran.»

El gallinero y la cuadra, vacíos. Puertas y ventanas herméticas. Mustias las plantas de los tiestos. Hojarasca y polvo viejo en el umbral. Hacía varios días que la planta humana no dejaba huella.

Y estaba tan convencido y tan amargo Fabregat que, ahogada la prudencia por el dolor, dio gritos estentóreos:

—«¡Senteta, soc Juan!» «¡Senteta, soc Juan!» «¡Senteta, soc Juan!»

Pausa martirizada de silencios.

De pronto, las cañas del Regajo que se mueven y un viejo con barba de diez días, lo menos, que se precipita en brazos del cabo Fabregat.

—¡Juanet!

—¡Tío! ¿Y Senteta?

—Obligados a partir. Hace ocho días. Yo estaba escondido y reconocí tu voz.

—¿Y dónde podré ver a Senteta?

—Fueron camino de Castellón.

—¡Si pudiéramos alcanzarles!

—¡Recapacita, Juanet! ¡Entre nosotros y ellos hay una lengua de fuego taraceada de balas!

—¡Tienes razón!

Quedaron los tres en mudo silencio de funeral, pues el dolor, desencanto, casi mordimiento del cabo Fabregat ensombrecían el aire.

El enamorado pensaría, sin duda, que ocho días antes hubiera podido ver a su novia, deseo contenido y soñado en dos años largos...

—Mi capitán —dijo, con el tono de quien adopta una decisión súbita—, ordene y monte sin miedo. ¡Los hombres no lloran!!

ANDREUET

Benlloch, verano 1960.

DOS CONMEMORACIONES

MEDITACIONES SOBRE MARAGALL

La conmemoración centenaria de Maragall, que se inició el pasado octubre con la de su natalicio, ha de ser clausurada el próximo diciembre con la del cincuentenario de su fallecimiento. Celebración completa de toda una vida fecunda y ejemplar del altísimo poeta de Cataluña, cuya aventura humana, ciudadana y literaria tan dilatados horizontes nos pueden ofrecer hoy a la meditación de los españoles de este momento.

Cediendo a esta excitación, quisiéramos fijar nuestra atención en una de las facetas más sobresalientes —y no menos discutidas— como es la del patriotismo en la ideología del poeta, tan pura y rectilínea como fervorosa y subyugante, que, no siempre con recta intención, se ha procurado soslayar, cuando no enconar, con manifiesta mala fe y peor voluntad por quienes plantean la controversia para sacar de su revuelto río ganancia de bastardas pasiones partidistas.

Hay que presentar el tema sin paliativos. Este patriotismo de Maragall es —como sus sentimientos y todas sus ideas— tan noble como insobornable. Maragall fue un español íntegro y consciente, y lo fue porque se sintió siempre —y plenamente— un auténtico catalán que amaba a su Cataluña y sabía aceptarla en su historia y su geografía más auténticas. Supo comprender en toda su profundidad la grandeza y también las miserias de la patria. Conoció la tradición nacional, distinguiendo el oro del oropel, valorando con justa estimativa lo que a tantos deslumbró sin comprenderlo. Maragall vio claro las perspectivas del pasado para intuir las del porvenir de la patria, en cuyas entrañas estaba la fuente de su propia regeneración nacional.

Y para esa patria en derrota acertó a señalar un certero camino hacia el futuro, si es que los españoles querían, de verdad, la solución; que no estaba ya en un patriotismo a ultranza, sino en buscar lo esencial que lo anecdótico había anquilosado. Maragall, el catalán, fue el que, con aquella sinceridad auténtica, había lanzado su viril *Visca Espanya* en su lengua materna —que era también lengua española—, porque España había de ser —si había de ser— la que encontrara su unidad siguiendo el dictado de amor, que el poeta formularía más adelante en su genial *Himne Ibéric*, auténtica ley de amor vertebrador de España.

Pasaba la Patria por un momento —aciago momento— de su historia contemporánea, en que se liquidaba su pasado glorioso y se enfrentaba con el porvenir. Y en este momento se oyó, viril, la voz del poeta; sus palabras poéticas —esto es, *proféticas*— eran un grito entrañable de dolor y de esperanza, que desvelaban lo esencial de la Patria, en el trance de angustia que no podía ya ahogar la charanga de la *Marcha de Cádiz*, ni podría ya salvar la jactanciosa arenga de un gobierno que pedía "el último hombre y la última peseta".

El dolor de España era más profundo, y el esfuerzo humano no era en el sacrificio de la muerte, sino en la esperanza de la vida donde debía buscarse. Fue el momento histórico de nuestro desastre colonial, en 1898, en que el gobierno del país enviaba a nuestra juventud a morir en las tierras hispánicas de Cuba y Filipinas, de donde volvía víctima de la fiebre y la tisis. Maragall vio, desde su Barcelona, la hecatombe y sintió en sus entrañas de español el dolor de la Patria, de cuya exaltación vino a nacer aque-

lla *Oda* que era su voz de vate —adivino— que transformó al poeta catalán en el máximo "poeta cívico" de la afligida madre patria. Elegía desesperada, pero llena de esperanza en el porvenir; dolorida, pero con la alegría del triunfo espiritual futuro. Supo oír la voz del pueblo —esta vez, *vox dei*— para abrir el camino de la regeneración nacional más auténtica.

En esta inmortal *Oda a Espanya*, uno de los pocos rasgos de civismo de nuestra literatura moderna, se oyó la voz de un catalán consciente que mide y comprende el dolor de España, que "si por ley de amor es una, por la ley del hablar es una y trina".

Esta es la genial *Oda* que fue escrita en lengua catalana y que, vertida en la hermana lengua de Castilla, traemos ahora aquí como homenaje al poeta, en su centenario, y glorificación de la literatura española.

ODA A ESPAÑA

Escucha, España, — la voz de un hijo que te habla en lengua — no castellana; te hablo en la lengua — que me ha legado la tierra áspera.

En esta lengua — te hablaron poco; en la otra, muchos.

Asaz te hablaron — de saguntinos, de los que mueren por una patria; y de tus glorias — y tus recuerdos, recuerdos, glorias — sólo de muertes: triste has vivido.

Yo quiero hablarte — de otra manera. ¿Por qué verter — la sangre inútil?

La sangre es vida — si está en las venas de los de ahora, — de los que vengan; vertida, es muerte.

Mucho pensabas — en tus honores, pero muy poco — en tu vivir: tus hijos, trágica, — diste a la muerte, satisfacíaste — de honras mortales y eran tus fiestas — los funerales, ¡oh, triste España!

Yo vi los barcos — salir repletos de hijos que dabas — para la muerte: alegres iban — hacia el azar; y tú cantabas — junto a la mar como una loca.

¿Dó están tus barcos? — ¿Dónde tus hijos? Dilo al Poniente y a la ola brava: todo perdido; — ya nada tienes.

¡España, España — vuelve en ti misma, llora como una madre!

Sálvate, sálvate — de tantos males; que el llanto te haga fecunda y viva; piensa en la vida que en torno tienes: alza tu frente,

sonríe al iris que hay en tus nubes.

¿Dó estás, España? — Yo no te encuentro.

¿No oyes mis voces atronadoras?

¿No entiendes esta lengua — que te habla [entre peligros?]

¿Has olvidado ya escuchar a tus hijos?

¡Adiós, España!

1898.

La eficacia de los centenarios estriba en la meditación de la ejemplaridad de lo que conmemoramos. Creemos, por esto, un deber de patriotismo incitar a la meditación de este momento histórico, de esta obra ejemplar, y para glorificación de este poeta que así sintió y amó a España.

LUIS GUARNER

RONDA PARA GUITARRA Y CORAZON

A Tárrega, en el 50 aniversario de su muerte.

Pongo mi labio al filo de esas cuerdas — dulces espadas que cortaron plumas al aire de la noche y de los pájaros, y vellones de seda y azahares sobre la intensa piel de estos naranjos—. Pongo mi labio al filo de esas cuerdas. Y el corazón, también.

(La boca dice te amo; y el corazón se quiebra en un «eres [cuerdo]

de ayara intimidad, para gozada contigo a solas, en azul remanso de «scherzos» y patomas, sonatas y [rebaños] triscando al pie de una impoluta Al- [hambra] hecha «Ensueño» y «Capricho» entre [tus manos]

¡Oh excelsa inmensidad de tu guitarra sobre plata y cristal siempre vibrando!...

¡Oh estupenda sonoridad en vilo donde se oyó el silencio, goteando espumas de marfil, lágrimas de ángel y sangre —inquieta sangre roja— gloria y dolor del corazón humano!...

¡Tus dedos, oh maestro, pluricordes, vastísimos, elementales, sabios!... ¿Qué deidad los ungió para ese místico desposorio de amor con la guitarra?...

¡Y el corazón, maestro, violado por una diosa antigua, habitadora en cumbres de armonía y en el ámbito donde, a la vez, el Arte se hizo carne y a la tuya se unió como un hermano!...

Nadie anunció, maestro, tu venida; ¡ah!, pero aquí, más de mil años virgen, estaba esa guitarra suspirando por abrazarse a ti. Digo que virgen, porque nadie hasta ti la había amado con la celeste llama esponsalicia que hace fecundo el nombre y el abrazo.

Amor fue todo el tuyo. Y desde entonces como reina la aupaste entre tus brazos sobre un fendo de mar de terciopelo hasta un trono de azul sobre los astros.

En tu solar estoy, donde nacieras para ensancharle mundo al genio hispano. Estoy en tu solar y entre los tuyos, en tu casa, en tu calle y en tu campo: aquel cuyas sonoridades sorprendiste para hacerlas clamor entre tus manos; el mismo que esta noche se estremece en un bronco delirio desatado, y en su grandeza de aseua tensa y viva las venas siente abrirse en el desgarró de una ronda nocturna a tu memoria hecha de espuma, de silencio y llanto.

Estoy en tu solar y entre los tuyos, esperando tal vez que ahí en la esquina nos sorprenda de nuevo tu milagro: aquella «jota» inmensa, sólo tuya, una «suite» caprichosa, algún «adagio» florecido en la muerte y el misterio, una sombra de ti, tú mismo, algo que nos madure esta certeza simple de tu estar todavía a nuestro lado. ¡Cómo te estamos todos esperando!...

¡Y con qué seriedad, noche y guitarra, silencio y corazón, te están amando!...

LEOPOLDO PESARROJA

MARAGALL, MIRO Y LA PALABRA VIVA

Algunas veces desaparece la aparente distancia que separa, por su exterior atavío y estilo, la personalidad de dos escritores bien diferenciados, si por escudriñar el tuétano nos hundimos en él y abandonamos el examen superficial. Al profundizar hasta la raíz de su ideología psico-estética, acaso se nos descubra la existencia de una esotérica simpatía encauzada por secretas afinidades de la sensibilidad y del gusto, que justifican en muchos casos el fenómeno de la "armonía de contrarios".

Algo de esto me llevó a escribir en otras páginas sobre los acordes espirituales entre Bécquer y Rubén Darío, siendo aquél tan parco y éste tan opulento, en la apariencia, de sus frutos poéticos; y hoy me aventuro a ensayar semejante visión paralelística entre la dispar palpación literaria de Maragall y la de Gabriel Miró. Ambos, no obstante, comulgan en la misma virtud creadora de la palabra.

Maragall ve en la palabra, como expresión de una realidad, el origen y esencia de la poesía. Así, es la palabra, el verbo, la fuente de toda idea poética; y el ideal de la poesía es sugerir un mundo con sólo una palabra intensa. Pero esto lo consigue sólo el poeta gracias al ritmo de sus palabras, puesto que la palabra del poeta brota con ritmo y luz, con el ritmo luminoso de la belleza. Aquí, la teoría de Maragall recuerda el *Principio poético*, de E. Allan Poe.

Pero no son la misma cosa. Tienen más alto valor estético las palabras de Maragall en su propio resumen: "Poesía sólo hay que hacerla cuando se está en estado de poesía... en que uno no sabe lo que se dice y dice mucho más que cuando sabe."

O sea, en raptó de inspiración, por ejemplo:

"Si el mon ja es tan formós, Senyor, si es
[mira
amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre,
què més em podeu dà en un altra vida?"

Razona M. de Montoliu que el concepto de la "palabra viva" es la tesis genial de Maragall, y que el encanto y atractivo de su estilo proviene del secreto que él poseía de hablar con palabra viva en todos sus escritos, o sea, según el propio Maragall quiere, "decir el mayor número de cosas posibles con las menos palabras posibles".

Por eso el léxico de la poesía maragalliana, a pesar de ser más pobre que el de otros poetas, tiene mayor riqueza de sentido e intensidad que en ninguno de ellos, según observa Querol Gavaldá.

Le bastan esas preciosas palabras suyas, que son vivas por nacer espontáneamente de una necesidad real de expresar un embeleso del vate ante la belleza exterior que lo subyuga o una emoción que lo conmueve. En consecuencia, para juzgar la poesía de Maragall, podemos coincidir con el juicio de José Plá: "es una poesía tocada de algo sin duda parecido al estado de gracia, es una poesía que aspira a ser inefable".

Cuando murió Gabriel Miró —mayo de 1930—, cuya amistad tuvo para mí fraternal afecto, escribí, bajo la apremiante impresión dolorosa de la noticia aciaga, un par de páginas, que se publicaron en el "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", como anónimo sufragio de su Redacción.

Toda la efusión admirativa de mi espíritu se me escapó, espontánea y gárrula, por la pluma, acompañando a un liviano juicio crítico sobre el arte literario de Gabriel que, para mí, es tan sólo una revelación iluminada de su íntima estética cordial.

Y dije así:

"Nadie como él encarnó en las palabras de su idioma tanta intensidad de emoción y de virtud radiante. Ni tanta belleza pura y humana.

"Del estilo de otros excelsos prosistas puede decirse que es una joya; que éste lo burila, que aquél lo talla, que esotro lo pule... Siempre imágenes inanimadas, con rigidez de cristal. De nadie más que de Miró puede decirse que su estilo es de carne: de carne macerada por la austeridad y purificada por la llama espiritual. Carne palpitante y transida de emociones hondas. Y así, esta prosa no puede tallarse, ni pulirse, ni burilarse, porque las herramientas rasgarían su carne, ensangrentándola. El estilo de Miró sólo puede acariciarse, mimarse, aún en caso raro de rebeldía, porque sus palabras son la real transubstanciación del mismo que las alumbra. La encarnación del verbo de Gabriel Miró.

Y siendo de esta manera, el vaso repujado de las palabras castellanas está siempre lleno de oloroso vino de Levante. Sangre de su sangre; y cuando oficia el lírico, alza el cáliz que para las miradas es de oro, pero es de sabrosos bálsamos del terruño natal, por dentro, para el gusto, para el saboro largo y deleitoso en las honduras del sentir.

Difícilmente puede encontrarse en la literatura regional valenciana, expresión tan genuina y maravillosamente intensa de las almas, de los paisajes y de las escenas costumbristas de la tierra, como logró exaltarlas Miró en su prosa castellana, salvando la dificultad diferencial idiomática, sin perder acento típico ni valor de caracterización ética, antes bien acendrándolos en universalidad..."

Cuando escribí estos párrafos, desconocía yo el epistolario de Maragall, que he podido luego leer en sus obras completas (Editorial Selecta, Barcelona 1947) y en el que figuran unas interesantes cartas dirigidas a Gabriel Miró. En una de ellas, fechada el 14 de enero de 1909, acúsale de haber recibido sus dos libros *Del vivir* y *La Novela de mi amigo*, y añade "...son la visión fuerte y la palabra viva como yo no sé de nadie más en nuestra España. Dios le bendiga y le conserve el precioso don y se lo aumente, porque siempre hay un "más allá", ¿no es verdad?, un más allá de sinceridad y pureza en la palabra".

He aquí la confesión de una fraternidad verbal íntima, de austero franciscanismo, pese a las diferencias ornamentales que al exterior afloran.

Y aún ahonda más Maragall al escribirle a Miró el 1 de octubre de 1911, a propósito de la novela de éste, *Las cerezas del cementerio*: "Yo no comprendo cómo la poesía que es esencial en todas sus obras, se le puede quedar contenida en esa prosa extraña que parece va a prorrumpir en canto a cada momento; pero no, queda prosa teniendo dentro toda la luz de la poesía, y esto le da una transparencia maravillosa; queda por fuera el humilde vestido de la prosa..."

Y es que esta prosa es de palabra viva y, por lo tanto, parafraseando mi panegírico, puedo decir que es prosa "palpitante y transida de emociones hondas". A lo que ahora añado, que pues se ciñe siempre a su objeto con avidez de exactitud, es de contagio maragalliano ese "interior de luz poética" que el autor del *Cántico espiritual* nos descubre sagazmente.

Pues bien, aún hay más.

En el cuento de Miró *El Angel*, un espíritu angélico desciende a la Tierra para custodiar almas, y todas las que logra salvar las envía al Cielo sin acompañarlas en su viaje, como hacen los otros ángeles custodios. De este modo transcurre tiempo y tiempo, sin que el Angel vuelva a la Gloria, mientras en este mundo se dedica a pasar de un mortal a otro en su ejercicio de guarda de almas. Extrañados en el Cielo de la anómala tardanza en regresar del Angel,

envían a la Tierra a un Serafín que busque al voluntario desterrado y le recuerde que debe volver al Cielo; y le contesta el Angel estas palabras unguadas de lirismo franciscano, tan próximo a la visión poética del mundo en la boca de Maragall:

"¿Adonde? No, Querubín. Mira la Tierra. Va saliendo la luna. Hay luna llena y el mar y los jardines y las montañas y los senderos solitarios y hasta la frente y las tristezas de los hombres, y las manos, la mirada y la boca de la mujer, y el pensamiento de la muerte, todo adquiere una inocencia, una intimidad, una perfección inefable, Querubín. ¡Qué dulce es sentirnos cerca del Cielo desde la tierra!... ¡No, Querubín; yo no subo! Díselo a Nuestro Señor. No hay obra suya que más se ame y que más nos posea que este mundo. Lo sabe el Señor: ¡por ella dio su sangre y yo doy mi Gloria!"

¿No son estas emocionadas palabras de Gabriel Miró hermanas espirituales de los primeros versos del *Cántico* de Maragall?

"Si el mundo es ya tan bello, Señor, visto con vuestra paz dentro de nuestros ojos, ¿qué más darme podéis en otra vida?"

Dicho queda a la mayor gloria del poeta.

VISION MARAGALLIANA

*El poeta ha entonado su cántico espiritual
y en éxtasis se queda alabando al Señor
con sus palabras vivas, de gozo celestial;
Seráfico también, Juan Maragall
es hermano en amor*

del Mínimo Francisco, el de las "florejillas"

*"¡Gracias Señor, pues me dejáis gozar
contemplando del mundo la inmensa mara-
[villa]"*

*¡Es tan bella la tierra y es tan sublime
[el mar!*

*(El mar que el poeta sueña que lo vea Cas-
[tilla
y se acerque después, sin recelo, a su orilla,
como hizo un día el Cid Rodrigo, el de
[Vivar.)*

*Cierto que al ser el mar tan propicio al
[azar*

y, en contraste, tan cauta el ánima labriega

*en su vida de hogar,
el labrador prudente desconfía y se niega*

*a perder esta paz que él disfruta,
en la cual es inmóvil la veleta del sino
y están todas las cosas quietas en donde están;
donde cada camino es para los que van,
ayer, hoy y mañana por su ruta;
y hasta una vaca ciega,
cada tarde, siguiendo igual camino
cabe su abrevadero, a tientas, llega
meneando su cola...*

*Mira, sin verlo, al cielo; lenta, bebe
y se marcha después como antes vino...,
con la misma cautela,
tropezando, y ¡tan sola!*

*Maragall —que lo ha visto—, se conmueve,
y esta escena su pluma la cincela
en un poema peregrino:
¡tal un friso de mármol en relieve!*

CARLOS GES



ANAQUE

UNA

He a
morado
la circun
eruditas,
pues poc
un hombr
mundo, s
lida a sus
componie
tana de

Almaz
recostada
últimos
vida ligat
tórico de
cial, al d
permitido
veniente
local —d
casos, de
vechamien
con las o
rasgos bás

El pri
hacer una
hasta fine
sando ya
aspectos
centrados
Mijares y
Y, como r
naranja, fr
almazorina

Pero tr
a presidir
ocupación
tradiciones
para termi
zora de h
sociales y
hacia los q
en suma,
trabajados
quecida p
ilustracion

(1) B
mazora. El
tellón. Tal
mengot. 19

Las Es
(cuyos loc
el ministr
meses ante
académica
tados los r
cisco Tárr
masculino,
se hizo co
restos del
fueron tra
Castellón,
digno mau
el Exemo.
la sesión a
con las au
hicieron us
Escuela de
doro And
Sociedad C
gel Sánche
sociedad, c

Tuvo l

UNA HISTORIA DE ALMAZORA

He aquí, ante todo, la obra de un enamorado de su pueblo. Un libro que, bajo la circunspecta apariencia de las formas eruditas, es el canto lírico —canto de cisne, pues pocos meses sobrevivió el autor— de un hombre que, habiendo corrido el ancho mundo, sólo encuentra motivo para dar salida a sus internas inquietudes intelectuales, componiendo una historia de su cuna huertana de Almazora.

Almazora, típico municipio de la Plana, recostada a lo largo del río Mijares, en los últimos kilómetros de su curso, tiene su vida ligada estrechamente al desarrollo histórico de la comarca, y de una manera especial, al de la ciudad de Castellón. Ello ha permitido al autor superar el penoso inconveniente de la carencia de documentación local —desaparecida, como en tantos otros casos, de los archivos locales— con el aprovechamiento de noticias de las vecinas villas, con las cuales ha podido ir trazando los rasgos básicos de la propia historia.

El primer tercio de la obra se dedica a hacer una exposición del pasado de la villa hasta fines de los tiempos medievales, pasando ya los capítulos sucesivos a estudiar aspectos diversos de la vida de Almazora, centrados de manera especial sobre el río Mijares y el aprovechamiento de sus aguas. Y, como no podía ser menos, el cultivo del naranjo, fundamento de la actual economía almazorina.

Pero transcurridas estas páginas, vuelve a presidir la parte final del libro una preocupación urbana; de sus gentes, de sus tradiciones y fiestas, de sus costumbres, etc., para terminar con una revisión a la Almazora de hoy, con sus realidades económico-sociales y sus afanes de engrandecimiento hacia los que se halla proyectada. Una obra, en suma, de copiosa recopilación de datos, trabajados con amoroso entusiasmo y enriquecida por una interesante colección de ilustraciones fotográficas de Rodolfo Agut.

J. S. A.

(1) BELTRÁN MANRIQUE, ENRIQUE. *Almazora. El Mijares. Narración histórica*. Castellón. Talleres Gráficos de Hijos de F. Armentgot. 1958. 458 p. 23 cm.

MARGINALIA

Las Escuelas del Magisterio, de Castellón (cuyos locales habían sido inaugurados por el ministro de Educación Nacional unos meses antes), celebraron una solemne sesión académica con motivo de haber sido adoptados los nombres de Isabel Ferrer y Francisco Tárrega para los centros femenino y masculino, respectivamente. La celebración se hizo coincidir con la fecha en que los restos del genial guitarrista castellonense fueron trasladados, en el cementerio de Castellón, de una modesta tumba a un digno mausoleo, en acto patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de la capital. En la sesión académica —a la que asistieron, con las autoridades, los hijos de Tárrega—, hicieron uso de la palabra el director de la Escuela del Magisterio masculino, don Isidoro Andrés; el director del *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, don Angel Sánchez Gozalbo, y el presidente de esta sociedad, don Carlos G. Espresati.

Tuvo lugar en el Desierto de las Palmas

la III Acampada Regional de los Centros Excursionistas Valencianos. Entre los actos celebrados figuró una exposición fotográfica de castillos y torres de la provincia de Castellón, debida al artista Vicente Forcada.

En el último certamen literario de las Fiestas de la Magdalena, de Castellón, fue premiado con la flor natural el poeta Carlos G. Espresati. La composición galardonada llevaba por título "El canto del cisne".

En la histórica, pintoresca y monumental ciudad de Peñíscola —incorporada intensamente, por otra parte, a las rutas del turismo internacional—, vienen desarrollándose cada año cursos de verano para extranjeros, que organiza el Instituto de Estudios "Castillo de Peñíscola", de la Excmo. Diputación Provincial.

Han sido puestas en funcionamiento tres nuevas bibliotecas públicas municipales en las localidades castellonenses de San Mateo, Lucena del Cid y Altura.

La Escuela de Bellas Artes y Artesanía,

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LA PALABRA ENAMORADA, por Fernando Allué y Morer. Talleres Gráficos "Ceres", Valladolid, 1959.

Integran este librito siete hermosos poemas en los que se exalta a la naturaleza. En ellos, Fernando Allué despliega inspiración a raudales y esa finura intelectual tan suya, resultando de todo ello una breve pero valiosa muestra de poesía decantada, ágil y esencialmente bella.

CLAMOR HACIA LA LUZ, por Dionisio Aymará. Caracas, 1959.

Como ya su título deja entrever, la actitud espiritual que anima este libro es la de hallar un camino a la esperanza, superando con serena hombría la angustia vital que parece ser estigma de nuestra época. Sin optimismos de ocasión falsamente coloreados, Dionisio Aymará reafirma con voz plena y consciente su fe en los valores íntimos del hombre. En tal aspecto, su poesía carece de concomitancias con el oportunismo lírico y se nos muestra, en todo momento, convincente y digna, con un lenguaje claro y bello, dando cumplido testimonio de un poeta entero, de personalidad muy prometedora.

EL CORAZÓN EN SU SITIO, por Gabriel Celaya. "Lírica Hispana", Caracas, 1959.

Celaya reúne en este tomito de la ejemplar revista venezolana algunos poemas ya publicados. Como siempre, Celaya no desmiente su modo personal de entender y "hacer" la poesía, y en este nuevo título sigue derramando agudeza verbal, revistiendo, con la sorpresa continuada de su léxico dinámico y cautivador, la hondura de un pensamiento que significa —más allá de una muy legítima actitud estética— un ansia de afirmación y renovación de lo esencialmente humano. Los poemas —cartas a Blas de Otero, Picasso y Cela, entre otros— son realmente fascinantes.

POEMAS A SUIKKA, por Juan A. Sánchez Anés. Colección "Arrecife", Cádiz, 1959.

Un exotismo expectante y tenso es la nota característica de este libro, donde el autor revela dotes imaginativas y originalidad metafórica, pero también un pulso muy irregular en cuanto a la consecución y man-

de Castellón, ha incorporado de forma ya tradicional a la vida artística de la ciudad las exposiciones de final de curso en que, bajo la forma de concurso, son mostradas al público las realizaciones de sus alumnos en las distintas disciplinas que se cursan en dicho Centro.

Siguiendo su proceso de ininterrumpida superación, la Banda Municipal de Castellón ha venido ofreciendo en los últimos meses una serie de conciertos con solistas de prestigio internacional. Junto a esta actividad de la Banda, siguen prestando realce a la vida musical castellonense los cursos que con altura y dignidad ofrecen la veterana Sociedad Filarmónica y el Círculo Medina.

A la labor que en el campo de las artes plásticas desarrollan dos salas particulares —Estilo y Bernat—, cabe añadir las exposiciones que de vez en cuando patrocinan diversos organismos e instituciones. Entre éstas puede destacarse la muestra de Arte Mediterráneo que tuvo por marco los salones de la Jefatura Provincial del Movimiento, y que dio ocasión a un acto literario en que hizo uso de la palabra el académico Camilo José Cela.

tenimiento de un buen nivel medio a lo largo del volumen.

EL VIENTO NORTE, por Víctor M. Sandoval. Sociedad Interamericana de Cultura. Méjico, 1959.

Poemas escuetos, de expresión acerada e incisiva. La imagen, siempre justa y eficaz. Este poemario resulta demasiado breve para las excelentes cosas que en él apuntan. Esperemos que su autor se muestre más ambicioso en futuras entregas y, así, poder apreciar cabalmente todo el alcance de sus posibilidades, ciertamente prometedoras.

LA VOZ EN EL TIEMPO, por Rafael Melero. Colección "Marina", Orense, 1959.

Poesía responsabilizada, esto es, fruto de una necesidad vocacional y, por tanto, con un contenido humano. Libro sobrio y bien trazado, sin concesiones a lo fácil ni a lo bonito. Rafael Melero conoce su camino; es un buen poeta.

EL ALMA Y LOS SENTIDOS, por Mario Angel Marrodán. "Lírica Hispana", Caracas, año 1959.

Este nuevo libro de Marrodán se halla en la misma línea que los anteriores de su autor. Aquí también vibra una expresividad compleja y torturada que lucha por abrirse paso en un mundo espiritual multiforme y escurridizo. Marrodán quiere dar estado verbal a lo abstracto y casi indecible; de ahí el que su lenguaje, empeñado en arduas configuraciones, opere a base de contrastes que oscilan desde lo indeciso, confuso y harto superfluo a lo altamente lírico y estremecedor. El claroscuro surcado por relámpagos intuitivos parece ser la técnica impuesta a este tipo de poesía por sus propias limitaciones. Poesía, en todo caso, difícil, de realización comprometida por su voluntaria renuncia a la normal percepción de lo inmediato para moverse en esa zona aventurada —enorme en peligros y riquezas— de lo casi subconsciente.

EL PARQUE PEQUEÑO Y ELEGÍA EN COVALEDA, por José García Nieto. Ediciones "Punta Europa", Madrid, 1959.

Hoy día es corriente la poesía a grandes rasgos, o, para ser más precisos, a brochazo

limpio. Ello, en gran parte, es fruto del tiempo sensacionalista y acelerado en que vivimos. La hora, con presagios apocalípticos, tiende más al género estruendoso, sinfónico, que a la música de cámara. Pero, felizmente, no todas las voces han pasado a la fanfarria, y entre estas valiosas excepciones hay que contar a José García Nieto, fiel a una línea poética en que no cabe la estridencia ni el falso dramatismo. Así, en el libro que motiva este comentario, no sabemos qué es lo más digno de encomio: si la difícil sencillez que reverbera en la palabra tersa y fluyente del poeta o la ternura íntima y coloquial que discurre serenamente por toda la perífrasis lírica. No diremos que este libro, integrado por dos poemas extensos, sea lo mejor de García Nieto, pero sí tiene méritos bastantes para considerarlo como un buen exponente de la firme continuidad de su obra poética.

DIMENSIONES, por *Eduardo de la Rica*. Colección "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1959.

En esta nueva entrega del poeta con- quense E. de la Rica, nos encaramos con una poesía de tipo evasivo e irónico, profundamente intelectual. Existe en estos poemas de "Dimensiones", como ya advertimos en "Lunes 12", su anterior y primer libro, una fluctuación constante entre el impulso poético y el juego meramente retórico. No dudamos de que E. de la Rica aporte entusiasmo lírico a sus versos, pero éstos tienen más de elucubración cerebral que de sentimiento anímico. Parece como si el poeta se hallase desasido de lo que canta; de ahí que sus versos, originales y atrayentes en su aspecto formal, se resienten de frialdad comunicativa y sitúen el libro en un tono neutro e incoloro; y es lástima, porque su autor es bien capaz de darnos ese libro de auténtica vibración que de él esperamos.

ELEGÍA DEL SURESTE, por *Francisco Sánchez Bautista*. Colección "Trirreme", Cartagena, 1960.

Elegía de voz recia y segura, que el poeta dedica "a la memoria de unos hombres que, desde sus puestos, supieron morir con fe". Ya conocíamos a Sánchez Bautista por su primer libro "Voz y latido", y nos agradó ese modo suyo tan viril de asir la poesía. Hay —se adivina— en los versos de este poeta levantino un forcejeo que no es otra cosa que el afán de intensidad y hondura, tanto en el terreno de la idea como en su corolario expresivo. Esto, a veces, le conduce al giro superfluo y estéticamente inoportuno. Pero en conjunto, estos lunares quedan ampliamente compensados por la línea sobria de sus poemas, amasados con sinceridad y reciedumbre de buena ley. Un libro entero, de trazo fuerte y a veces descuidado, pero libro que corrobora una personalidad vigorosa no contaminada por influencias librescas.

SUEÑOS Y PAISAJES TERRÁQUEOS, por *Antonio Fernández Molina*. Colección "Alrededor de la Mesa", Bilbao, 1960.

Fuerza es reconocer que no todas las voces que intentan la historia lírica del hombre de nuestro tiempo, son, ni con mucho, auténticas. La mayoría de ellas son excesivamente agrias y duras y, por lo general, huelen a mil leguas a esa retórica de nuevo cuño que alguien ha bautizado certeramente con el nombre de "socialina" para que no veamos en los poemas de ese tipo otra cosa que una deleznable postura estética acomodada a los vientos reinantes y, en todo caso, reveladora de un experto manejo del diccionario de la angustia. Los signos de la autenticidad, aquel escribir con sangre de Nietzsche, son bien distintos a lo que hallamos en los folletines líricos de los actuales "poetas malditos". Por esto nos complace rendir justicia a los méritos de ese largo poema "existencialista" que es el libro de Fernández Molina, donde, sin renunciar

COLABORADORES

En el presente número se insertan textos de los autores siguientes:

Alcácer, Federico; Almela Mengod, V.; Almela Vives, F.; Artola Tomás, Bernat; Aurancia, Pascual de; D'Aragó, F.; Baroja, Pío; Blasco Ibáñez, V.; Benages, Emiliano; Beut, Emili; Carreras, Ricardo; Catalá Lloret, R.; Cavanilles, Antonio Joseph; Codina Armengot, Eduardo; Espresati, Carlos G.; Fola Iguurbide, J.; Forcada Traver, Enric; García Girona, J.; Ges, Carlos; Gimeno Michavila, V.; Guarner, Luis; Guinot, Salvador; Llinás, Carlos; Llopis Miralles, Agustí; Marrodán, Mario Angel; Miró, Gabriel; Pascual Tirado, J.; Peñarroja, Leopoldo; Pérez Galdós, B.; Porcar Montoliu, J.; Revest Corzo, L.; Rull, Baltasar; Ruiz de Lihory, J.; Sales Bolí, L.; Salvador, Carles; Sánchez Adell, J.; Sánchez Gozalbo, Angel; Soler Godes, E.; Segura Barreda, J.; Segarra Gil, J.; Sos Baynat, V.; Torres Blesa, Raimundo.

Los dibujos que ilustran estas páginas son de:

Juan Bautista Porcar Ripollés, Ramón Paus, Gimeno Barón, Ramón Catalán, Luis Sales Bolí y Tasio Flors.

a lo que caracteriza la poesía más moderadamente volcada en lo temporal, existe estrecha vinculación con el trasfondo de perennidad que constituye el armazón espiritual y valedero de toda obra conseguida. Así creemos que Fernández Molina ha realizado su libro, sin ceder al fácil arrebato, insuflando en sus versos una ternura irónica, humorística, de greguería casi, pero humana y profundamente inteligente, encarando la esquinalada realidad y superándola como poeta consciente, vigoroso y auténtico.

DÉBIL TRONCO QUERIDO, por *Manuel Pinillos*. Colección "Dezir", Zaragoza, 1959.

Ejemplo de poesía directa, viva, sin concesiones a lo retórico. Pinillos pone una ternura emocionada y casi elegiaca en este libro de vena limpia y caudalosa, que palpita como un corazón.

LUISILLO, por *Odón Betanzos Palacios*. Colección "Mensaje", Nueva York, 1959.

Libro donde lo anecdótico y lo poético tienen un justo equilibrio, dejándonos el sabor de una obra lograda. Este "Luisillo" de Odón Betanzos Palacios es un libro sorprendente e inusitado, de los que invitan a la meditación tras su deleitosa lectura.

POEMAS AL HIJO, por *Manuel Pacheco*. Imprenta Provincial, Badajoz, 1960.

El verbo áspero, descarnado y, a menudo, acusador de Manuel Pacheco se suaviza y serena en estos "Poemas al hijo", donde la paternidad, entre inquieta y esperanzada, avizora el porvenir de su sangre, hecha carne y nombre de hijo. Sin que Pacheco cambie en su irreductible personalidad que vibra y se enardece al contacto de lo cotidiano, su voz, en este libro, se ha dulcifica-

REVISTAS

DE LA SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

BOLETÍN.—Suscripción anual 80 ptas.

MINARES.—N.º Extra. 15 »

CORRESPONDENCIA A

Apartado de Correos 16 - Castellón (España)

do, como si quisiera dar un sesgo de "nana" a los ardientes poemas, que, en ocasiones, alcanzan una ternura casi ingenua, sin mermar en intensidad. Asimismo, y tal vez como resultado de su decir más reposado, los poemas ofrecen mayor solidez formal; están más acabados. Creemos que éste es el libro más completo del arriscado poeta extremeño.

JUAN PORCAR

ESTAFETA

LIBROS

- DIMENSIONES, por *Eduardo de la Rica*.
- LUISILLO y POESÍA DE LAS ERAS CUADRADAS, por *Odón Betanzos Palacios*.
- LA REALIDAD, por *Mariano Roldán*.
- TIEMPO DE SOLEDAD, por *Blanca N. Tschudy*.
- POÉTICA ELEMENTAL, por *M. A. Marrodán*.
- CUANDO LA LUZ REPRESA, por *Hugo E. Pedemonte*.
- EL PARQUE PEQUEÑO y ELEGÍA EN COVALEDA, por *José García Nieto*.
- LOS DE ABAJO, por *Alfonso Villagómez*.
- PRONUNCIO AMOR, por *Rafael Guillén*.
- DEBAJO DEL CIELO y DÉBIL TRONCO QUERIDO, por *Manuel Pinillos*.
- DOCE POEMAS, por *Juvenal Ortiz Saralegui*.
- ENTRE SANGRE y ESPERANZAS, por *Angel N. Pou*.
- POEMAS AL HIJO, por *Manuel Pacheco*.
- ENCARCELADA AUSENCIA, por *Gilberto Hernández Santana*.
- VIDA DE MI MUERTE, por *María del Mar*.
- FLORES DE ANDALUCÍA, por *E. J. Valdivia*.
- JARDINES DE LA SANGRE, por *Leonardo Rosa Hita*.
- CAÍN y ABEL, por *Salvador Gallardo*.
- JUAN ALVARADO y LA CONCIENCIA INTELECTUAL, por *Angel N. Pou*.
- EL BARCO, por *Felipe Novoa*.
- AMOR COMO UN ESPEJO, por *Gladys Burci*.
- SIGLO ENCANTADO, por *Henri de Lescoet*.
- LA VÉRITÉ ESSENTIELLE, por *M. A. Marrodán*.
- POEMAS PARA VIVIR, por *Jean Braeckman*.
- PARA VOSOTROS DOS, por *Gabriel Celaya*.
- SUEÑOS y PAISAJES TERRÁQUEOS, por *Antonio Fernández Molina*.
- ELEGÍA DEL SURESTE, por *F. Sánchez Bautista*.
- DÍAS SOBRE LA TIERRA, por *Selva Casal*.
- COMO DE ENTRE LOS LABIOS DE UNA HERIDA, por *Desiderio Macías Silva*.
- TRIÁNGULO, por *David Ledesma, Ileana Espinel y Sergio Román*.
- SOMBRA MINÚSCULA, por *Rafael Palma*.
- LA CALLE, por *Julio Alfredo Egea*.
- MUNDO INMEDIATO, por *Rafael Melero*.
- DUELO BAJO EL CIELO DE CHILE, por *E. Bobadilla Guerra*.

REVISTAS

- Alcántara, Cáceres, 126-134, 135.
- Arista literaria, Burgos, 1959, 1959-60.
- Arquero, Barcelona, 60, 61, 62.
- Arrecife, Cádiz, 13-14.
- Ayer y hoy, Toledo, 72, 73, 74.
- El molino de papel, Cuenca, 20-24.
- Gánigo, Santa Cruz de Tenerife, 37.
- Incunable, Salamanca, 134-5.
- Malvarrosa, Valencia, 29.
- Manantial, Segovia, 1, 2, 3.
- Message, Valencia, 1 (2.ª etapa).
- Pleamar, Portugalete, 13, 14.
- Rocamador, Palencia, 17, 18, 19, 20, 21.
- Uriel, Santo Domingo de la Calzada (Logroño), 12, 13, 14.
- Courier du Centre International d'Etudes Poétiques, Bruselas, 28-29.
- El Noticiero, San José de Costa Rica, 259, 260, 261, 268.
- Estaciones, Méjico, 15, 16, 17.
- Gazeta Literaria, Oporto, 4 al 15.
- Lírica Hispana, Caracas, 201 al 205.
- Narceja, Sao Paulo, 4.
- Noema, Jalapa, Méjico, 24 al 29.
- Paralelo, Aguascalientes, Méjico, 13 al 17.
- Profil littéraire de la France, Nice, 34, 35.